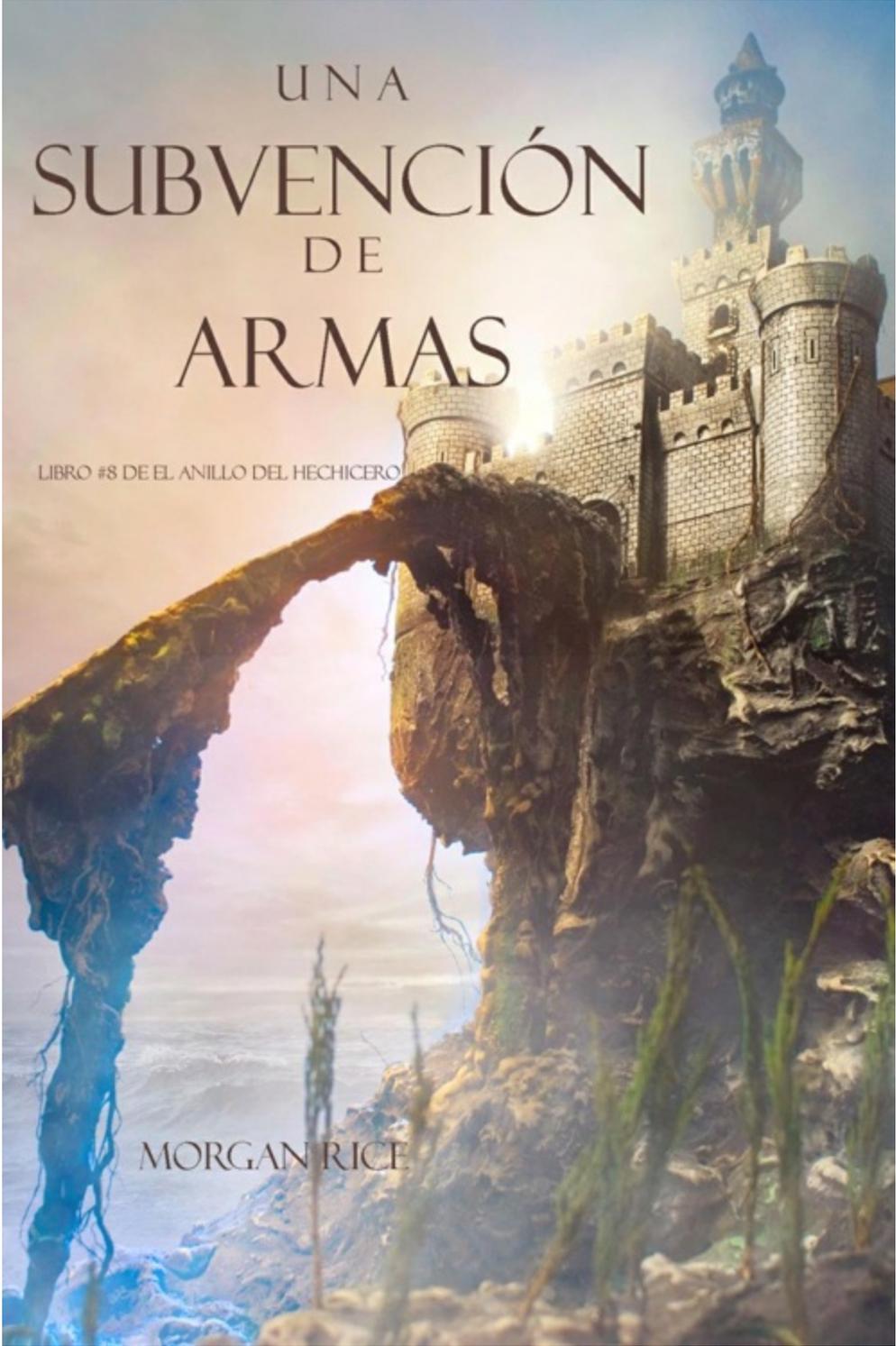




UNA  
SUBVENCIÓN  
DE  
ARMAS

LIBRO #8 DE EL ANILLO DEL HECHICERO

MORGAN RICE



UNA  
SUBVENCIÓN  
DE  
ARMAS

LIBRO #8 DE EL ANILLO DEL HECHICERO

MORGAN RICE

# *UNA SUBVENCIÓN DE ARMAS*

**(Libro #8 de El Anillo del Hechicero - The Sorcerer's Ring)**

Morgan Rice

"Mi honor es mi vida, ambas florecen juntas. Quítenme el honor, y mi vida  
estará acabada".

--William Shakespeare

*Ricardo II*

# CAPÍTULO UNO

Gwendolyn se mentalizó contra el frío viento que azotaba, mientras estaba parada en el borde del Cañón y dio su primer paso hacia el puente arqueado que atravesaba la Travesía del Norte. Este puente desvencijado, cubierto de hielo, estaba compuesto por una cuerda de madera desgastada y tablones, y apenas parecía capaz de sostenerlos. Gwen se estremeció cuando dio su primer paso. Gwen se resbaló y estiró la mano y agarró la barandilla, que se balanceó y no ayudó en nada. Se sintió descorazonada al considerar que este puente endeble era su única forma de cruzar el lado norte del Cañón, para entrar en el Mundo de las Tinieblas y encontrar a Argon. Ella miró hacia arriba y vio, a lo lejos, al Mundo de las Tinieblas, con una capa de nieve cegadora. El cruce se sentía todavía más siniestro. Llegó un súbito vendaval, y la cuerda se mecía tan violentamente que Gwendolyn se vio a sí misma agarrando el riel con ambas manos y cayendo de rodillas. Por un momento no sabía si podría aguantar — mucho menos cruzarlo. Se dio cuenta de que esto era mucho más peligroso de lo que creía, y de que todos estarían tomando la vida en sus manos al intentarlo. "¿Mi señora?", se escuchó una voz. Gwen se volvió para ver a Aberthol parado a pocos metros de distancia, junto a Steffen, Alistair y Krohn, todos ellos esperando para seguirla. Los cinco hacían un grupo poco extraño, encaramados en el borde del mundo, enfrentando un futuro incierto y una probable muerte. "¿Realmente debemos intentar cruzar esto?", preguntó él. Gwendolyn se dio vuelta y miró la nieve y el viento azotando ante ella y agarró sus pieles con más fuerza alrededor de sus hombros, mientras se estremecía. Secretamente, ella no quería cruzar el puente; no quería hacer este viaje en absoluto. Preferiría regresar a la seguridad de su hogar de la infancia, a la Corte del Rey, estar detrás de sus muros acogedores, ante una fogata y no tener que ver ninguno de los peligros y de las preocupaciones del mundo que le habían envuelto desde que se había convertido en reina. Pero por supuesto, no podría hacer eso. La Corte del rey ya no existía; su infancia se había ido, y ahora era la Reina. Iba a tener a un hijo al cual cuidar, tenía a su futuro esposo en algún lugar, y ellos la necesitaban. Por Thorgrin, ella caminaría a través del fuego, si fuera necesario. Gwen estaba segura de que era necesario, sin duda

alguna. Todos necesitaban a Argon — no sólo ella y Thor, sino todo el Anillo. No solo se estaban enfrentando a Andrónico, sino también a una magia poderosa, lo suficientemente poderosa como para atrapar a Thor, y sin Argon, no sabía cómo podrían combatirla. "Sí", respondió ella. "Debemos hacerlo. Gwen se preparó para dar otro paso, y esta vez Steffen se abalanzó, bloqueando su camino. "Mi señora, por favor, déjeme ir primero", dijo. "No sabemos qué terrores nos esperan en este puente". Gwendolyn se sintió conmovida por su ofrecimiento, pero estiró la mano y suavemente le hizo a un lado. "No", dijo ella. "Iré yo". Ya no esperó, sino que dio un paso adelante, sosteniendo con firmeza la cuerda de la baranda. Al dar un paso, fue azotada por una sensación de frío congelante en la mano, el hielo se clavaba en ella, una fría sensación golpeaba las palmas de sus manos y brazos. Ella respiraba rápidamente, ni siquiera estaba segura si podría aguantar. Llegó otro vendaval, soplando el puente de lado a lado, obligándola a reforzar su sujeción, a tolerar el dolor del hielo. Luchaba por equilibrarse con todas sus fuerzas, mientras sus pies se resbalaban en la cuerda cubierta de hielo y en los tablones que estaban debajo de ella. El puente se sacudió bruscamente a la izquierda, y por un momento estaba segura de que caería por un costado. El puente se enderezó solo y se meció en dirección contraria. Gwen se arrodilló otra vez. Apenas había avanzado tres metros y su corazón ya latía tan fuerte que apenas podía respirar, y sus manos estaban tan entumecidas que apenas podía sentir las. Ella cerró los ojos y respiró hondo, y pensó en Thor. Imaginaba su cara, cada ángulo de ésta. Estaba obsesionada con su amor por él. Con su determinación de liberarlo. No importaba lo que costara.

No importaba lo que costara. Gwendolyn abrió los ojos y se obligó a sí misma a dar varios pasos adelante, agarrando la barandilla, no estando dispuesta a detenerse esta vez por nada. El viento y la nieve podrían hacerla caer hacia las profundidades del Cañón. Pero ya no le importaba. Ya no se trataba de ella; sino del amor de su vida. Por él, ella podría hacer cualquier cosa. Gwendolyn sintió el cambio de peso en el puente detrás de ella y miró hacia atrás y ahí estaban Steffen, Aberthol, Alistair y Krohn, siguiéndola. Krohn se resbaló sobre sus patas cuando corrió pasando a los demás, abriéndose paso hasta llegar al lado de Gwendolyn. "No sé si puedo hacer esto", gritó Aberthol, con su voz tensa, después de unos pasos temblorosos. Él

estaba allí parado, con los brazos temblando mientras agarraba la cuerda, era un anciano débil, apenas capaz de aguantar. "Usted puede hacerlo", dijo Alistair, avanzando a su lado y poniendo un brazo alrededor de su cintura. "Aquí estoy yo. No se preocupe".

Alistair caminó con él, ayudándolo a avanzar, mientras el grupo seguía caminando, yendo más y más lejos por el puente, de paso en paso. Gwen nuevamente se maravilló de la fuerza de Alistair ante la adversidad, de su naturaleza tranquila, de su intrepidez. También emanaba de ella una energía que Gwendolyn no entendía. Gwen no podía explicar por qué sentía tanto apegado hacia ella, pero en el corto tiempo en que la había tratado, ya la sentía como si fuera una hermana. Sacó fuerza de su presencia. Y de la de Steffen. Hubo un momento de calma en el viento, y ellos hicieron un buen tiempo. Pronto, cruzaron el punto medio del puente, moviéndose más rápidamente; Gwen ya se estaba acostumbrando a los tabloncillos resbalosos. El otro extremo del Cañón comenzó a visualizarse, estaba a sólo cuarenta y cinco metros de distancia, y el corazón de Gwendolyn comenzó sentirse optimista. Tal vez podrían lograrlo, después de todo. Azotó una ventisca, ésta más fuerte que las otras, tan fuerte que Gwen cayó de rodillas y tuvo que sujetar la cuerda con ambas manos. Se aferró como si le fuera la vida en ello, mientras el puente se mecía a noventa grados, y después regresaba igual de violento. Sintió que un tablón cedió bajo sus pies y gritó, mientras una de sus piernas se hundía en la hendidura, a través del puente, y su pierna quedaba atrapada hasta el muslo. Ella se movió, pero no pudo salir. Gwendolyn se dio vuelta para mirar a Aberthol perder su sujeción, soltando a Alistair y comenzando a deslizarse sobre el borde del puente. Alistair reaccionó rápidamente, estirando una mano y sujetando su muñeca, sosteniéndolo justo antes de que Aberthol se deslizara sobre el borde. Alistair se inclinó sobre el borde del puente, aguantando, mientras Aberthol se columpiaba debajo de ella; no había nada entre él y el fondo del Cañón. Alistair se tensó y Gwen rezó para que la cuerda no cediera. Gwen se sentía tan impotente, atrapada como estaba, con su pierna atorada entre las tablas. Su corazón latía aceleradamente, mientras intentaba salir. El puente se mecía violentamente, y Alistair y Aberthol se mecían con él. "¡Suéltame!", gritó Aberthol. "¡Sálvate tú!". El bastón de Aberthol resbaló de su mano y dio un sinfín de volteretas en el aire, hacia las

profundidades del Cañón. Ahora todo lo que le quedaba era la vara atada a su espalda. "Usted va a estar bien", le dijo Alistair, tranquilamente. Gwen se sorprendió al ver a Alistair tan serena y segura. "Míreme a los ojos", le dijo Alistair, con firmeza. "¿Qué?", grito Aberthol al viento. "Que me mire a los ojos", le ordenó Alistair, con más fuerza en su voz. Había algo en su tono que ordenaba a los hombres, y Aberthol la miró. Sus miradas se encontraron, y al hacerlo, Gwendolyn vio un resplandor de luz emanar de los ojos de Alistair y brillar hasta los de Aberthol. Ella miraba con incredulidad mientras el resplandor envolvía a Aberthol y cuando Alistair se reclinó, con un tirón, jaló a Aberthol hacia arriba, hacia el puente. Aberthol, aturdido, se quedó ahí acostado, jadeando y miró hacia arriba a Alistair, asombrado; luego, inmediatamente se dio vuelta y sujetó la baranda de cuerda con ambas manos, antes de que llegara otra ráfaga de viento. "¡Mi señora!", gritó Steffen. Él se arrodilló sobre ella, y luego bajó la mano, la tomó de los hombros y tiró de ella con todas sus fuerzas. Gwen comenzó a destrabarse de las tablas, pero cuando estaba a punto de liberarse, resbaló de su sujeción helada y volvió a caer donde estaba, yendo todavía más adentro. De repente, una segunda tabla debajo de Gwendolyn se rompió y ella gritó mientras sentía cómo empezaba a caer en picado. Gwendolyn estiró la mano y sujetó la cuerda con una mano y la muñeca de Steffen con la otra. Sintió como si sus hombros se estuvieran desgarrando de sus cavidades, mientras ella colgaba al aire libre. Steffen colgaba ahora también, inclinado sobre el borde, con sus piernas enredadas detrás de él, arriesgando su vida para evitar la caída de ella; las cuerdas rotas detrás de él eran lo único que los mantenía a flote. Hubo un gruñido y Krohn saltó hacia adelante y hundió sus colmillos en la piel del abrigo de Gwen y tiró de ella con todas sus fuerzas, gruñendo y lloriqueando. Lentamente, Gwen fue elevada, centímetro a centímetro, hasta que finalmente pudo sujetarse de las tablas del puente. Se arrastró hacia arriba y quedó allí, de bruces, agotada, respirando con dificultad.

Krohn lamió la cara de ella una y otra vez, y respiró, muy agradecida con él y con Steffen, quien ahora estaba a su lado. Estaba feliz de estar viva, de salvarse de una muerte horrible. Pero Gwendolyn de repente oyó un ruido de algo rompiéndose y sintió que todo el puente se movía. Se le heló la sangre en las venas cuando ella se volvió y miró hacia atrás: una de las cuerdas que

sujetaba el puente del Cañón se rompió. Todo el puente se sacudió, y Gwen observó con horror como el otro, pendiendo de un hilo, también se rompió. Todos gritaron cuando de repente, la mitad del puente se separó de la pared del Cañón; el puente los columpiaba a todos tan rápido, que Gwen casi no podía respirar, mientras volaban por el aire, yendo a la velocidad de la luz hacia el otro extremo del muro del Cañón. Gwen miró hacia arriba y vio el muro de roca yendo hacia ellos de manera borrosa, y sabía que en momentos, todos morirían por el impacto, sus cuerpos serían aplastados, y que todo lo que quedara de ellos caería a las profundidades de la tierra.

"¡Piedra, cede el paso! ¡TE LO ORDENO!", gritó una voz llena de autoridad instintiva, una voz que Gwen nunca había escuchado. Vio a Alistair agarrando la cuerda, extendiendo una mano, con la mirada fija y sin temor, al acantilado con el que estaban a punto de chocar. De la palma de la mano de Alistair emanaba una luz amarilla, y al acercarse a toda velocidad al muro del Cañón, mientras Gwendolyn se preparaba para el impacto, se quedó sorprendida por lo que sucedió después. Ante sus ojos, la roca sólida del Cañón se convirtió en nieve — mientras todos chocaban, Gwendolyn no sintió el chasquido de huesos que esperaba. En cambio, sintió todo su cuerpo inmerso en un muro de luz y nieve suave. Hacía mucho frío, y la cubrió totalmente, entrando en sus ojos, nariz y oídos — pero no le dolió. Estaba viva. Todos colgaban ahí, la cuerda colgaba de la parte superior del Cañón, inmersos en el muro de nieve, y Gwendolyn sintió una mano fuerte agarrando su muñeca. Era de Alistair. Su mano era extrañamente cálida, a pesar del frío congelante. Alistair, ya había sujetado también a los demás, de alguna manera, y pronto, todos, incluyendo a Krohn fueron tirados por ella, mientras subía la cuerda como si nada. Finalmente, llegaron a la cima, y Gwen se derrumbó en tierra firme, al otro lado del Cañón. En el segundo que ocurrió, las cuerdas restantes se rompieron, y lo que quedaba del puente se desplomó, cayendo en la niebla, en las profundidades del Cañón. Gwendolyn estaba ahí tirada, respirando con dificultad, muy agradecida de estar en tierra firme, preguntándose qué acababa de pasar. El suelo estaba helado, cubierto de hielo y nieve, sin embargo, era tierra firme. Estaba fuera del puente, y estaba viva. Lo habían logrado. Gracias a Alistair. Gwendolyn se dio vuelta y miró a Alistair con un nuevo sentido de admiración y respeto. Ella estaba más que

agradecida de tenerla a su lado. Realmente sentía que era la hermana que nunca había tenido, y Gwen tenía la sensación de que ella aún no había comenzado a ver la profundidad de la energía de Alistair. Gwen no tenía ni idea de cómo regresarían a tierra firme del Anillo cuando hubieran terminado lo que iban a hacer aquí — si es que lo terminaban, si es que alguna vez encontraban a Argon y volvían. Y cuando se asomó al muro de nieve cegadora delante de ella, en la entrada al Mundo de las Tinieblas, tuvo un mal presentimiento de que los obstáculos más difíciles todavía estaban por llegar.

# CAPÍTULO DOS

Reece estaba parado en La Travesía del Este del Cañón, agarrándose a la barandilla del puente de piedra y mirando hacia el precipicio, horrorizado. Apenas podía respirar. Todavía no podía creer lo que había presenciado: la Espada del Destino, alojada en una roca, caía al precipicio en picado, dando volteretas y siendo tragada por la niebla. Había esperado y esperado, tratando de escuchar que se estrellara, sentir el tremor bajo sus pies. Pero para su sorpresa, el ruido nunca llegó. ¿Era un cañón sin fondo? ¿Los rumores eran ciertos? Finalmente, Reece soltó la barandilla, tenía sus nudillos blancos, soltó la respiración y se volvió y miró a sus compañeros de La Legión. Todos estaban allí parados — O'Connor, Elden, Conven, Indra, Serna y Krog — también mirando, horrorizados. Los siete estaban paralizados en su lugar, ninguno era capaz de comprender lo que había pasado. La Espada del Destino; la leyenda con la que habían crecido todos; el arma más importante en el mundo; propiedad de los reyes. Y era lo único que quedaba que mantenía activado el Escudo. Se había resbalado de sus manos, estrellándose hacia la nada. Reece sintió que había fracasado. Sintió que había defraudado no sólo a Thor, sino a todo el Anillo. ¿Por qué no pudieron haber llegado allí unos minutos antes? Tan solo unos pocos metros más, y él la habría salvado. Reece se volvió y miró al otro lado del Cañón, al lado del Imperio y se preparó. Ya sin la Espada, él esperaba que el Escudo se desactivara, esperaba que todos los soldados del Imperio estuvieran alineados al otro lado, para que de repente corrieran en estampida y cruzaran el Anillo. Pero sucedió algo curioso: mientras él observaba, ninguno de ellos entró al puente. Uno de ellos lo intentó y fue aniquilado. De alguna manera, el Escudo seguía arriba. Él no lo entendía. "No tiene sentido", dijo Reece a los otros. "La Espada está fuera del Anillo. ¿Cómo puede seguir el Escudo activado?". "La Espada no ha dejado el Anillo", sugirió O'Connor. "No ha cruzado todavía el otro lado del Anillo. Cayó hasta el fondo. Está atrapada entre dos mundos".

"Entonces ¿qué pasará con el Escudo si la Espada no está ni aquí ni allá?", preguntó Elden. Se miraron unos a otros, atónitos. Nadie tenía la respuesta; éste era un territorio sin explorar. "No podemos irnos así nada más", dijo

Reece. "El Anillo está a salvo con la Espada de nuestro lado — pero no sabemos qué puede ocurrir si la Espada permanece allí abajo". "Mientras no esté a nuestro alcance, no sabremos si puede terminar en el otro lado", agregó Elden, estando de acuerdo. "No es un riesgo que podamos tomar", dijo Reece. El destino del Anillo depende de eso. No podemos regresar con las manos vacías, como fracasados". Reece se volvió y miró a los demás, decidido. "Debemos recuperarla", concluyó. "Antes de que alguien más lo haga". "¿Recuperarla?", preguntó Krog, asustado. "¿Eres tonto? ¿Cómo piensas hacer eso?". Reece se dio vuelta y miró a Krog, quien también lo miró, desafiante, como siempre. Krog se había convertido en una verdadera espina clavada en el costado de Reece, desafiando sus órdenes en todo momento, retándolo para tener el poder en cualquier situación. Reece estaba perdiendo la paciencia con él. "Lo haremos", insistió Reece, "bajaremos hasta el fondo del Cañón". Los demás jadearon y Krog levantó sus manos a sus caderas, haciendo muecas. "Estás loco", dijo. "Nunca nadie ha descendido hasta el fondo del Cañón". "Nadie sabe si tiene fondo", intervino Serna. "Hasta donde sabemos, la Espada bajó en una nube, y sigue descendiendo en este momento". "Tonterías", respondió Reece. "Todo debe tener una base. Incluso el mar". "Bueno, aunque el fondo existiera", replicó Krog, "¿de qué nos servirá si está tan abajo que no podemos ni verlo ni oírlo? Nos podría tomar varios días llegar a él — varias semanas". "Además de que no es una caminata relajada", dijo Serna. "¿No has visto los acantilados?". Reece se dio vuelta y observó los acantilados, los muros de roca antigua del Cañón, parcialmente ocultos en los remolinos de niebla. Eran rectos, verticales. Él sabía que tenían razón; no sería fácil. Pero también sabía que no tenían elección. "Se pondrá peor", argumentó Reece. "Esas paredes también son resbaladizas, con niebla. Y aun cuando llegemos a la parte inferior, tal vez no podamos subir". Todos ellos lo miraban, perplejos. "¿Entonces también estás de acuerdo en que es una locura intentarlo?", dijo Krog. "Estoy de acuerdo en que es una locura", dijo Reece, con una voz retumbando con autoridad y confianza. "Pero nacimos para hacer locuras. No somos simples hombres; no somos simples ciudadanos del Anillo. Somos una raza especial: somos soldados. "Somos guerreros. Somos hombres de La Legión. Hicimos una promesa, un juramento. Juramos que nunca huiríamos de una misión por ser demasiado difícil o peligrosa, que nunca dudaríamos de

hacer un esfuerzo que pudiera provocarnos daños personales. Sólo los débiles se esconden y se encogen de miedo —pero no nosotros. Eso es lo que nos hace guerreros. Es la esencia de la gallardía: uno se embarca en una causa más grande que uno mismo porque es lo correcto, lo honorable, aunque pueda ser imposible. Después de todo, no es la victoria lo que hace que algo sea valeroso, sino el intentarlo. Es más grande que nosotros. Esto es lo que somos. Hubo un silencio pesado, mientras el viento azotaba y los demás consideraban sus palabras. Finalmente, Indra dio un paso adelante. "Concuerdo con Reece", dijo ella. "Yo también", agregó Elden, avanzando. "Y yo", agregó O'Connor, caminando al lado de Reece. Conven caminaba en silencio al lado de Reece, agarrando la empuñadura de su espada, dándose vuelta para ver a los demás. "Por Thorgrin", dijo, "voy a los confines de la tierra". Reece se sentía envalentonado teniendo a sus miembros de La Legión dignos de confianza a su lado, estas personas que se habían vuelto tan cercanas a él como si fueran familia, que se habían aventurado con él hasta los confines del Imperio. Los cinco se quedaron allí y miraron a los dos nuevos miembros de La Legión, Krog y Serna, y Reece se preguntó si iban a unirse a ellos. Necesitaban ayuda adicional; pero si querían regresar, entonces que así fuera. Él no se los preguntaría dos veces. Krog y Serna estaban allí parados, mirando hacia atrás, inseguros. "Soy mujer", les dijo Indra, "como se han burlado de mí antes. Y sin embargo, aquí estoy, lista para el desafío de un guerrero — mientras que ustedes están ahí, con todos sus músculos, burlándose y con miedo". Serna refunfuñó, molesto, peinando hacia atrás su largo cabello castaño de sus anchos y estrechos ojos y dando un paso hacia adelante. "Iré", dijo, "pero sólo por el bien de Thorgrin". Krog fue el único que se quedó allí parado, con la cara roja, desafiante. "Ustedes son unos malditos tontos", dijo. "Todos ustedes". Pero aun así, avanzó, uniéndose a ellos. Reece, satisfecho, se volvió y los llevó al borde del Cañón. No había tiempo que perder.

\*

Reece se mantuvo a un costado del acantilado mientras bajaba poco a poco, y los demás iban varios metros arriba de él, haciendo difícil el descenso, como había sido durante horas. El corazón de Reece latía aceleradamente mientras se abría paso tratando de mantener el equilibrio, con sus dedos en carne viva y entumecidos de frío, con sus pies deslizándose

sobre la roca resbaladiza. Él no había pensado que fuera tan difícil. Había mirado hacia abajo y había estudiado el terreno, la forma de la piedra y había notado que en algunos lugares, la roca iba directamente hacia abajo, era perfectamente lisa, imposible de subir; en otros lugares estaba cubierta de un denso musgo; y en otros, tenía una pendiente serrada, marcada, con agujeros, con espacios pequeños y remotos donde uno pudiera poner los pies y las manos. Incluso había visto una cornisa ocasional en donde descansar. Sin embargo, la escalada había demostrado que era más difícil de lo que parecía. La niebla oscurecía constantemente su vista, y mientras Reece tragaba saliva y miraba hacia abajo, estaba teniendo cada vez más dificultad en encontrar puntos de apoyo. Sin mencionar que, incluso después de todo ese tiempo escalando, el fondo, aunque existiera, permanecía fuera de la vista.

Por dentro, Reece sentía un temor creciente, una sequedad en la garganta. Una parte de él se preguntaba si había cometido un grave error. Pero no se atrevía a mostrar su temor a los demás. No estando Thor, ahora él era su líder, y debía dar el ejemplo. También sabía que permitirse temer, no le haría ningún bien. Necesitaba mantenerse fuerte y permanecer concentrado; él sabía que el miedo solamente escondería sus habilidades. Las manos de Reece temblaban, mientras se controlaba. Se dijo a sí mismo que tenía que olvidar lo que se encontraba debajo y concentrarse sólo en lo que había delante de él. Un paso a la vez, se dijo a sí mismo. Se sintió mejor al pensar de esa forma. Reece encontró otro punto de apoyo y dio otro paso hacia abajo, luego otro, y se encontró empezando a recuperar el ritmo. "¡CUIDADO!", gritó alguien. Reece se preparó mientras pequeños guijarros caían de repente a su alrededor, rebotando en su cabeza y hombros. Miró hacia arriba y vio una gran roca cayendo; la esquivó y casi le pegó.

"¡Lo siento!", gritó O'Connor. "¡Roca suelta!". El corazón de Reece latía aceleradamente mientras miraba hacia abajo e intentaba mantener la calma. Moría por saber dónde estaba el fondo; estiró una mano y agarró una pequeña roca que había aterrizado en su hombro y, mirando hacia abajo, la lanzó. Observó, esperando ver si hacía algún ruido. Nunca se escuchó. Su corazónada fue mayor. Todavía no sabía dónde terminaba el Cañón. Y con sus manos y pies temblando, no sabía si podrían lograrlo. Reece tragó saliva, todo tipo de pensamientos corrían por su mente mientras continuaba. ¿Qué pasaría

si Krog había estado en lo cierto? ¿Qué pasaría si no tenía ningún fondo? ¿Qué pasaría si ésta era una misión suicida imprudente? Mientras Reece daba otro paso, bajando de prisa varios metros, ganando impulso otra vez, repentinamente escuchó el sonido de un cuerpo raspando la roca y luego oyó que alguien gritaba. Hubo una conmoción a su lado, y al mirar vio a Elden, empezando a caer, resbalando por delante de él.

Reece instintivamente extendió una mano y logró asir la muñeca de Elden mientras resbalaba. Afortunadamente Reece tenía un agarre firme en el acantilado con la otra mano y fue capaz de sostener a Elden con firmeza, impidiéndole resbalar hasta abajo. Pero Elden colgaba, incapaz de encontrar el equilibrio. Elden era demasiado grande y pesado, y Reece sintió que su fuerza se le escapaba. Indra apareció, escalando hacia abajo rápidamente y estiró la mano y sujetó la otra muñeca de Elden. Elden se movió rápidamente, pero no pudo encontrar el equilibrio. "¡No encuentro de dónde asirme!", gritó Elden, con pánico en su voz. Pateó salvajemente, y Reece temió que también perdería su sujeción y caería con él. Pensó rápidamente. Reece recordó la cuerda y rezón que O'Connor le había mostrado antes de su descenso, la herramienta que solían usar para escalar paredes durante un asedio. En caso de necesitarse, dijo O'Connor. "¡O'Connor, tu cuerda!", gritó Reece. "¡Arrójala!". Reece miró hacia arriba y vio a O'Connor quitando la cuerda de su cintura, reclinándose y empalando el gancho en un rincón de la pared. Lo hundió con todas sus fuerzas, lo probó varias veces, luego lo arrojó hacia abajo. La soga colgaba más allá de Reece. No pudo haber sido más oportuno. La palma de la mano resbaladiza de Elden se deslizaba de la mano de Reece, y cuando él empezó a retirarla, Elden extendió la mano y agarró la cuerda. Reece sostuvo su aliento, rezando para que lo sujetara. Lo hizo. Elden lentamente tiró de sí mismo hacia arriba, hasta que finalmente encontró una base fuerte. Él estaba parado en una cornisa, respirando con fuerza, recuperando su equilibrio. Tuvo un suspiro profundo de alivio, al igual que Reece. Había estado demasiado cerca. \* Ellos subieron y subieron, Reece no sabía cuánto tiempo había pasado. El cielo se volvió más oscuro y Reece goteaba sudor a pesar del frío, sintiendo como si cualquier momento podría ser el último. Sus manos y pies se agitaban violentamente, y el sonido de su propia respiración llenó sus oídos. Se preguntó cuánto más podría aguantar. Él

sabía que si no encontraban el fondo pronto, todos tendrían que parar y descansar, en especial porque estaba anocheciendo. Pero el problema era que no había ningún lugar para parar y descansar. Reece no podía evitar preguntarse que si todos llegaban a estar demasiado cansados, si podrían comenzar a caer, uno a uno. Hubo un gran clamor de roca y luego una pequeña avalancha, toneladas de piedras cayeron, aterrizando en la cabeza, cara y ojos de Reece. Su corazón se detuvo cuando escuchó un grito — diferente esta vez, un grito de muerte. Con el rabillo del ojo vio cómo iba cayendo delante de él, casi más rápido de lo podía procesar, un cuerpo. Reece extendió una mano para atraparlo, pero pasó muy rápido. Todo lo que pudo hacer fue girar y ver cómo Krog era llevado por el aire, agitándose, chillando, cayendo de espaldas directamente hacia la nada.

# CAPÍTULO TRES

Kendrick estaba sentado a horcajadas sobre su caballo, al lado de Erec, Bronson y Srog, delante de sus miles de hombres, mientras enfrentaban a Tirus y al Imperio. Habían caído en una trampa. Habían sido vendidos por Tirus, y Kendrick se dio cuenta, demasiado tarde, que había sido un gran error confiar en él. Kendrick miró arriba y a su derecha y vio a 10 mil soldados del Imperio en la cresta del valle, con las flechas preparadas; a su izquierda vio a otros tantos. Ante ellos estaban parados muchos más. Los pocos miles de hombres de Kendrick, posiblemente nunca podrían vencer a ese número de soldados. Ellos serían asesinados con tan solo intentarlo. Y con todos esos arcos preparados, el más mínimo movimiento resultaría en la masacre de sus hombres. Geográficamente, estar en la base de un valle, tampoco ayudaba. Tirus había elegido bien su lugar para la emboscada. Mientras Kendrick estaba ahí sentado, indefenso, con su rostro ardiendo de rabia e indignación, miró hacia Tirus, quien estaba sentado en lo alto de su caballo con una sonrisa de satisfacción. Junto a él estaban sentados sus cuatro hijos, y al lado de ellos, un comandante del Imperio. "¿El dinero es tan importante para ti?", preguntó Kendrick a Tirus, apenas a tres metros de distancia, con su voz tan fría como el acero. "¿Venderías a tu propia gente, a tu propia sangre?" Tirus no mostró ningún remordimiento; él sonrió de oreja a oreja. "Tu gente no es de mi sangre, ¿recuerdas?", dijo él. "Es por ello que no tengo derecho, según tus leyes, al trono de mi hermano". Erec aclaró su garganta, enojado. "Las leyes MacGil pasan el trono al hijo — no al hermano". Tirus meneó la cabeza. "Ahora todo es intrascendente. Sus leyes ya no importan. El poder siempre triunfa sobre la ley. Son aquellos con poder quienes dictan la ley. Y ahora, como puedes ver, yo soy más fuerte. Lo que significa que de ahora en adelante, yo dicto la ley. Las generaciones venideras no recordarán ninguna de sus leyes. Todo lo que recordarán es que yo, Tirus, fui el rey. No tú ni tu hermana".

"Los tronos tomados de manera ilegítima nunca perduran", contraatacó Kendrick. "Podrás matarnos, incluso podrás convencer a Andrónico que te conceda un trono. Pero tú y yo sabemos que no gobernarás por mucho tiempo. Serás traicionado con la misma alevosía que nos infundiste". Tirus se quedó

allí sentado, sin inmutarse. "Entonces saborearé esos breves días en mi trono el tiempo que dure — y aplaudiré al hombre que me pueda traicionar con tanta habilidad como la que yo utilicé para traicionarlos". "¡Basta de hablar!", gritaron los comandantes del Imperio. "¡Ríndanse ahora o sus hombres morirán!". Kendrick los miró, furioso, sabiendo que debía rendirse pero sin querer hacerlo. "Bajen las armas", dijo Tirus tranquilamente, con su voz tranquilizadora, y "los trataré justamente, de un guerrero a otro. Serán mis prisioneros de guerra. Tal vez no comparta sus leyes, pero honro el código de batalla de un guerrero. Les prometo que no serán dañados estando bajo mi supervisión". Kendrick miró a Bronson, a Srog y a Erec, quienes también lo miraron. Todos estaban ahí sentados, orgullosos guerreros, con los caballos haciendo cabriolas debajo de ellos, en silencio. "¿Por qué deberíamos confiar en ti?", preguntó Bronson a Tirus. "Ya nos has demostrado que tu palabra no significa nada. Tengo la mentalidad de morir en el campo de batalla, sólo para quitarte esa sonrisa engreída de tu cara". Tirus se dio vuelta y frunció el ceño a Bronson. "Hablas cuando ni siquiera eres un MacGil. Eres un McCloud. No tienes derecho a interferir en asuntos de los MacGil". Kendrick defendió a su amigo: "Bronson es tan MacGil ahora como cualquiera de nosotros. Habla con la voz de nuestros hombres". Tirus apretó los dientes, claramente molesto. La decisión es tuya". Mira a tu alrededor y verás a nuestros miles de arqueros en ristre. Ustedes han sido aventajados. Si tan siquiera llegaran a tocar sus espadas, tus hombres caerían muertos en el acto. Seguramente hasta tú puedes darte cuenta. Hay tiempos de lucha y tiempos para rendirse. Si quieres proteger a tus hombres, harás lo que haría cualquier buen comandante. Depongan sus armas". Kendrick apretó su mandíbula varias veces, ardiendo por dentro. Aunque odiaba admitirlo, él sabía que Tirus tenía razón. Él echó un vistazo y supo en un instante que la mayoría, si no es que todos sus hombres, iban a morir aquí, si trataban de luchar. Aunque quería pelear, sería una decisión egoísta; y aunque despreciaba a Tirus, presentía que estaba diciendo la verdad y que sus hombres no serían perjudicados. Mientras vivieran, siempre podrían luchar otro día, en otro lugar, en algún otro campo de batalla. Kendrick miró a Erec, un hombre con el que había luchado en infinidad de ocasiones, el campeón de Los Plateados y sabía que estaba pensando lo mismo. Era diferente ser un líder que ser un guerrero: un guerrero podía pelear

con temerario desenfreno, pero un líder tenía que pensar primero en los demás. "Hay un tiempo para las armas y un tiempo para rendirse", gritó Erec. "Confiamos en tu palabra de guerrero de que todos nuestros hombres no serán dañados, y con esa condición, depondremos nuestras armas. Pero si incumples con tu palabra, que Dios guarde tu alma, voy a volver del infierno para vengar a todos y cada uno de mis hombres". Tirus asintió, satisfecho, y Erec extendió la mano y dejó caer su espada y su vaina al suelo. Aterrizaron con un sonido metálico. Kendrick hizo lo mismo, al igual que Bronson y Srog, cada uno de ellos reacios, pero sabiendo que era lo prudente. Detrás de ellos se oyó el sonido metálico de miles de armas, todas cayendo por el aire y aterrizando en el suelo de invierno, todos Los Plateados y los MacGil y los silesios se rindieron. Tirus sonrió de oreja a oreja. "Ahora, bajen de sus caballos", ordenó. De uno en uno desmontaron, delante de sus caballos. Tirus mostró una amplia sonrisa, disfrutando su victoria. "Durante todos estos años en que estuve exiliado en las Islas Superiores, envidié la Corte del Rey, a mi hermano mayor, todo su poder. Pero ahora, ¿quién de los MacGil tiene todo el poder?". "El poder de la traición no es ningún poder", dijo Bronson.

Tirus frunció el ceño y asintió con la cabeza a sus hombres. Se abalanzaron y ataron a cada una de sus muñecas con cuerdas gruesas. Todos comenzaron a ser arrastrados, miles de ellos fueron hechos prisioneros. Mientras arrastraban a Kendrick, de repente recordó a su hermano, Godfrey. Todos se habían ido juntos, sin embargo, no lo había visto ni a él ni a sus hombres desde entonces. Se preguntaba si de alguna manera había logrado escapar. Rezó para que hubiese encontrado un mejor destino que ellos. De alguna manera, él era optimista. Con Godfrey, uno nunca sabía.



# CAPÍTULO CUATRO

Godfrey iba delante de sus hombres, flanqueado por Akorth, Fulton y su general silesio, y cabalgando al lado del comandante del Imperio a quien había sobornado generosamente. Godfrey cabalgaba con una amplia sonrisa en su rostro, más que satisfecho, cuando vio a la división de los hombres del Imperio, varios miles de soldados fuertes, junto a ellos, uniéndose a su causa. Reflexionó con satisfacción en el soborno que les había dado a ellos; en las interminables bolsas de oro, recordó las miradas en sus caras y estaba feliz de que su plan hubiese funcionado. No había estado seguro hasta el último momento, y por primera vez, respiró tranquilo. Existían muchas maneras de ganar una batalla, después de todo, y acababa de ganar una sin derramar una gota de sangre. Tal vez eso no lo hacía tan caballeroso o valiente como a los otros guerreros. Pero, aun así, lo hacía exitoso. Y finalmente, ¿no era ése el objetivo? Él prefería mantener a todos sus hombres vivos con un poco de soborno, que ver a la mitad de ellos asesinados en algún acto imprudente de hidalguía. Así era él.

Godfrey había trabajado duro para lograrlo. Había utilizado todas sus conexiones del mercado negro de los burdeles, callejones y tabernas, para averiguar quién había estado durmiendo con quién, qué burdeles frecuentaban los comandantes del Imperio en el Anillo, y qué comandante del Imperio estaba abierto al soborno. Godfrey tenía más contactos ilícitos que la mayoría — de hecho, había pasado toda su vida acumulándolos — y ahora le habían sido útiles. Tampoco había causado daño el haber sobornado tan bien a cada uno de sus contactos. Finalmente, le había dado buen uso al oro de su papá. Aun así, Godfrey no había estado seguro si ellos eran confiables, hasta el último momento. No había nadie que te vendiera como ladrón, y tenía que aprovechar la oportunidad que se le estaba presentando. Sabía que era como lanzar una moneda al aire; que esta gente era tan confiable como el oro que les fue pagado. Pero les había pagado con muy, pero muy buen oro, y resultaron ser más confiables de lo que pensó. Por supuesto, no sabía cuánto tiempo permanecería fiel esta división de las tropas del Imperio. Pero al menos se habían zafado de una batalla, y por ahora, los tenía de su lado. "Me equivoqué

contigo", dijo una voz. Godfrey se dio vuelta para ver al general silesiano acercándose a él con una mirada de admiración. "Dudé de ti, lo admito", continuó diciendo. "Te ofrezco disculpas. No podría haber imaginado el plan que tenías bajo la manga. Fue ingenioso. No volveré a dudar de ti otra vez". Godfrey sonrió, sintiéndose reivindicado. Todos los generales, todos los militares, habían dudado él toda su vida. En la Corte de su padre, una Corte de guerreros, siempre se le había mirado con desdén. Ahora, finalmente, estaban viendo que, a su manera, podía ser tan competente como ellos. "No te preocupes", dijo Godfrey. "Yo también dudaba de mí mismo. Voy aprendiendo. Yo no soy un comandante y no tengo un plan maestro que no sea sobrevivir, de cualquier manera posible". "¿Y ahora adónde vamos?", preguntó el general. "A reunirnos con Kendrick, Erec y los otros y hacer lo que podamos para ayudarlos en su causa". Los miles de ellos cabalgaron, en una alianza peligrosa e incómoda entre los hombres del Imperio y Godfrey, subiendo y bajando por las llanuras, a través de las largas, secas y polvorientas planicies, yendo hacia el valle donde Kendrick les había dicho que se encontrarían. Mientras cabalgaban, un millón de pensamientos corrieron por la mente de Godfrey. Se preguntó cómo le habría ido a Kendrick y a Erec; se preguntó qué tan superados en número estarían; y se preguntó cómo le iría en la próxima batalla, una batalla real. Ya no se podía evitar; ya no tenía más trucos bajo la manga, no había más oro. Tragó saliva, nervioso. Sentía que ya no tenía el mismo nivel de valor que todos los demás parecían tener, con el que parecían haber nacido. Todo el mundo parecía tan valiente en la batalla e incluso en la vida. Pero Godfrey tuvo que admitir que tenía miedo. Cuando llegara el momento, en el fragor de la batalla, él sabía que no podría eludirlo. Pero era torpe y delicado; él no tenía las habilidades de los demás, y no sabía cuántas veces sería salvado por los dioses de la suerte.

A los demás no parecía importarles si morían — todos parecían estar dispuestos a dar su vida por la gloria. Godfrey había valorado la gloria. Pero él amaba más a la vida. Él amaba su cerveza y amaba su comida, e incluso ahora, sintió un rugido en su estómago, unas ganas de estar de vuelta en la seguridad de una taberna en algún lugar. La vida de batalla no era para él. Pero Godfrey pensaba en Thor, quien estaba en alguna parte, prisionero; pensaba en toda su gente luchando por la causa, y sabía que aquí era donde su

honor, aunque estuviera mancillado, lo obligaba a estar. Ellos cabalgaron y cabalgaron y, finalmente, llegaron a la cima y tuvieron la oportunidad de tener una vista extensa del valle que estaba abajo. Se detuvieron y Godfrey entrecerró los ojos hacia el sol cegador, tratando de ajustar la mirada, para dar sentido a lo que tenía frente a él. Levantó una mano para proteger sus ojos y miró, confundido. Entonces, para su horror, todo quedó claro. El corazón de Godfrey se detuvo: abajo, miles de los hombres de Kendrick y de Erec y de Srog, eran arrastrados para ser prisioneros. Ésta era la fuerza de combate con la que supuestamente debía reunirse. Estaban completamente rodeados por diez veces más la cantidad de soldados del Imperio. Iban a pie, con las muñecas atadas, todos estaban siendo llevados como prisioneros. Godfrey sabía que Kendrick y Erec nunca se rendirían, a menos que hubiera habido una buena razón. Parecía como si les hubieran puesto una trampa. Godfrey se congeló, lleno de pánico. Se preguntaba cómo pudo haber pasado esto. Él había estado esperando encontrarlos en el fragor de una batalla en iguales condiciones, había esperado reunirse a sus fuerzas. Pero ahora, en cambio, iban desapareciendo en el horizonte, con medio día de camino de ventaja. El general del Imperio se acercó al lado de Godfrey y se burló. "Parece que tus hombres han perdido", dijo el general del Imperio. "Eso no era parte del trato". Godfrey se volvió hacia él y vio cuán ansioso parecía estar el general. "Te pagué bien", dijo Godfrey, nervioso pero reuniendo su voz más segura al sentir que su trato caía en pedazos. "Y prometiste unirte a mi causa". Pero el general del Imperio meneó la cabeza.

"Te prometí acompañarte en la batalla — no en una misión suicida. Mis pocos miles de hombres no se enfrentarán contra todo el batallón de Andrónico. Nuestro trato ha cambiado. Puedes pelear por tu cuenta — y me quedaré con tu oro". El general del Imperio se dio vuelta y gritó, mientras pateaba su caballo y se iba en dirección contraria, con sus hombres pisándole los talones. Pronto desaparecieron abajo, al otro lado del valle. "¡Él tiene nuestro oro!", dijo Akorth. "¿Debemos perseguirlo?". Godfrey movió la cabeza, mientras los veía irse cabalgando. "¿Y de qué serviría eso? El oro es oro. No voy a arriesgar nuestras vidas por ello. Deja que se vayan. Siempre hay más". Godfrey se dio vuelta y vio en el horizonte, al grupo de hombres de Kendrick y de Erec desapareciendo, lo cual le preocupaba más. Ahora ya no

tenía refuerzos, y estaba aún más aislado que antes. Sentía sus planes desmoronándose a su alrededor. "¿Y ahora qué?", preguntó Fulton. Godfrey se encogió de hombros.

"No tengo idea", dijo. "No puedes decir eso", dijo Fulton. "Ahora eres el comandante". Pero Godfrey simplemente se encogió de hombros otra vez. "Digo la verdad". "Esto de ser guerrero es difícil", dijo Akorth, rascándose la barriga, mientras se quitaba el casco. "Parece que no funcionó como esperabas, ¿verdad?" Godfrey se quedó sentado en su caballo, sacudiendo la cabeza, reflexionando sobre qué hacer. Le había tocado una baraja que no esperaba, y no había ningún plan de contingencia. "¿Debemos regresar?", preguntó Fulton. "No", Godfrey se escuchó diciendo, sorprendiéndose incluso a sí mismo. Los demás se volvieron y lo miraron, sorprendidos. Otros se acercaron para escuchar sus órdenes. "Tal vez no sea un gran guerrero", dijo Godfrey, "pero esos de ahí son mis hermanos. Se los están llevando. No podemos regresar. Aunque eso signifique nuestra muerte". "¿Estás loco?", preguntó el general de Silesia. "Todos esos buenos guerreros de Los Plateados, de los MacGil, de las silesios — todos ellos juntos, no pudieron luchar contra los hombres del Imperio. ¿Cómo crees que unos cuantos miles de nuestros hombres bajo tu mando, lo hará?" Godfrey se volvió hacia él, molesto. Estaba cansado de que dudaran de él. "Nunca dije que ganaríamos", respondió él. "Yo digo solamente que es lo correcto que debemos hacer. No les abandonaré. Ahora que si quieres darte la vuelta y volver a casa, puedes hacerlo. Yo mismo voy a atacarlos". "Eres un comandante sin experiencia", dijo, frunciendo el ceño. "No tienes idea de lo que estás diciendo. Guiarás a todos estos hombres a una muerte segura". "Lo haré", dijo Godfrey. "Es cierto. Pero prometiste no volver a dudar de mí. Y yo no voy a darme la vuelta". Godfrey cabalgó varios metros hacia adelante y hacia arriba de una loma para que pudiera ser visto por todos sus hombres. "¡SEÑORES!", gritó, subiendo la voz. "Sé que no me conoces como comandante digno de confianza, como Kendrick o Erec o Srog. Y es cierto, no tengo sus habilidades. Pero tengo corazón, al menos en ocasiones. Y ustedes también. Lo que sé es que son nuestros hermanos los que fueron capturados. Y yo prefiero no vivir, que vivir para ver cómo se los llevan ante nuestros ojos, que regresar como perros a nuestras ciudades y esperar al Imperio para que venga a matarnos, también.

Tengan por seguro esto: nos matarán algún día. Todos podemos morir ahora, de pie, luchando, persiguiendo al enemigo como hombres libres. O podemos morir avergonzados y deshonorados. La elección es suya". Vengan conmigo y vivos o no, ¡cabalgarán hacia la gloria!". Hubo un grito de sus hombres, uno tan entusiasta, que sorprendió a Godfrey. Todos levantaron sus espadas por lo alto, y eso le dio valor. También hizo que Godfrey se diera cuenta de la realidad de lo que acababa de decir. Él no había pensado bien sus palabras antes de pronunciarlas; sólo se dejó llevar por el momento. Ahora se daba cuenta de que estaba comprometido con ello, y se sorprendió un poco por sus palabras. Su propia valentía era abrumadora, incluso para él. Mientras los hombres hacían cabriolas en sus caballos, preparaban sus armas y se alistaban para su ataque final, Akorth y Fulton aparecieron junto a él. "¿Quieres beber algo?", preguntó Akorth. Godfrey miró hacia abajo y lo vio llegar con una bota de vino, y él la arrebató de la mano de Akorth; echó la cabeza hacia atrás y bebió y bebió, hasta que casi había bebido todo, apenas parando para recuperar el aliento. Finalmente, Godfrey limpió la parte posterior de su boca y devolvió la bota. ¿Qué he hecho? se preguntó. Se había comprometido él mismo y a los demás, a una batalla que no podría ganar. ¿Había estado pensando claramente? "No pensé que tenías ese valor", dijo Akorth, dándole palmadas de manera brusca en la espalda, mientras eructaba "Fue un gran discurso. ¡Mejor que el teatro!". "¡Deberíamos haber vendido las entradas!", intervino Fulton. "Creo que te no equivocaste en nada", dijo Akorth. "Es mejor morir de pie, que sobre nuestras espaldas". "Aunque de espaldas no estaría nada mal, si fuera en la cama de un burdel", añadió Fulton.

"¡Eso, eso!", dijo Fulton. "¿O qué tal morir con una jarra de cerveza en nuestros brazos y con la cabeza reclinada?". "Eso estaría bien, sin duda alguna", dijo Akorth, bebiendo. "Pero supongo que después de un rato, sería aburrido", dijo Fulton. "¿Cuántos tarros puede beber un hombre, con cuántas mujeres puede acostarse un hombre en una cama?". "Pues, muchas, si lo piensas bien", dijo Akorth. "Aun así, supongo que sería divertido morir de una manera diferente. No tan aburrida". Akorth suspiró. "Bueno, si sobrevivimos a todo esto, por lo menos tendríamos un motivo para tener que beber realmente. Por primera vez en nuestras vidas, ¡nos lo habremos ganado!". Godfrey se alejó, intentando desconectarse de las conversaciones continuas de Akorth y

Fulton. Necesitaba concentrarse. Había llegado el momento de que se convirtiera en hombre, de dejar atrás las ingeniosas bromas y chistes de taberna; de tomar decisiones reales que afectaban a los hombres de verdad del mundo real. Sentía una pesadez sobre él; no podía evitar preguntarse si esto era lo que su padre había sentido. De alguna extraña manera, aunque odiaba al hombre, estaba empezando a simpatizar con su padre. Y tal vez, para su horror, a ser como él. Olvidando el peligro ante él, Godfrey sintió un aumento repentino de confianza. De pronto, pateó su caballo y con un grito de batalla, cabalgó precipitadamente por el valle. Detrás de él llegó el grito de batalla inmediato de miles de hombres, y las pisadas de sus caballos llenaron sus oídos mientras salían corriendo detrás de él. Godfrey ya se sentía mareado, con el viento en su pelo, el vino se le fue a la cabeza, mientras corría hacia una muerte segura y se preguntó en qué se había metido.

# CAPÍTULO CINCO

Thor estaba sentado sobre su caballo, su padre estaba a su lado, McCloud por el otro, y Rafi cerca. Detrás de ellos estaban sentados docenas de miles de soldados del Imperio, la principal división del ejército de Andrónico, disciplinados y pacientemente a la espera del comando de Andrónico. Todos estaban sentados en la cima de una colina, mirando la zona montañosa, con sus picos cubiertos de nieve. En la cima de la zona montañosa, estaba la ciudad de McCloud, Highlandia, y Thor se puso tenso al mirar a miles de tropas salir de la ciudad y cabalgar hacia ellos, preparándose para la batalla. Éstos no eran los hombres de MacGil; tampoco eran los soldados del Imperio. Llevaban una armadura que Thor apenas reconoció; pero mientras apretaba la empuñadura de su nueva espada, no estaba seguro exactamente de quiénes eran ellos, o por qué atacaban. "Los McCloud. "Mis ex soldados", explicó McCloud a Andrónico. "Todos los buenos soldados McCloud. Todos los hombres a los que entrené alguna vez y con los que combatí". "Pero ahora se han vuelto en tu contra", observó Andrónico. "Vienen a encontrarse contigo en una batalla". McCloud frunció el ceño, le faltaba un ojo, la mitad de su rostro estaba marcado con el sello del Imperio, tenía un aspecto grotesco. "Lo siento, mi señor", dijo él. "No es mi culpa. Es el trabajo de mi hijo, Bronson. Volvió a mi propia gente en mi contra. Si no fuera por él, todos ellos se unirían a mí ahora, por tu gran causa". "No es culpa de tu hijo", corrigió Andrónico, con la voz de acero, girando hacia él. "Es porque eres un comandante débil y un padre más débil. El fracaso de tu hijo es el fracaso que hay en ti. Debí haber sabido que serías incapaz de controlar a tus propios hombres. Debería haberte matado hace mucho tiempo". McCloud tragó saliva, nervioso. "Mi Señor, tú también podrías considerar que no sólo están luchando contra mí, sino contra ti. Quieren deshacerse del Anillo del Imperio". Andrónico meneó la cabeza, acariciando su collar de cabezas reducidas.

"Pero ahora estás de mi lado", dijo él. "Así que pelear contra mí es luchar contra ti, también". McCloud sacó su espada, conmocionado por el ejército que se acercaba. "Pelearé y mataré a todos y cada uno de mis hombres", declaró. "Sé que lo harás", dijo Andrónico. "Si no lo haces, te mataré yo

mismo. No es que necesite que me ayudes. Mis hombres harán mucho más daño del que podrás imaginar — especialmente si van al mando de mi hijo, Thornicus". Thor estaba sentado en su caballo, oyendo débilmente sus conversaciones, pero al mismo tiempo, no escuchando nada de ellas. Él estaba aturdido. Su mente se llenó de pensamientos extraños que no reconocía, pensamientos que latían en su cerebro y continuamente le recordaba la lealtad que le debía a su padre, su deber de luchar por el Imperio, su destino como el hijo de Andrónico. Los pensamientos se arremolinaban sin descanso en su mente, y aunque lo intentaba, era incapaz de despejar su mente, de tener pensamientos propios. Era como si hubiera sido tomado como rehén en su propio cuerpo. Mientras Andrónico hablaba, cada una de sus palabras se convertía en una sugerencia en la mente de Thor, luego en una orden. Entonces, de alguna manera, se convirtieron en sus propios pensamientos. Thor luchaba, una pequeña parte de él trataba de liberar su mente de esos sentimientos invasivos para llegar a un punto de claridad. Pero cuanto más luchaba, era más difícil. Mientras estaba sentado ahí en su caballo, viendo al ejército entrante galopando a través de las llanuras, sintió fluir la sangre en las venas, y en lo único que podía pensar era en su lealtad a su padre, en su necesidad de aplastar a cualquiera que se interpusiera en el camino de su padre. En su destino para gobernar el Imperio. "Thornicus, ¿me oíste?", dijo Andrónico. "¿Estás preparado para demostrar lo que vales en combate, por tu padre?". "Sí, padre mío", respondió Thor, mirando hacia adelante. "Lucharé contra cualquiera que combata contra ti". Andrónico esbozó una amplia sonrisa. Se dio vuelta y enfrentó a sus hombres. "¡SEÑORES!", dijo él. "Ha llegado el momento de enfrentar al enemigo, de eliminar del Anillo a sus rebeldes sobrevivientes de una vez por todas.

Comenzaremos con estos hombres de McCloud que se atreven a desafiarnos. Thornicus, mi hijo, nos guiará en la batalla. Le seguirán como si me siguieran a mí. Darán su vida por él como lo harían por mí. Si lo traicionan a él, ¿me traicionan a mí!". "¡THORNICUS!", gritó Andrónico. "¡THORNICUS!", se escuchó el eco de un coro de diez mil tropas del Imperio detrás de ellos. Thor, envalentonado, levantó su espada nueva por lo alto, la espada del Imperio, la que le había regalado su amado padre. Sintió un poder manando de él, el poder de su linaje, de su pueblo, de todo lo que él debía ser.

Finalmente había vuelto a casa, había vuelto con su padre, una vez más. Por su padre, Thor haría lo que fuera. Incluso lanzarse a la muerte. Thor soltó un gran grito de guerra, mientras pateaba su caballo y salió apresuradamente hacia el valle, siendo el primero en la batalla. Detrás de él se oyó un gran grito de guerra, mientras decenas de miles de hombres le seguían, todos ellos preparados para seguir a Thornicus hacia sus muertes.

# CAPÍTULO SEIS

Mycoples estaba acurrucada, enredada dentro de la inmensa red Akron, incapaz de estirarse, de batir sus alas. Ella estaba sentada en el timón del barco del Imperio y aunque luchaba, no podía levantar la barbilla, mover sus brazos, extender sus garras. Nunca se había sentido peor en su vida, nunca sintió tal falta de libertad, de fuerza. Ella estaba acurrucada en bola, parpadeando lentamente, abatida, más por Thor que por ella misma. Mycoples podía sentir la energía de Thor, incluso desde esta gran distancia, incluso mientras su barco navegaba por el mar, subiendo y bajando las olas monstruosas, su cuerpo se elevaba y descendía mientras las olas se estrellaban en la cubierta. Mycoples podía sentir a Thor cambiando, convirtiéndose en otra persona, no era el hombre que conoció una vez. Se sintió descorazonada. Ella no pudo evitar sentir que de alguna manera lo había decepcionado. Ella trató de luchar una vez más, tenía muchas ganas de ir con él, de salvarlo. Pero simplemente no podía liberarse.

Una ola gigante se estrelló en la cubierta, y las aguas espumosas del Tartuvio se deslizaban debajo de su red, haciendo que resbalara y se golpeará la cabeza con el casco de madera. Se encogió de miedo y gruñó, no teniendo el espíritu o fuerza que solía tener. Se había resignado a su nuevo destino, sabiendo que se la estaban llevando para ser asesinada, o peor aún, para vivir una vida en cautiverio. No le importaba lo que pasara con ella. Ella sólo quería que Thor estuviera bien. Y quería una oportunidad, una última oportunidad para vengarse de sus atacantes. "¡Ahí está! ¡Se deslizó hasta la mitad de la cubierta!", gritó uno de los soldados del Imperio. Mycoples sintió el dolor repentino de un pinchazo en las escalas sensibles de su cara, y vio a dos soldados del Imperio con lanzas de nueve metros de largo, picándola, a una distancia segura a través de la red. Ella intentó abalanzarse a hacia ellos, pero sus limitaciones se lo impedían. Ella gruñó mientras la pinchaban una y otra vez, riendo, evidentemente se estaban divirtiendo. "Ella no es tan aterradora ahora, ¿verdad?", le preguntó uno al otro. El otro rio, pinchando su lanza cerca de su ojo. Mycoples se alejó en el último segundo, evitando dejarla ciega. "Es como una mosca, inofensiva", dijo uno. "Dicen que van a

ponerla en exhibición en la nueva capital de Imperio". "No es lo que supe", dijo el otro. "Me dijeron que van a cortarle las alas y torturarla por todo el daño que le hizo a nuestros hombres". "Ojalá pudiera estar allí para ver eso". "¿Realmente tenemos que llevarla intacta?", preguntó uno. "Son las órdenes". "Pero no veo por qué nosotros no podamos al menos mutilarla un poco. Después de todo, realmente no necesita ambos ojos, ¿verdad?". El otro se rio. "Pues ahora que lo dices, supongo que no", respondió. "Adelante. Diviértete". Uno de los hombres se acercó y levantó una lanza por lo alto. "No te muevas, pequeña", le dijo el soldado. Mycoples se encogió, indefenso, mientras el soldado iba hacia adelante, preparándose para sumir su larga lanza en su ojo.

De repente, otra ola se estrelló en la proa; el agua sacó las piernas del soldado y se fue resbalando hacia la cara de ella, con los ojos abiertos de par en par, de terror. Con un enorme esfuerzo, Mycoples logró levantar una garra lo suficientemente alto como para permitir que el soldado se deslizara por debajo de ella; al hacerlo, ella la hizo caer sobre él y la clavó en su garganta. Él chilló y la sangre se derramó por todas partes, mezclada con agua, mientras moría debajo de ella. Mycoples sintió una pequeña satisfacción. El soldado del Imperio restante se dio vuelta y corrió, gritando por ayuda. En pocos momentos, una docena de soldados del Imperio se acercaron, todos portando largas lanzas. "¡Maten a la bestia!", gritó uno de ellos. Todos se acercaron a matarla, y Mycoples estaba segura de que lo lograrían. Mycoples sintió una repentina furia ardiendo a través de ella, como nunca había sentido. Ella cerró los ojos y oró a Dios para que le diera una ráfaga final de fuerza. Lentamente, sintió un gran calor surgir dentro de su vientre y bajar por la garganta. Levantó su boca y soltó un rugido. Para su sorpresa, salió un montón de llamas. Las llamas viajaron por la red, y aunque no destruyó el Akron, una pared de fuego envolvió a la docena de hombres que se acercaron a ella. Todos gritaron mientras sus cuerpos ardían en llamas; la mayoría se derrumbó en la cubierta, y aquellos que no murieron al instante, corrieron y saltaron por la borda al mar. Mycoples sonrió. Docenas más de soldados aparecieron, esgrimiendo mazas y Mycoples trató de invocar al fuego otra vez. Pero esta vez no funcionó. Dios había contestado sus oraciones y le había dado la gracia una sola vez. Pero ahora, ya no había nada más que pudiera hacer. Estaba agradecida, al menos, por lo que había tenido. Decenas de soldados

descendieron sobre ella, golpeándola con mazas, y lentamente, Mycoples sintió que se hundía, más y más abajo, con sus ojos cerrándose. Ella se acurrucó, resignada, preguntándose si su tiempo en este mundo había llegado a su fin.

Pronto, su mundo se llenó de oscuridad.

# CAPÍTULO SIETE

Rómulo estaba parado en el timón de su enorme barco, con el casco pintado de negro y oro y ondeando la bandera del Imperio, un león con un águila en su boca, batiendo las alas con audacia en el viento. Se quedó allí con las manos en las caderas; con su estructura muscular aún más amplia, como si estuviera enraizado a la cubierta y miró hacia el vaivén de las olas luminiscentes del Ambrek. A lo lejos, apareciendo a la vista, estaba la orilla del Anillo. Por fin. El corazón de Rómulo renació con ilusión, al mirar al Anillo por primera vez. En su barco navegaban sus mejores hombres elegidos cuidadosamente, varias docenas de ellos y detrás navegaban miles de los mejores barcos de Imperio. Una gran armada, llenando el mar, todos navegando con la bandera del Imperio. Ellos habían hecho una larga travesía, rodeando el Anillo, decididos a llegar en el lado de McCloud. Rómulo planeaba entrar a hurtadillas de su antiguo jefe, Andrónico, y asesinarlo cuando menos lo esperara.

Sonrió ante ese pensamiento. Andrónico no tenía ninguna idea de la fuerza o la astucia de su hombre número dos al mando, y estaba a punto de aprenderlo de mala manera. Nunca debió haberlo subestimado. Hubo enormes olas, y Rómulo se deleitaba con el frío rocío que caía en su cara. En su brazo agarró el manto mágico que había obtenido en el bosque, y sintió que iba a funcionar, que iba a llevarlo al otro lado del Cañón. Sabía que cuando se lo pusiera, sería invisible, sería capaz de penetrar el Escudo, de cruzar solo el Anillo. Su misión requeriría sigilo y astucia y sorpresa. Sus hombres no podían seguirlo, por supuesto, pero no necesitaba a ninguno de ellos: una vez que estuviera adentro, encontraría a los hombres de Andrónico — a los hombres del Imperio — y los reuniría para su causa. Él los dividiría y crearía su propio ejército, su propia guerra civil. Después de todo, los soldados del Imperio querían a Rómulo tanto como ellos a Andrónico. Usaría a los hombres de Andrónico contra él. Rómulo entonces encontraría a un MacGil, lo llevaría al otro lado del Cañón, como exigía el manto, y si era cierta la leyenda, el Escudo sería destruido. Con el Escudo desactivado, convocaría a todos sus hombres y toda su flota entraría y aplastarían al Anillo para siempre.

Entonces, finalmente, Rómulo sería el único gobernante del universo. Respiró profundo. Ya casi podía saborearlo. Él había estado luchando toda su vida por este momento. Rómulo miró hacia el cielo rojo intenso, el segundo sol se estaba poniendo, era una enorme bola en el horizonte, emitiendo un brillo azul claro, a esta hora del día. Era la hora del día en que Rómulo rogaba a sus dioses, el dios de la Tierra, el dios del Mar, el dios del Cielo, el dios del viento — y sobre todo, el dios de la guerra. Él sabía que necesitaba apaciguarles a todos. Estaba preparado: había traído muchos esclavos para sacrificarlos, sabiendo que su sangre derramada le daría poder. Las olas chocaban a su alrededor mientras se acercaban a tierra. Rómulo no esperó a que los otros bajaran las cuerdas, sino que prefirió saltar del casco tan pronto como la proa tocó la arena, cayendo unos seis metros y aterrizando sobre sus pies, hasta su cintura, en el agua. Él ni siquiera parpadeó. Rómulo se acercó a la orilla como si fuera dueño de ella, dejando sus pesadas huellas en la arena. Detrás de él, sus hombres bajaron las cuerdas y todos comenzaron a bajar de la embarcación, mientras llegaba un barco tras otro. Rómulo observó toda su obra, y sonrió. Estaba oscureciendo y él había llegado a tierra en el momento perfecto para presentar un sacrificio. Él sabía que tenía que agradecer a los dioses por esto. Se dio vuelta y enfrentó a sus hombres. "¡FUEGO!", gritó Rómulo. Sus hombres se apresuraron para construir una enorme fogata, de cuatro metros y medio de altura, había una enorme pila de madera lista, esperando ser encendida, dispersa y en forma de estrella. Rómulo asintió con la cabeza, y sus hombres arrastraron hacia adelante a una docena esclavos, atados unos a otros. Estaban amarrados a lo largo de la madera de la hoguera, con sus cuerdas aseguradas a ella. Miraban fijamente, con los ojos abiertos de par en par, llenos de pánico. Gritaban aterrorizados, viendo las antorchas listas y dándose cuenta de que estaban a punto de ser quemados vivos. "¡NO!", gritó uno de ellos. "¡Por favor! ¡Se lo ruego! Esto no. ¡Cualquier cosa menos esto!". Rómulo los ignoró. En cambio, volvió la espalda a todo el mundo, dio varios pasos adelante, abrió sus brazos ampliamente y estiró el cuello hasta los cielos. "¡OMARUS!", gritó. "¡Danos la luz para ver! Acepta mi sacrificio esta noche. Acompáñame en mi viaje al Anillo. Dame una señal. ¡Déjame saber si voy a tener éxito! Rómulo bajó sus manos, y al hacerlo, sus hombres se abalanzaron hacia adelante y lanzaron sus antorchas a la madera. Se

escucharon horribles gritos, mientras todos los esclavos eran quemados vivos. Salieron chispas por todos lados, mientras Rómulo estaba allí parado, con el rostro radiante, observando el espectáculo. Rómulo asintió con la cabeza, y sus hombres acercaron a una anciana, sin ojos, con su cara arrugada, con su cuerpo jorobado. Varios hombres la llevaban en un carro, y ella se inclinó hacia adelante, hacia las llamas. Rómulo la observó, paciente, esperando su profecía. "Tendrás éxito", dijo ella. "A menos que veas los soles converger".

Rómulo sonrió ampliamente. ¿Los soles convergen? Eso no ha pasado en mil años. Estaba eufórico, un sentimiento de calidez inundaba su pecho. Eso era todo lo que necesitaba saber. Los dioses estaban con él. Rómulo agarró su manto, montó en su caballo, lo pateó con fuerza, empezando a galopar solo, a través de la arena, hacia el camino que lo llevaría a la Travesía del Este, por el Cañón, y pronto, al centro mismo del Anillo.

# CAPÍTULO OCHO

Selese caminó a través de los restos de la batalla, con Illepra a su lado, cada una de ellas revisando cuerpo por cuerpo, buscando señales de vida. Había sido un largo y duro viaje desde Silesia, mientras las dos estaban juntas, siguiendo al grupo principal del ejército y atendiendo a los heridos y a los muertos. Se separaron de los otros curanderos y se habían convertido en amigas íntimas, unidas a través de la adversidad. Ellas se sentían atraídas naturalmente una a la otra, eran de la misma edad, se parecían entre ellas, y quizá lo más importante, era que cada una estaba enamorada de un chico MacGil. Selese amaba a Reece; e Illepra, aunque reacia a admitirlo, amaba a Godfrey. Hicieron su mejor esfuerzo para ir al parejo del grupo principal del ejército, abriéndose paso en zigzag de los campos y bosques y caminos fangosos, buscando constantemente a heridos MacGil. Por desgracia, encontrarlos no fue difícil; llenaban el paisaje en abundancia. En algunos casos, Selese fue capaz de curarlos; pero en muchos casos, lo mejor que Illepra y ella podían hacer era tapar sus heridas, quitarles el dolor con sus elixires y permitirles una muerte tranquila. Era desgarrador para Selese. Habiendo sido una curandera en una pequeña ciudad toda su vida, nunca había tratado con algo de esta escala o gravedad. Estaba acostumbrada a manejar raspaduras menores, cortes y heridas o quizá la picadura ocasional de un Forsyth. Pero no estaba acostumbrada a tal derramamiento de sangre y muerte, a tal gravedad de las heridas y heridos. Le entristecía profundamente. En su profesión, Selese anhelaba curar a la gente y verlos bien; sin embargo, desde que se había embarcado en Silesia, no había visto nada más que un rastro interminable de sangre. ¿Cómo podían los hombres hacerse eso unos a otros? Los heridos eran todos hijos de alguien; padres, maridos. ¿Cómo podía ser tan cruel la humanidad? Selese estaba más descorazonada aún, por su falta de capacidad para ayudar a cada persona que encontraba. Sus provisiones estaban limitadas a lo que podía cargar, y dada su larga caminata, no era mucho. Los otros curanderos del reino estaban dispersos por todo el Anillo; eran un ejército en sí mismo, pero abarcaban poco y los suministros eran muy pocos. Sin suficientes carruajes, caballos y un equipo de ayudantes, era poco

lo que ella podía transportar. Selese cerró los ojos y respiró profundamente mientras caminaba, viendo las caras de los heridos destellar ante ella. Ella había atendido demasiadas veces a soldados heridos mortalmente, gritando de dolor, había visto sus ojos vidriosos y les había dado Blatox. Era un analgésico eficaz y un tranquilizante efectivo. Pero éste no podía sanar heridas que supuraban, ni detener la infección. Sin todas sus provisiones, era lo mejor que podía hacer. Le daban ganas de llorar y gritarle al mundo al mismo tiempo. Selese e Illepra se arrodillaron junto a un soldado herido, a pocos metros de distancia una de la otra, cada una ocupada suturando una herida con aguja e hilo. Selese había sido forzada a usar esta aguja demasiadas veces, y deseaba tener alguna limpia. Pero no tenía otra elección. El soldado gritó de dolor cuando ella cosió una herida vertical, larga, en su bíceps, que parecía no querer permanecer cerrada, supurando continuamente. Selese presionó una mano hacia abajo, tratando de contener el flujo sanguíneo.

Pero era una batalla perdida. Si tan sólo hubiese llegado a este soldado un día antes, todo hubiese estado bien. Pero ahora su brazo estaba verde. Ella trataba de prevenir lo inevitable. "Va a estar bien", le dijo Selese. "No, no es así", dijo él, con una mirada de la muerte hacia ella. Selese había visto esa mirada demasiadas veces. "Dígame". ¿Voy a morir?". Selese respiró hondo y contuvo la respiración. No sabía qué responder. Odiaba ser deshonesto. Pero no podía soportar decírselo. "Nuestros destinos están en manos de nuestros creadores", dijo. "Nunca es demasiado tarde para cualquiera de nosotros. Beba", dijo ella, tomando un pequeño frasco de Blatox de la cartera de pociones que llevaba en su cintura, poniéndolo en sus labios y acariciando su frente. Él puso sus ojos en blanco, y suspiró, tranquilo por primera vez. "Me siento bien", dijo. Momentos más tarde, sus ojos se cerraron. Selese sintió rodar una lágrima por su mejilla y rápidamente la limpió.

Illepra terminó con sus heridos y cada una de ellas se levantó, agotada, y continuaron caminando juntas hacia el interminable sendero, pasando cadáver tras cadáver. Se dirigieron, inevitablemente, hacia el Este, siguiendo al grupo principal del ejército. "¿Acaso estamos haciendo algo aquí?", preguntó finalmente Selese, tras un largo silencio. "Por supuesto", respondió Illepra. "No parece ser así", dijo Selese. "Hemos salvado a tan pocos y perdido a tantos otros". "¿Y qué hay de esos pocos?", preguntó Illepra. "¿No valen

nada?". Selese pensó. "Por supuesto que sí", dijo ella. "¿Y qué hay de los otros?". Selese cerró los ojos e intentó pensar en ellos; pero ahora solamente eran caras borrosas. Indra meneó la cabeza. "Estás pensando de manera equivocada. Eres una soñadora. Muy ingenua. No puedes salvar a todo el mundo. Nosotros no empezamos esta guerra. Sólo la seguimos". Siguieron caminando en silencio, yendo cada vez más al Este, pasando campos de cadáveres. Selese estaba feliz, al menos, por la compañía de Illepra. Se hacían compañía mutuamente y se daban consuelo y habían compartido conocimientos y remedios en el camino. Selese estaba asombrada por la amplia gama de hierbas de Illepra, que ella no había conocido; Illepra, a su vez, se sorprendía continuamente por las extraordinarias pomadas que Selese había descubierto en su pequeño pueblo. Se complementan bien una a la otra. Mientras caminaban, examinando una vez más a los muertos, Selese dirigió sus pensamientos hacia Reece. A pesar de todo lo que había a su alrededor, no podía sacarlo de su mente. Ella había viajado todo el camino a Silesia para encontrarlo, para estar con él. Pero el destino los había separado demasiado pronto, esta estúpida guerra los mandaba en diferentes direcciones. Se preguntaba a cada momento si Reece estaba a salvo. Se preguntaba exactamente en qué campo de batalla estaba. Y a cada cadáver que veía, rápidamente le miraba la cara con un sentimiento de temor, esperando y rezando para que no fuera Reece. Sentía un nudo en el estómago con cada cuerpo al que se acercaba, hasta que lo volteaba y le veía la cara y notaba que no era él. Con cada uno, suspiraba de alivio. Sin embargo, cada paso que daba la hacía sentir al borde, siempre temiendo encontrarlo con los heridos — o peor aún, con los muertos. No sabía si podría seguir adelante, si así fuera. Estaba decidida a encontrarlo, vivo o muerto. Ella había viajado hasta aquí, y no volvería hasta saber el destino de él. "No he visto ninguna señal de Godfrey", dijo Illepra, pateando piedras conforme caminaban. Illepra había hablado de Godfrey intermitentemente desde que se habían ido, y era obvio que también estaba enamorada de él. "Ni yo", dijo Selese. Era un diálogo constante entre las dos, cada uno embelesada por los dos hermanos, Reece y Godfrey, dos hermanos que no podían ser más diferentes uno del otro. Selese no podía entender lo que Illepra veía en Godfrey, personalmente.

Para ella era sólo un borracho, un hombre tonto, que no debía ser tomado

en serio. Era divertido y gracioso y sin duda, ingenioso. Pero no era el tipo de hombre que quería Selese. Selese quería a un hombre sincero, serio, pasional. Anhelaba tener a un hombre que tuviera caballerosidad, honor. Reece era el indicado para ella. "No sé cómo pudo él haber sobrevivido a todo esto", dijo Illepra tristemente. "Lo amas, ¿verdad?", preguntó Selese. Illepra enrojeció y se dio vuelta. "Nunca dije nada acerca del amor", dijo ella, defensivamente. "Solamente estoy preocupada por él. Es sólo un amigo". Selese sonrió. "¿En serio? Entonces, ¿por qué no paras de hablar de él?". "¿Eso hago?", preguntó Illepra, sorprendida. "No me había dado cuenta". "Sí, constantemente". Illepra se encogió de hombros y guardó silencio. "Supongo que me saca de quicio, de alguna manera. A veces me pone furiosa. Constantemente estoy sacándolo a rastras de las tabernas. Me promete todo el tiempo, que nunca volverá. Pero siempre lo hace". Es exasperante, realmente. Lo destruiría, si pudiera". "¿Es por eso que estás tan ansiosa por encontrarlo?", preguntó Selese. "¿Para destruirlo?". Ahora fue turno de Illepra sonreír. "Tal vez no", dijo ella. "Tal vez también quiero darle un abrazo". Ellas rodearon una colina y se encontraron con un soldado, de Silesia. Estaba debajo de un árbol, gimiendo, con su pierna evidentemente rota. Selese podía verlo desde aquí, con su ojo de experta. Cerca de allí, atado al árbol, estaban dos caballos. Fueron corriendo a su lado. Mientras Selese atendía sus heridas, una profunda cuchillada en el muslo, no pudo evitar preguntarle lo mismo que a todos los soldados que encontraba. "¿Han visto a alguien de la familia real?", preguntó ella. ¿Han visto a Reece?". Todos los otros soldados se habían dado vuelta y negaron con la cabeza y apartaron la mirada, y Selese estaba tan acostumbrada a la decepción, que ya esperaba una respuesta negativa. Pero, para su sorpresa, este soldado asintió con la cabeza. "No he cabalgado con él, pero sí lo he visto, sí, señora". Los ojos de Selese se abrieron de par en par de emoción y esperanza. "¿Está vivo? ¿Está herido? ¿Sabe dónde está?", preguntó ella, con el corazón acelerado, agarrando la muñeca del hombre. Él asintió. "Sí. Está en una misión especial. Recuperar la Espada". "¿Qué espada?". Pues la Espada del Destino. Ella lo miró con asombro. La Espada del Destino. La espada de la leyenda. "¿Dónde?", preguntó ella, desesperada. "¿Dónde está él?" "Se fue a la Travesía del Este". La Travesía del Este, pensó Selese. Eso estaba lejos, muy lejos. No había manera de llegar a pie. No a este ritmo. Y si Reece estaba

ahí, seguramente estaba en peligro. Seguramente, necesitaba de ella.

Cuando terminó de atender al soldado, notó los dos caballos atados al árbol. Dada la pierna rota de este hombre, no había forma de que él pudiera montarlos. Esos dos caballos no le servirían a él. Y pronto morirían, si no se les atendía. El soldado se dio cuenta de que ella los miraba. "Tómelos, señora", le dijo. "No los necesito". "Pero son suyos", dijo ella. "No puedo montarlos. No estando así. Usted les dará buen uso. Tómelos y encuentre a Reece. Es un largo camino desde aquí y no podrá llegar a pie. Me ha ayudado enormemente. No moriré aquí. Tengo comida y agua para tres días. Los hombres vendrán por mí. Todo el tiempo hay patrullas aquí. Tómelos y vaya". Selese estrechó la muñeca de él, rebotante de gratitud. Se volvió hacia Illepra, decidida. "Debo ir y encontrar a Reece. Lo siento. Hay dos caballos aquí. Puedes tomar el otro e ir a donde necesites. Tengo que cruzar el Anillo, para ir a la Travesía del Este. Lo siento. Pero tengo que dejarte". Selese montó su caballo y se sorprendió cuando Illepra se abalanzó y montó el que estaba al lado de ella. Illepra extendió la mano con su espada corta y cortó la cuerda que ataba a los caballos al árbol. Ella se dirigió a Selese y sonrió. "¿Realmente pensaste que después de todo lo que hemos pasado, te dejaría ir sola?", preguntó ella. Selese sonrió. "Supongo que no", respondió ella. Las dos patearon sus caballos, y se fueron, corriendo por el camino, yendo todavía más al Este, al lugar, oró Selese, donde estaba Reece.

# CAPÍTULO NUEVE

Gwendolyn se hizo ovillo, bajando su barbilla contra el viento y la nieve, mientras caminaba por el interminable campo blanco, con Alistair, Steffen y Aberthol a su lado, Krohn a sus pies. Los cinco habían estado caminando durante horas, desde que habían cruzado el Cañón y entrado en el Mundo de las Tinieblas, y Gwen estaba agotada. Sus músculos y estómago le dolían, sentía dolores agudos disparando a través de ella, cuando el bebé se movía. Era un mundo de nieve blanca, cayendo implacablemente, azotando en sus ojos, el horizonte no ofrecía respiro. No había nada que rompiera la monotonía del paisaje; Gwen sentía como si estuviera caminando hasta los confines de la tierra. También había más frío, y a pesar de sus pieles, Gwendolyn sentía el frío penetrando en sus huesos. Sus manos ya estaban entumecidas. Ella vio a los demás temblando, también, todos luchando contra el frío, y empezó a preguntarse si había cometido un grave error al venir aquí. Aunque Argon estuviera aquí, sin algún indicador de algún tipo en el horizonte, ¿cómo podría encontrarlo? No había ningún rastro, ningún camino, y Gwen sentía una sensación de desesperación, ya que no tenía ni idea de hacia dónde se dirigían. Todo lo que sabía era que iban lejos del Cañón, más al norte. Incluso aunque encontrarán a Argon, ¿cómo podrían liberarlo? ¿Podría ser liberado? Gwen sintió que había viajado a un lugar que no era para los seres humanos, a un lugar sobrenatural, exclusivo para hechiceros y druidas y fuerzas misteriosas de la magia, que ella no comprendía. Sentía que estaba invadiendo. Gwen sintió otro dolor agudo en su estómago y sintió que el bebé se daba vuelta dentro de ella una y otra vez. Éste era tan intenso, que casi se quedó sin aliento, y se tambaleó por un momento. Ella sintió una mano reconfortante que sujetaba su muñeca y la estabilizaba. "Mi señora, ¿se encuentra bien?", preguntó Steffen, llegando rápidamente a su lado. Gwen cerró los ojos, respiró profundo, tenía los ojos llorosos por el dolor y asintió con la cabeza. Ella se detuvo un momento y colocó una mano sobre su estómago y esperó. Su bebé claramente no estaba feliz de estar aquí. Tampoco lo estaba ella. Gwen se quedó ahí unos instantes, respirando profundamente, hasta que finalmente pasó el dolor. Se preguntó otra vez si se había equivocado al venir aquí; pero ella pensó en Thor, y su deseo de salvarlo

superaba todo lo demás. Empezaron a caminar de nuevo, y como el dolor continuaba, Gwendolyn no solo temía por su bebé, sino también por los demás. En estas condiciones, no sabía cuánto podrían durar; ella no sabía ni siquiera si podrían dar marcha atrás en este punto. Estaban atorados. Todo era territorio inexplorado, sin ningún mapa y sin fin a la vista. El cielo estaba teñido de una luz púrpura, todo teñido en ámbar y violeta, haciéndola sentir aún más desorientada. No se sabía si era de día o de noche aquí. Era una marcha interminable hacia la nada. Aberthol había estado en lo cierto: esto era realmente otro mundo, un abismo de nieve y vacío, el lugar más desolado que había visto en su vida. Gwendolyn hizo una pausa por un momento para recobrar el aliento y al hacerlo, sintió una mano cálida, tranquilizadora en su estómago y le sorprendió el calor. Se volvió para ver a Alistair parada a su lado, poniendo una mano sobre su estómago, mirándola con preocupación. "Estás embarazada", dijo. Fue más una afirmación que una pregunta. Gwendolyn la miró, sorprendida de que ella lo supiera, especialmente porque su estómago aún se veía plano. Sin embargo, ya no tenía la fuerza para mantenerlo en secreto, y ella asintió. Alistair también asintió con la cabeza. "¿Cómo lo supiste?", preguntó Gwen. Pero Alistair simplemente cerró los ojos y respiró profundo, manteniendo su mano en el estómago de Gwen. Gwen se sintió reconfortada y sintió un calor curativo difundiéndose a través de ella. "Es un niño muy fuerte", dijo Alistair, con los ojos todavía cerrados. "Tiene miedo. No está enfermo. Estará bien. Le estoy quitando sus temores ahora". Gwendolyn sentía ondas de luz y calor corriendo a través de ella. Pronto se sintió totalmente recuperada.

Gwen estaba llena de gratitud y amor hacia Alistair; inexplicablemente se sintió apegada a ella. "No sé cómo darte las gracias", dijo Gwendolyn mientras se levantaba, sintiéndose casi normal otra vez, mientras Alistair quitaba su mano. Alistair bajó su cabeza humildemente. "No hay nada que agradecerme", contestó. "Es mi trabajo". "No me dijo que estaba embarazada, mi señora", dijo Aberthol con seriedad. "Si lo hubiera sabido, nunca le habría aconsejado hacer este viaje". "Mi señora, no tenía idea", dijo Steffen. Gwendolyn se encogió de hombros, supersticiosa, no queriendo toda esa atención hacia su bebé. "¿Y quién es el padre?", preguntó Aberthol. Gwen tuvo un profundo sentido de ambivalencia, al decir la palabra: "Thorgrin". Gwen se

sentía desgarrada. Sentía oleadas de culpa por lo que le había hecho a Thor, por cómo se habían despedido; también tenía sentimientos encontrados acerca del linaje del niño. Ella imaginaba la cara de Andrónico y se estremecía. Aberthol asintió con la cabeza. "Es de un excelente linaje", dijo. "Lleva a un guerrero dentro de usted". "Mi señora, daría mi vida para proteger a su hijo", dijo Steffen. Krohn se acercó, inclinó su cabeza en su estómago y lo lamó varias veces, lloriqueando. Gwen estaba abrumada por la amabilidad de ellos y se sintió apoyada. De repente, Krohn se dio vuelta y sorprendió a todos al gruñir con saña. Dio varios pasos hacia adelante en la nieve cegadora, con los pelos de punta. Él se asomó en la nieve, ignorándolos. Gwen y los demás se miraban, perplejos. Gwen se asomó en la nieve, pero no pudo ver nada. Nunca había oído a Krohn gruñir así. "¿Qué pasa, Krohn?", preguntó ella, nerviosa. Krohn continuó gruñendo, avanzando lentamente, y Gwen, nerviosa, bajó su mano a la daga que estaba en su cintura, mientras los demás también ponían sus manos sobre sus armas.

Ellos esperaron y estuvieron alertas. Por último, de la nieve cegadora surgió una docena de criaturas. Eran aterradoras, totalmente blancas, con enormes ojos amarillos y cuatro colmillos largos, amarillos, más grandes que los lobos. Eran más grandes que Krohn, y cada uno tenía dos cabezas con largos colmillos, descendiendo casi treinta centímetros. Emitían un ruido bajo, constante, salvaje, cuando se acercaron al grupo, esparcidos en un amplio semicírculo. "Son Lorks", dijo Aberthol, con miedo, dando un paso atrás. Gwendolyn oyó el timbre distintivo del metal cuando Steffen sacó su espada. Aberthol agarró su bastón que tenía delante de él con ambas manos, mientras Alistair se quedó allí parada, mirando, seria. Gwendolyn agarró su daga y la sostuvo firmemente, dispuesta a ofrendar su vida para defender a su bebé. Krohn no perdió el tiempo: con un gruñido, avanzó e inició el ataque. Saltó en el aire y hundió sus colmillos en el cuello de un Lork, y aunque era más grande, Krohn estaba decidido y luchó con él en un combate de gruñidos. Los sonidos eran feroces mientras rodaban y rodaban. Pronto, la nieve se tiñó de rojo, y Gwen se sintió aliviada al ver que era sangre de los Lorks. Krohn lo inmovilizó, victorioso. Los otros Lorks entraron en acción. Dos de ellos se abalanzaron a Krohn, mientras que los otros se dirigieron directamente hacia Gwendolyn y los demás. Steffen corrió hacia adelante, blandiendo su espada

hacia un Lork, cuando éste iba a atacar a Gwendolyn, logrando cortar una de sus dos cabezas. Pero eso lo dejó expuesto, y el otro Lork se abalanzó sobre él y hundió sus largos colmillos en el brazo de Steffen. Steffen gritó, su sangre chorreaba por todas partes, mientras la criatura lo inmovilizaba en el suelo. Gwendolyn dio un paso adelante con su daga y apuñaló al Lork en su espalda; éste arqueó su espalda mientras gritaba. Tenía una serie de colmillos dentro del brazo de Steffen, mientras que con la otra cabeza se daba vuelta y se precipitaba hacia Gwen. Se encorvó lo suficiente para que Steffen se liberara, y mientras Gwen se retiraba, sosteniendo su daga ante ella con las manos temblorosas, Steffen sacó su espada y le cortó las dos cabezas. Un Lork puso su mirada en Alistair y fue a atacarla; saltó en el aire, con el objetivo de hundir sus colmillos en su garganta. Alistair se mantuvo en su lugar, tranquila, pero sin inmutarse, y levantó una mano frente a ella; una luz amarilla emanó de su palma y voló por el aire y golpeó al Lork en su pecho. Se quedó flotando, congelado en el aire, mientras Alistair extendía su brazo. Finalmente, después de varios segundos flotando en el aire, la criatura cayó a sus pies, inofensivo, muerto. Otro Lork se dirigió hacia Aberthol, y éste levantó su bastón y lo golpeó en el aire, mientras lo esquivaba. Sin embargo, el Lork inmediatamente se puso de pie, y saltó sobre la espalda de Aberthol. Aberthol gritó mientras el Lork hundía sus colmillos en su hombro y lo inmovilizaba, boca abajo, en la nieve. Gwendolyn se dio vuelta para ayudarlo, pero Steffen se adelantó, sacando su arco y clavando una flecha en la quijada de la criatura, antes de dar un golpe mortal en la parte posterior del cuello expuesto de Aberthol. Steffen entonces se dio vuelta para disparar a los dos Lorks que sujetaban a Krohn, pero una tormenta repentina de nieve impedía atinar al objetivo. Gwendolyn corrió hacia Krohn. Sacó su daga y apuñaló a un Lork por la espalda, mientras Krohn saltaba y hundía sus colmillos en la garganta del otro Lork. Steffen se abalanzó y apuñaló el Lork en su otra cara, antes de que pudiera matar a Krohn. Finalmente, todos los Lorks estaban muertos. Todos se quedaron en silencio. Krohn, lleno de heridas, se puso de pie y fue renqueando hacia Gwendolyn. Lamió su mano y luego su estómago. Gwendolyn, lloraba al ver a Krohn herido y se sentía conmovida por su lealtad, se arrodilló a su lado y frotó su piel, sintiendo todas sus heridas y viendo toda la sangre en las palmas de su mano. Se sintió descorazonada. Alistair se arrodilló al lado de Krohn,

puso sus manos sobre él, mientras un suave resplandor amarillo cubría su cuerpo, él la miró y lamió su cara. Sus heridas fueron sanadas. Alistair ayudó a Aberthol a levantarse, y él se puso de pie temblorosamente. Los cinco, todos nerviosos, se volvieron y se miraron unos a otros, a la carnicería, viéndolo todo. Todo había sucedido tan rápido, Gwen apenas podía procesarlo. Le recordó una vez más de los peligros de este lugar. "Mi señora, ¡mire!". Steffen gritó, con emoción en su voz. Gwen se volvió y miró al horizonte y notó un momento de calma temporal en la tormenta de nieve. Poco a poco, una pequeña ráfaga de sol emergió entre las nubes, era un atisbo de esperanza en el horizonte. Al observar, para sorpresa suya, apareció de repente, flotando en el horizonte, un arco iris, con todos sus colores brillando en el aire. A diferencia de cualquier arco iris que Gwen hubiese visto: en lugar de tener forma de arco, era un círculo perfecto, hueco en el medio, flotando en lo del cielo. También iluminó el paisaje, y por primera vez, tuvo una visión de su entorno. "Allí", dijo Gwen. "¿Ven esa colina?". Allí termina el muro de nieve. Debemos llegar allí". Fortalecido, el grupo aceleró su paso. Marchaban al unísono, encima de una colina alta, Gwen respiraba con dificultad, cada uno de ellos apoyándose mutuamente, mientras atendían sus heridas.

Finalmente, Aberthol se detuvo. "No puedo seguir", dijo. "Debes hacerlo", imploró Gwen. Ella se acercó, puso un brazo alrededor del de él y le ayudó a subir la colina, mientras Alistair se acercó y le ayudó con el otro. Si tan sólo pudieran alcanzar la cima de la colina, Gwendolyn esperaba que todo se aclarara. Tal vez verían a Argon en algún lugar; o tal vez, por lo menos, habría alguna señal, algún signo que apuntara hacia el camino. Ellos subieron y subieron y finalmente, respirando con dificultad, llegaron a la cima. Gwendolyn estaba parada en la cima, con los demás y miró hacia abajo. Estaba sorprendida por lo que vio. Extendido por debajo de ella, hasta donde alcanzaba la vista, había un panorama como nunca había visto en su vida. Era un valle interminable, el cielo era amarillo y rojo, no se veía más nieve. En cambio, bajo el cielo había un paisaje congelado, brillante. Era como una ciudad congelada, pero en lugar de edificios, había montículos de hielo, de diferentes formas y tamaños, cada uno de un color diferente — violetas, azules, rojos, rosas. Todo brillaba en el sol, había un millón de destellos de luz. Era una ciudad congelada, la cosa más bella que jamás había visto. No

parecía real. Gwen no sabía lo que era, o donde conducía. Pero sintió un brillo mágico sobre él, sintió que el tiempo y el lugar estaban atrapados allí. Y sabía, solamente sabía, que Argon estaba en algún lugar más abajo.

# CAPÍTULO DIEZ

Reece estaba en el borde del acantilado, pegado contra la piedra, con las manos temblando, agarrado con fuerza por su vida y mirando sobre su hombro con horror, cuando vio a Krog cayendo delante de él, gritando y agitándose en la niebla. Reece se sintió descorazonado. Seguramente Krog estaba muerto. Ya habían perdido a uno de sus valiosos miembros de la Legión, y Reece no pudo evitar sentir que era su culpa; después de todo, era él quien había conducido al resto, aquí. Las manos y los pies de Reece temblaban, y se preguntó cuánto tiempo más podría aguantar — y cuánto tiempo más podrían aguantar los demás, también. No sentía que podrían lograrlo por más tiempo — y todavía no sabía si había un fondo. ¿Había sido imprudente seguir con esto? Pero de repente llegó una linda sorpresa — los gritos de Krog terminaron abruptamente y fueron reemplazados con el sonido de Krog impactándose en algo. Parecían ser ramas, ramitas rompiéndose y todo estaba más cerca de lo que Reece podría haber imaginado. Él estaba sorprendido: ¿Krog había tocado fondo? ¿Estaba tan cerca? Reece se sintió alentado cuando miró hacia abajo, a los remolinos de bruma, sabiendo que Krog no estaba demasiado abajo. Reece esperaba que incluso él hubiese sobrevivido. Tal vez algo había amortiguado su caída. "¿KROG?". Reece lo llamó. No hubo ninguna respuesta. Reece miró hacia arriba y vio a los otros, a Elden, O'Connor, Conven, Indra y Serna, todos aferrándose al costado del acantilado, con las manos temblorosas y todos mirando hacia abajo con la misma expresión de asombro y temor. Reece podría deducir por sus cuerpos, por sus expresiones de desesperación, que tampoco llegarían muy lejos. Se sintió obligado a dar el ejemplo, como su líder. "¡El fondo está cerca!", dijo Reece, con un tono de confianza en su voz. "Krog llegó allí. Él va a estar bien — ¡y nosotros también! Aguanten un poco más, y todos estaremos a salvo. ¡Síguenme!". Reece se apresuró a bajar, con las manos deslizándose, con las rodillas temblando, pero decidido a lograrlo y a poner el ejemplo. Cuando pensaba sólo en sí mismo, sentía que era demasiado duro; pero cuando él pensaba en los demás, sentía energía renovada. Respirando con dificultad, Reece miró hacia abajo y centró su mirada. Trató de lograrlo de un punto de apoyo a otro; a veces solo había espacio suficiente

para los dedos. Por suerte, sus botas le daban apoyo, permitiéndole meter los dedos en lugares minúsculos y dejarlos allí, dándole la fuerza que necesitaba para apoyar su cuerpo. Se abrió paso por el acantilado con su explosión final de energía, rezando para que éste fuera el último. Finalmente, los remolinos de bruma comenzaron a levantarse y cuando Reece miró hacia abajo, su corazón se aceleró al ver la tierra. ¡Tierra real! A escasos seis metros estaba el fondo del Cañón. Y allí, acostado en una cama de lo que parecían ser agujas de pino suave, en color turquesa brillante, estaba Krog. Él gemía y se retorció en el piso. Reece suspiró con alivio. Estaba vivo. Al acercarse, Reece se sorprendió al ver el paisaje que había abajo: era más exótico que cualquier cosa que jamás había visto, y parecía que él había llegado a otro mundo. Sólo alcanzó a atisbarlo entre los remolinos de nieblas, pero por lo que podía ver, el fondo del Cañón estaba plagado de pinos con troncos naranja brillantes y agujas turquesa brillantes, sus ramas eran púrpura y oro y estaban llenos de pequeñas frutas exóticas que brillaban. El suelo parecía lodo. Cuando Reece alcanzó los últimos pocos metros, bajó de un salto de la pared, sus manos apenas podían aguantar un segundo más. Sus pies aterrizaron en el suelo y se hundieron unos centímetros. Miró hacia abajo y vio una extraña sustancia pegajosa, no parecía ser barro, pero tampoco era tierra. Se sentía tan bien tener los pies en el suelo de verdad otra vez. Alrededor de él, sus compañeros de la Legión siguieron su ejemplo, bajando de un salto los últimos centímetros de la pared y aterrizando al lado de él. Reece se apresuró a ir al lado de Krog. Mientras se acercaba, un destello de cólera invadió a Reece: Krog había sido una piedra en el zapato todo el tiempo. A pesar de ello, Reece estaba decidido a no tratar a Krog del mismo modo en que él lo había hecho. Tuvo que superar eso, y sin importar lo que mereciera Krog, no era típico de un líder rebajarse a su nivel. La venganza podría ser para los niños — pero no para los hombres. Y ya era hora de que dejara la infancia atrás, para convertirse en un hombre. Reece se arrodilló al lado de Krog y lo observó, decidido a ayudarlo. Krog gimió, entrecerrando los ojos, retorciéndose de dolor. "Mi rodilla", suspiró Krog. Reece miró hacia abajo y se estremeció al ver una rama grande, púrpura, atravesada en la rodilla de Krog por un lado y saliendo por el otro. El estómago de Reece se revolvió ante lo que vio; parecía ser más que doloroso. "¿Cómo se ve?", preguntó Krog. Reece se obligó a sí mismo a mirar

a Krog con una expresión de calma y confianza, para no asustar a Krog. "He visto cosas peores", respondió Reece. Estarás bien. Krog, sin embargo, no parecía creerlo. Él estaba sudando y lo miró con sus ojos llenos de pánico. Su respiración era rápida y superficial. "Escúchame", insistió Reece, agarrando sus mejillas. "¿Me oyes? Tu rodilla estará bien. ¿Confías en mí?"

Lentamente, la respiración de Krog se desaceleró, y asintió con la cabeza. Todos los demás aparecieron al lado de Reece, y se detuvieron en seco, mirando hacia abajo. Reece estaba seguro de que estaban mirando la rodilla de Krog con el mismo asombro que él había experimentado. "Tienes suerte de estar vivo", le dijo Serna. "Yo estaba seguro de que habías muerto". "Las ramas amortiguaron mi caída", dijo Krog. "Creo que rompí la mitad del árbol". Reece miró hacia arriba y vio, en efecto, que a la mitad del árbol le faltaban ramas. Krog trató de moverse, pero se doblaba de dolor y sacudió su cabeza. "No puedo doblar la pierna. No puedo caminar". Krog respiraba rápidamente. "Déjenme aquí", dijo. "Por ahora no soy de utilidad para ustedes". Reece movió la cabeza. "¿Te acuerdas de nuestro lema?", le recordó. "Nadie se queda atrás. No son palabras vacías. Nos guiamos por ellas. Y no vamos a dejarte en ningún lado".

Reece pensó rápidamente y se volvió hacia los demás. "Elden, O'Connor, cárguenlo", les ordenó, usando la voz de autoridad. Cada uno se arrodilló y lo sostuvieron del hombro, sujetando a Krog. "¿Qué hacen?", preguntó Krog. Reece no dudó; tenía que acabar con esto de una vez. Se agachó, agarró la rama que sobresalía de la rodilla de Krog, desprendió uno de los extremos de ella, y después, mientras Krog soltaba un grito terrible, tiró de ella del otro lado, hasta que salió de su pierna. Salió la sangre a chorros y Reece se agachó y la detuvo con la palma de su mano. Krog se revolcó, gimiendo, mientras Indra iba corriendo a su lado, arrancó una tira de tela del extremo de su blusa, y envolvió su herida. "¡Desgraciado!", gritó Krog, retorciéndose en agonía, clavando sus manos en el antebrazo de Reece. "Vas a estar bien", dijo Reece. "Conven — dame tu vino". Conven se acercó corriendo, bajó lo que quedaba de su bota de vino de Silesia, agarró las mejillas de Krog y puso un poco en su garganta. Krog luchó al principio, pero Conven lo sostuvo con firmeza, lo que le obligó a beber. Finalmente, los ojos de Krog empezaron a vidriarse, sus gritos acallaron y Reece sabía que la fuerte bebida estaba haciendo efecto.

"Pónganlo de pie", dijo Reece, levantándose. Elden y O'Connor lo levantaron arrastrándolo, poniendo cada uno un brazo alrededor del hombro. "Te odio", gimió Krog a Reece, medio delirante, con una mirada penetrante. Reece se encogió de hombros. Nunca esperó simpatizarle a Krog; no lo ayudó por esa razón. "Ódiame todo lo que quieras", dijo él. "Por lo menos tu pierna se salvará". Reece se dio vuelta y observó el lugar, viéndolo todo. Estaba sorprendido y desorientado por estar realmente aquí. Todo parecía tan extraño, tan exótico, como si estuviera a mundos de distancia del Anillo. Estaban parados en medio de un bosque de colores brillantes, los remolinos de niebla pasaban a toda prisa. Grandes montículos de lodo se elevaban aquí y allá, salpicando el paisaje, pareciendo grandes rocas desfiguradas, elevándose de la tierra. Salían brotes de vapor en varios montículos desde el fondo del suelo, silbando cuando se elevaban en el aire, deteniéndose y surgiendo sin explicación lógica. Por todas partes el aire estaba lleno de ruidos extraños, graznidos y arrullos y gruñidos y aullidos; parecía como si hubieran sido colocados en el centro de un reino animal. Reece miró en la niebla, tratando de echar una mirada, pero la persistente niebla hacía imposible ver más allá de seis metros, haciendo los ruidos más ominosos. Se volvió hacia los demás, quienes también lo miraron con asombro. "¿Ahora adónde vamos?", preguntó Serna. Todos miraron a Reece, y estaba claro que ahora lo consideraban su líder. Reece comenzaba a sentirse más como líder, también. "Debemos encontrar la Espada", respondió Reece, "e irnos. "Pero podría estar en cualquier lugar", dijo Elden. "No podemos ver más de unos pocos metros delante de nosotros", agregó O'Connor. "No hay rastros ni señales. ¿Cómo vamos a encontrarlo?". Reece se dio vuelta y observó el paisaje, y se dio cuenta de que estaban bien.

Pero eso no le impedía intentarlo. "Bueno, de una cosa estoy seguro", dijo él. "No vamos a encontrarla aquí parados. Andando". "Pero, ¿a dónde?", preguntó Indra. Reece eligió una dirección y comenzó a caminar, y escuchó que los demás iban detrás, sacando sus espadas, todos con pánico. Él deseaba poder decirles que sabía a dónde iban. Pero la verdad era que no tenía idea en absoluto.



# CAPÍTULO ONCE

Kendrick, Erec, Bronson y Srog, con las muñecas atadas, guiados por cuerdas por sus captores del Imperio, marchaban ante sus miles de soldados, todos ellos eran ahora prisioneros de guerra. Kendrick bullía de rabia y humillación y miró a Tirus, que cabalgaba con aire de suficiencia, codo con codo con el comandante del Imperio. Juró venganza. Tirus les había burlado, pero lo hizo a través de engaños y traiciones. Una victoria así, ante los ojos de Kendrick, no era ninguna victoria. Carecía de honor. Y Kendrick prefería morir que tener una mancha en su honor. Sin embargo, aquí estaban todos, los mejores guerreros de MacGil, junto con los McCloud de Bronson, todos ellos ahora a merced de este traidor, hermano menor del padre de Kendrick, quien había aspirado toda su vida derrocar a su familia y usurpar el trono. Tirus había encontrado su oportunidad con la invasión de Andrónico. Conociendo a Andrónico, Kendrick sabía que esto sólo podría terminar mal para Tirus. Si tan sólo Tirus supiera, si tan sólo pudiera ver la estrechez de su traición. Kendrick odiaba rendirse. Pero, en opinión de Kendrick, esto no era rendirse, era simplemente una táctica dilatoria. Encontrarían otra manera, algún día, de alguna manera, para derrotarlos. Tirus había prometido tratarlos con honor, como prisioneros de guerra. Kendrick confiaba en él en ese aspecto; no imaginaba que Tirus caería tan bajo como para manchar cualquier sentido del honor que le quedara. Si la guerra se acabara y Andrónico permitiera sin duda que Tirus controlara una parte del Anillo, Kendrick creía que Tirus los trataría bien. Tal vez él los presionaría para estar a su servicio. Y un día, cuando Tirus menos lo esperara, Kendrick reuniría a sus hombres para sublevarse y derrotarlo. Por otra parte, si Andrónico traicionaba a Tirus, entonces cualquier cosa podría pasarle a Kendrick y a sus hombres. Se acordaba de Silesia, de su tratamiento en manos de Andrónico, demasiado bien. Era por eso que Kendrick tenía sus ojos abiertos, alerta a cualquier momento posible en que pudieran escapar. Ellos habían estado marchando durante horas y Kendrick ya lo había hablado más de una vez con Erec, Bronson y Srog, y todos estuvieron de acuerdo: escaparían, mientras pudiera liberar a todos sus hombres.

"¿A dónde crees que nos estén llevando?", preguntó Bronson, quien estaba

al lado de Kendrick. Kendrick miraba hacia el paisaje frío y desolado que estaba ante ellos. Vio a lo lejos un campo enorme de hombres del Imperio y en el centro, una vasta zona vacía, cercada. Parecía un corral. Kendrick se dio cuenta de que aquí era a donde los traían. "Nos mantendrán aquí hasta que Andrónico decida otra cosa", respondió Kendrick. "Ahora somos sus trofeos". "A menos que Andrónico decida que nos maten", agregó Erec. "Pero Tirus nos dio su palabra", dijo Bronson. "La palabra de Tirus no vale nada", replicó Srog. "¿Entonces cometimos un error al rendirnos?", preguntó Bronson. Kendrick se preguntaba lo mismo. "Luchar mientras eran emboscados habría significado una muerte segura. Al menos ahora tenemos una oportunidad". A Kendrick lo jaló con fuerza un soldado del Imperio, y todos continuaron marchando hacia ese campamento de prisioneros lejano. "Tu esposa nos vendió a todos", le dijo Kendrick a Bronson. "Ella es quien engañó a Thor para ser capturado por Andrónico". Bronson hizo una mueca. "Tienes razón", dijo, "lo hizo. Pero Luanda es también tu hermana. Conoces su naturaleza tan bien como yo". Kendrick meneó la cabeza. "Es mi media hermana", corrigió. "Aun así, recuerdo su naturaleza. Es demasiado ambiciosa. ¿Qué viste en ella?". Bronson se encogió de hombros. "Nuestro matrimonio fue arreglado — por nuestros padres. Por tu padre. Sin embargo, tengo que admitirlo, me enamoré de ella. A pesar de todo, tiene un lado bueno. Muy en el fondo, es una buena persona. Creo que, a pesar de todo, tengo que admitir que todavía la amo. Aún tengo esperanza en su redención". "¿La amas?", preguntó Srog, mortificado. "¿Después de que nos traicionó a todos?".

Bronson se encogió de hombros. Él deseaba poder contestar lo contrario, pero eso era lo que sentía. "Yo sé que ella ha hecho cosas terribles", dijo. "Pero en el fondo, sé también que hay una parte de ella que es redimible. Es demasiado ambiciosa, y se ha convertido en víctima de sus propios defectos. Pero ella puede cambiar". Erec meneó la cabeza. "Y hasta que cambie, ¿cuántos de nuestros hombres tienen que morir?". Bronson se quedó en silencio. Por supuesto, tenían razón, y una parte de él estaba de acuerdo con ellos. Él deseaba odiar a Luanda, deseaba dejar de amarla. Pero tenía que reconocer que una parte de él aún la amaba, a pesar de todo. Se preguntaba si podría verla de nuevo, si acaso ella se preocupaba por él todavía. Él bajó la mirada y notó la falta de su mano, el muñón que estaba allí y recordó que lo

había perdido defendiéndola, salvándola de la ira de su padre. ¿La había perdido por nada? Finalmente, el enorme grupo se detuvo, mientras los soldados del Imperio los guiaban al área cercada. El comandante del Imperio, en lo alto de su caballo, con Tirus junto a él, miró hacia abajo y se enfrentó con Kendrick, Erec, Bronson y Srog. El campamento se quedó en silencio mientras las tropas se detuvieron y observaron. Kendrick y los demás se quedaron allí y miraron hacia arriba, humillados, como presos comunes. "Esta noche, tú y tus hombres se quedarán en este campamento de prisioneros", anunció el general, retumbando su voz. "Al amanecer, serán ejecutados". Un resuello de indignación se extendió por todo el campamento MacGil, y Kendrick también dio un grito ahogado, por la sorpresa. Tirus se volvió y miró al comandante del Imperio, sorprendido él mismo, con sus cuatro hijos junto a él, haciendo cabriolas con sus caballos, pareciendo igualmente perturbados. "Pero mi señor, ese no fue el trato que hicimos", dijo Tirus al comandante del Imperio. "Se suponía que estos hombres serían mis prisioneros de guerra para hacer lo que yo quisiera. Usted me prometió que nada les pasaría a ellos". El comandante del Imperio se volvió y lo miró.

"No se hacen tratos con el Imperio. Yo hablo en nombre del mismo Andrónico. Tiene suerte de que le hayamos mantenido vivo. A menos que haya cambiado de opinión y usted y sus hombres quieran ser asesinados junto con ellos". Tirus enrojeció, luego bajó su mirada hacia el suelo, pareciendo avergonzado y pillado desprevenido. Se quedó callado, aunque claramente se daba cuenta de que el Imperio tenía la ventaja. Kendrick enfureció. Había sido tan estúpido en volver a confiar en Tirus, en estar de acuerdo en rendirse. En retrospectiva, debió haber luchado a muerte antes. Todos habrían muerto, pero al menos habrían muerto con honor, como guerreros, de pie. "Le daré una opción", dijo el comandante del Imperio, mirando a Kendrick, Erec, Bronson y Srog. "O los ejecutamos a ustedes — los líderes — o ejecutamos a cientos de sus hombres y los dejamos vivir. ¿Quién morirá? ¿Ustedes o sus hombres? Sin vacilación, Kendrick, Erec, Bronson y Srog todos, al unísono, dijeron con orgullo:

"Nosotros moriremos". Todos estaban allí, orgullosos, en silencio, mirando desafiantes, sin vacilar ni un momento en sus mentes. El comandante del Imperio asintió con la cabeza hacia ellos, con una mirada de respeto. "Son

verdaderos guerreros. No esperaba menos. Esta noche, reflexionen sobre tu última noche en la Tierra. Mañana, prepárense para conocer a su Creador”. \* Erec, Kendrick, Bronson y Srog estaban parados afuera, en la oscuridad de la noche, en su pequeño corral, separados de los otros prisioneros, cada uno atado a un poste, con las manos y pies atados a sus espaldas, a pocos pasos de los demás. Los cuatro estaban separados de los otros, listos para ser ejecutados, mientras que el grupo principal de prisioneros estaban parados detrás de un enorme vallado, tal vez a unos noventa metros de distancia. Mientras Erec los miraba, sentía consuelo ante el hecho de que al menos sus hombres vivirían. Antes de ser separados, durante toda la noche, miles de sus hombres se habían acercado a ellos, implorándoles rechazar la oferta, que no fueran ejecutados en su nombre. Por supuesto, Erec y los demás, aunque se sentían conmovidos por sus ofrecimientos, no les hacían caso. Eran hombres de honor, y si alguien tenía que morir, ellos se sacrificarían. Erec no se arrepentía de eso. Su único pesar era no tener la oportunidad de ser desatado, de tener sus armas desfundadas, de morir en un gran choque de batalla, como siempre había soñado. Pero la serie de traiciones le había llevado a esto: Luanda había traicionado a Thor; y Tirus les había traicionado a ellos. Todos habían sido demasiado confiados y ahora pagarían el precio por ello. Siempre le sorprendía a Erec que los demás no compartieran su mismo sentido del honor. Él, personalmente, prefería morir, antes que traicionar a alguien; para él, el honor era más valioso que la vida. Erec se quedó allí, atado a un poste; Kendrick, Bronson y Srog muy cerca de él, y miraba a la noche estrellada. Erec nunca había estado en el lado de la zona montañosa de los McCloud, y las estrellas parecían diferentes desde aquí. Hacía frío, el suelo era duro y la temperatura bajaba, y un vendaval azotó el paisaje y entró en sus huesos. Pero él no temblaba. Miró hacia arriba a la noche, y se dio cuenta de que su tiempo en la tierra estaba llegando a su fin, y se preocupó por su verdadero amor: Alistair. ¿Volvería a verla? Erec se sintió muy orgulloso cuando Alistair le había dicho que ella acompañaría a Gwendolyn al Mundo de las Tinieblas, para protegerla. Era un honor digno de su futura esposa, y eso le hacía amarla aún más. Pero también se preocupó por ella. ¿Regresaría del Mundo de las Tinieblas? Sabiendo que sería ejecutado en la mañana, Erec se dio cuenta de que nunca volvería a verla, y pensar en ello le dolía. Era su

único pesar; daría cualquier cosa por tener la oportunidad de verla por última vez. Erec miró a su alrededor y notó que había poca vigilancia, solamente había dos soldados del Imperio montando guardia. Tenía perfecto sentido: el Imperio no tenía necesidad de guardias, dado que los cuatro estaban atados a los postes, despojados de sus armas, y su ejército estaba en prisiones separadas. Por la mañana, todos estarían muertos. Erec luchó contra sus cuerdas de nuevo, tratando de liberarse; pero no tenía espacio para moverse, ni siquiera un centímetro. Mientras observaba la noche, vio algo por el rabillo del ojo, moviéndose rápidamente. Al principio pensó que estaba viendo cosas, pero al observar con detenimiento, percibió una figura solitaria moviéndose en la oscuridad, escabulléndose alrededor de la periferia de su valla. Erec estaba confundido, tratando de averiguar quién era y qué estaba haciendo. Miró en la oscuridad y tuvo una mejor visión cuando la figura se movió por un momento bajo la luz de las antorchas. Él vio la armadura de los hombres de Tirus, el escudo real de la familia Tirus en la coraza. Antes de que Erec pudiera entender lo que pasaba, vio la figura salir de la oscuridad, deslizarse hasta la entrada de la puerta, sacar un puñal de su cinturón y cortar las gargantas de los dos soldados del Imperio que montaban guardia. Hubo dos gruñidos rápidos en la noche, mientras los soldados del Imperio se desplomaban en el suelo, sin vida. La figura cortó las cuerdas, retiró la valla, miró furtivamente hacia ambos lados asegurándose de que nadie estaba mirando y luego corrió hacia adelante, hacia Erec, con el puñal sangriento en la mano. Erec silbó y Kendrick, Bronson y Srog se volvieron y miraron, también. Erec lo vio acercarse, petrificado por la figura, preguntándose quién era y por qué estaba aquí. ¿Quién había matado a esos soldados del Imperio? ¿Por qué se acercaba hacia ellos? ¿Iba a matarlos, también? La figura se deslizó detrás de él y de repente cortó las cuerdas que ataban sus manos y pies. Erec tropezó hacia adelante, agarrando sus muñecas, dándoles masaje donde las cuerdas habían estado. Erec se dio vuelta, sorprendido, mientras el hombre cortaba también las cuerdas que ataban a Kendrick, Bronson y Srog. Los cuatro se volvieron y lo enfrentaron, mientras levantaba su placa frontal. El niño, no mayor de 16 años, los miró con sus ojos color avellana, su cabello castaño rizado, de largo más allá de sus orejas. Se parecía a Tirus. Acababa de arriesgar su vida para liberarlos y matar a los dos soldados del Imperio, y Erec no podía entender

por qué. "¿Quién eres tú?", preguntó Erec. "Yo soy Matus", contestó. "El más joven de los cuatro hijos de la casa de Tirus". "¿Por qué nos has liberado?", preguntó Kendrick. Matus sacudió la cabeza, con seriedad.

"No estoy de acuerdo con lo que mi padre ha hecho", respondió. "Está bien que los MacGil tengamos nuestras diferencias — pero como guerreros y caballeros, debemos honrar nuestra palabra. El honor es todo lo que tenemos, y a pesar de lo que puede hacer mi padre, yo cumplo con mi palabra. Mi padre les dio su palabra. Y si no cumple, entonces lo haré yo. Prometí mantenerlos como prisioneros, que no los matarían, y yo rectificaré sus errores. "Ahora son libres. Tomen a sus hombres y váyanse. Váyanse rápidamente, antes de que amanezca". Erec lo observaba, con la boca abierta, sin poder creerlo. "Cuando tu padre se despierte y sé de cuenta de que nos fuimos, seguramente va a culparte", dijo Erec. Matus se encogió de hombros. "Quiero que todos ustedes vivan. Te recuerdo con cariño", le dijo a Kendrick, "de nuestra infancia. Me gustaría ver al Imperio derrocado y que los MacGil se reúnan una vez más, como una vez lo estuvieron. Me gustaría ver las Islas Superiores retomar su lugar dentro del Anillo. No comparto el deseo de mi padre por tomar el trono. La política me da asco".

Erec asintió con gran respeto. "Eres un guerrero más allá de tu edad", dijo Erec. "Has logrado un gran honor para ti mismo, esta noche". "Nunca olvidaremos esto", dijo Kendrick. "No hace falta que estén en deuda conmigo", dijo Matus. "Toma a tus hombres y váyanse lejos de aquí. Vayan a las Islas Superiores". Nuestro castillo ahora se encuentra vacío. Allí estarán a salvo del alcance de Andrónico". A Kendrick le conmovió su ofrecimiento, pero movió la cabeza lentamente. "Eres de una verdadera y noble sangre", dijo Kendrick. "Te recuerdo muy bien. Eras diferente a los demás, diferente a tu padre. La sangre de mi padre corre por tus venas. Sin embargo, no podemos aceptar tu oferta". "¿Por qué no?", preguntó Matus. "Tus islas pueden significar una seguridad para nosotros", explicó Erec, "pero no nacimos para hacer eso. Nacimos para luchar, no para escondernos, y luchar es que lo haremos". "Pero no pueden ganar", dijo Matus.

"Tal vez no aquí", dijo Kendrick, "y quizás no en esta noche. Es cierto, nos superan en número. Pero vamos a reagruparnos, en otro lugar, otro día y luego pelearemos. Ven, únete a nuestras filas". Matus vaciló. "Únete a nosotros",

agregó Bronson. "Ya no puede haber ningún lugar seguro para ti, aquí". Matus movió la cabeza. "He hecho lo que he hecho", dijo. "No me arrepiento. Enfrentaré a mi padre, y cualquier castigo que él decida, lo aceptaré. Es mi manera de ser". Yo tampoco huyo de nada. Ahora, váyanse". Erec, enormemente impresionado por este joven guerrero, dio un paso adelante, lo miró a los ojos con sinceridad, y le apretó sus antebrazos. Kendrick, Bronson y Srog hicieron lo mismo. "Espero verte algún día otra vez, primo", dijo Kendrick. Rápidamente, Erec, Kendrick, Bronson y Srog se dieron vuelta y huyeron a través de la noche, tomando las armas de los soldados derribados, corriendo en la oscuridad hacia sus hombres. Erec estaba eufórico, sus plegarias fueron contestadas. Liberarían a sus hombres, tomarían a su ejército y vivirían para luchar otro día.

# CAPÍTULO DOCE

Andrónico galopaba a través de las llanuras, con su hijo Thornicus a su lado, su hechicero Rafi en su otro costado, y McCloud detrás de él. Detrás de ellos les seguían decenas de miles de soldados leales del Imperio, todos ellos cabalgando con entusiasmo hacia un destino: Highlandia, la ciudad más alta, construida en la cúspide de la zona montañosa. Andrónico podía verla ante él, sentada allí en el horizonte, brillando bajo el sol de la mañana, la ciudad más alta del Anillo, en los dos lados del altiplano y la última fortificación de los McCloud. Los soldados de McCloud salieron por montones, atreviéndose a enfrentarlo. Él no podía esperar para aplastarla. Andrónico había esperado que los McCloud se rindieran cuando McCloud lo hiciera; también lo habrían hecho, si no fuera por ese agitador: Bronson. Había ido por todo el lado McCloud del Anillo y agitado a su pueblo, y ahora, miles de ellos se estaban reuniendo una vez más contra la invasión del Imperio. Andrónico había recibido numerosos informes de asesinatos de sus hombres, y ahora estaba decidido a tomar Highlandia y aplastar a la resistencia de McCloud de una vez por todas. Tomar Highlandia también le serviría para otro propósito: una vez que tomara posesión de la colina, tendría un punto estratégico en la cima de la zona montañosa; desde ahí tendría un pase directo al otro lado, frente al Reino Occidental del Anillo y volvería otra vez a Silesia, donde podría acabar con quienes quedaran vivos de los MacGil y aplastaría al Anillo para siempre. Sonrió ante ese pensamiento. Le deleitaría hacerlo — más aún, esta vez, con su hijo Thornicus al mando y masacrando a su propio pueblo. No había nada que Andrónico amara más que ver cómo la gente mataba a los suyos. Era por eso que tenía a McCloud al frente. Aunque a Andrónico le era desagradaba, también tenía que tener a Rafi al frente con ellos; necesitaba tener cerca de él la energía oscura de Rafi, necesitaba a Rafi para mantener sus hechizos y tener a Thor bajo su control mental. También le había prometido a Rafi una recompensa: después de la batalla; a Rafi se le permitiría atiborrarse de los muertos. A Rafi le encantaba beber sangre de los cadáveres, y aunque le daba asco a Andrónico, tenía que dejar que Rafi lo hiciera de vez en cuando. El grupo soltó un gran grito de batalla cuando se acercaron a su objetivo. Todos

ellos galoparon hacia arriba de la colina, subiendo hacia el cielo mientras el ejército de McCloud bajaba para recibirlos. Mientras Andrónico observaba, se sorprendió al ver a su hijo, Thornicus, yendo al frente, más allá de todos los demás, guiando al grupo. Él cabalgó y cabalgó, más rápido, sin miedo, era el primero en la batalla a unos noventa metros de distancia. Parecía como si Thornicus fuera a desafiar a todo el ejército de McCloud por sí solo. Era hermoso ver a Thornicus, todo un guerrero, cien por ciento corazón. Parecía mítico, como un dios a caballo, como si nada en el mundo pudiera detenerlo. De Highlandia se escuchó un gran grito, mientras miles de soldados de McCloud salían a montones, corriendo en sus caballos cuesta abajo, yendo a encontrarse con el ejército del Imperio. Debieron haber sabido que los superaban en número, pero aun así, estos McCloud podían hacer mucho daño; dada su posición estratégica, podrían tomar a miles de los hombres del Imperio. Ellos probablemente estaban apostando a que Andrónico no querría arriesgar la pérdida de vidas. Pero no conocían al Gran Andrónico. No le importaba la pérdida de vidas. De hecho, amaba el derramamiento de sangre y no le importaba cuántos de sus hombres murieran. De todos modos, para él todos eran solamente peones. Thor fue el primero en encontrarse con los hombres en la batalla. El corazón de Andrónico se emocionó al presenciar esta primera verdadera prueba de lealtad de su hijo, al ver si realmente derramaría sangre en su nombre. Thor cortó camino a través el ejército McCloud solo, dando cuchilladas por doquier, creando un camino de devastación que nadie podía tocar. Era una ola de destrucción de un solo hombre. McCloud iba cerca, enfrentando a su antiguo ejército con un choque de armas, matando hombres a izquierda y derecha, y era igual de gratificante presenciarlo. Él era ahora un juguete de Andrónico, hacía lo que Andrónico le ordenaba, y allí estaba, matando a su propio pueblo, gente a la que había gobernado una vez, en nombre del Imperio. Todo por el nombre del Gran Andrónico. El ejército de Andrónico los alcanzó, y el choque de armas subió a los cielos, cada vez más y más fuerte, la cabalgata se detuvo y sus hombres lucharon cuerpo a cuerpo. Era una batalla feroz, los cuerpos caían en ambas direcciones; los McCloud habían tenido velocidad cuesta abajo y la usaron con sabiduría, derribando a muchos de los hombres de Andrónico, que eran demasiado lentos para atacar cuesta arriba. El mismo Andrónico saltó a la

refriega, siendo dos veces más alto que cualquier hombre, blandiendo su espada de izquierda a derecha. Él no flaqueó. Cortó cabezas con un solo golpe, viendo cómo rodaban hacia el suelo, y preguntándose a quién elegir para ser parte de su collar. Él retiró su espada cuando un soldado se acercó, lo apuñaló en el estómago y lo levantó sobre su cabeza, como si fuera un pedazo de carne en un pincho. Luego retiró la espada y apuñaló a otro soldado en el intestino, luego lanzó los dos cuerpos a la multitud. Rafi, quien no estaba lejos de él, bajó de un salto de su caballo y hundió sus colmillos amarillos en la garganta de un soldado, sujetándolo al suelo; se colocó encima de él y chupó su sangre. Otros soldados trataron de atacarlo, pero Rafi lanzó un hechizo y había una luz verde a su alrededor y nadie fue capaz de acercarse. La batalla llegó a un punto muerto, repleto de hombres, mientras la marea empujaba hacia adelante y hacia atrás. Por un momento, Andrónico no estaba seguro hacia dónde se moverían — cuando de repente vio a Thor dar la vuelta y atacar a los McCloud desde la parte posterior, él solo. Era tal la fuerza de destrucción, tan rápida y tan fuerte y veloz, que toda la retaguardia del ejército tuvo que dar vuelta para pelear con él. Eso liberó a los hombres de Andrónico para atacar hacia adelante con un gran grito. Mataron hombres a diestra y siniestra, rompiendo finalmente la parte posterior de la batalla. Pronto adquirieron la velocidad que necesitaban y terminaron su ataque por Highlandia. Los hombres de McCloud que sobrevivieron, dieron vuelta y huyeron, corriendo por sus vidas. Thor estaba parado en el centro, victorioso, matándolos por doquier. Andrónico cabalgó hacia su hijo, reuniéndose con él en medio de la batalla, y levantó su espada con orgullo, frente a él. "¡Thornicus!", gritó Andrónico.

"¡THORNICUS!", gritaron sus hombres detrás de él. \* Andrónico desfilaba lentamente por las calles derrotadas de Highlandia, deleitándose con su victoria. Thornicus cabalgaba a su lado, examinando el daño, junto con él. Andrónico observó con satisfacción, mientras McCloud asesinaba a los heridos, yendo de uno a otro, como Andrónico le había pedido que hiciera. El sonido del acero perforando la carne se oía en el aire, mientras McCloud levantaba su lanza por lo alto y se inclinaba hacia abajo en su caballo y apuñalaba a un herido tras otro, todos formaban parte de su antiguo pueblo. Andrónico sonreía, viéndolo todo. No había nada que él amara más que un

campo de matanza. McCloud ahora estaba totalmente en su poder, y le encantaba ver que alguien torturara a su propia gente. El suelo estaba lleno de cadáveres hasta donde alcanzaba la vista, y Rafi, flanqueado por sus dos secuaces, saltaba de uno al otro, tan rápido como la luz, poniéndose de rodillas y hundiendo sus colmillos en sus gargantas, bebiendo su sangre hasta que se secaba. Estaba encorvado sobre uno, su cuerpo temblaba de gusto, mientras se los zampaba y zampaba. Esta noche estaría satisfecho. Por último, la marea había cambiado a favor de Andrónico. Nada podría detenerlo ahora. Thor siguió mientras cabalgaban, padre e hijo juntos, con decenas de generales detrás de ellos. Viajaron hasta el punto más alto de la ciudad, en el borde de las montañas, y al llegar a ella, se detuvieron y miraron hacia abajo. Extendido por debajo de ellos, hasta donde alcanzaba la vista, estaba el Reino Occidental del Anillo. Atravesando había un amplio camino desapareciendo en el horizonte, la carretera principal a Silesia. Andrónico no podía esperar a guiar a su ejército por ese sendero. Estaba particularmente emocionado de ver a Thornicus matar a su propia gente; nada le daría mayor alegría. Pero había sido un largo día de batalla, y con la puesta de sol, Andrónico decidió que sería mejor acampar aquí durante la noche y marchar en la mañana. "Te he estado buscando por todas partes", se escuchó una voz de mujer. Andrónico giró para ver a esa chica de McCloud molesta comparecer ante él, Luanda.

Él se volvió y frunció el ceño. "¿En serio?" preguntó él. "Pronto vamos a entrar al Reino Occidental. Mi territorio. Prometiste, a cambio de que te trajera a Thor, que sería mío. Ahora que la batalla ha terminado, he venido para asegurarme de que harás todos los arreglos necesarios para asegurarme la Corte del Rey y hacerme reina". Andrónico se le quedó mirando, asombrado ante su audacia. Finalmente, reclinó su cabeza y rio a carcajadas. No podía dejar de reír, especialmente cuando su expresión altiva había cambiado a una de desconcierto, luego, de vergüenza. Luanda frunció el ceño. "¿Y cuál es la gracia?", preguntó. "Recuerda, estás hablando con la hija de un rey, que pronto será reina". Andrónico desmontó de su caballo y caminó lentamente hacia ella, con el aire lleno de tensión. Él se acercó a su lado, la agarró por la blusa con una mano y con un movimiento la tiró de su caballo. Luanda gritó mientras caía a través del aire, rodando al suelo cubierta de polvo y suciedad. Andrónico se agachó, la agarró por los cabellos y arrancó

una gran mata de su cabeza. Luanda gritó y Andrónico levantó la mata de pelo por encima de la cabeza, sonriendo. "Tienes suerte de que tu cabeza sea demasiada pequeña", dijo, "o la añadiría a mi collar". Andrónico se dirigió a sus hombres. "Átenla, córtenle el resto de su pelo y háganla desfilas por el campamento para diversión de los hombres". Luanda gritó, temblando. "¡NO!". "¡No puedes hacer esto! ¡Lo prometiste! ¡Lo prometiste!". Se la llevaron arrastrando, pataleando y gritando, y Andrónico observó todo con deleite. Apenas se había alejado de su vista, cuando apareció ante él ese traidor de MacGil, Tirus. Se acercó a Andrónico, con sus cuatro hijos al lado de él, escoltado por decenas de soldados. Al menos Tirus tuvo la sensatez de desmontar, arrodillarse e inclinarse en el suelo antes de dirigirse al Gran Andrónico, igual que sus hijos. "¿Y qué noticias me traes?", preguntó Andrónico. "¿Detuvieron a Kendrick, Erec, Bronson y Srog? ¿Ya los ejecutaste?". Tirus aclaró su garganta, mientras miraba hacia arriba, nervioso. "Mi señor, le he entregado a todos a usted, como lo prometí, y sus hombre han ganado la batalla. "Pero me temo que tengo malas noticias". "¿Noticias?", preguntó Andrónico. No le gustaba el sonido de esto. "Bueno...", empezó a decir Tirus, "de alguna manera... bueno... Eran nuestros prisioneros, pero de alguna manera... se escaparon en la noche. Lo siento. No sé cómo sucedió". Andrónico hizo una mueca; sintió una furia dentro de él. "¿Que no sabes cómo sucedió?", preguntó incrédulo. "Mi señor", dijo el comandante del Imperio, quien llegó y se arrodilló ante él. "Mis hombres me informaron que fueron testigos de cómo los líderes MacGil fueron liberados en la noche — por uno de los hijos de Tirus". Andrónico volvió su mirada hacia los cuatro hijos de Tirus, arrodillados allí, todos lívidos de miedo. "¡No es cierto, mi señor!", gritó Tirus. "¡Mis hijos nunca harían tal cosa!". Andrónico, ignorando a Tirus, dio un paso adelante y observó a cada uno. Vio algo especial en los penetrantes ojos color avellana del más joven; detectó el espíritu de un guerrero en él. "Me has arrebatado algo valioso", le dijo Andrónico a Tirus. "Así que tomaré algo valioso de ti. A uno de tus hijos". Tirus lo miró hacia arriba, con asombro y temor. "¿Mi señor?". murmuró él. "Elige cuál de tus hijos morirá hoy", Andrónico ordenó a Tirus. Se escuchó un sonido de metal mientras Tirus sacaba su espada y comenzaba a dirigirse hacia Andrónico, para defender a sus hijos. Pero Andrónico fue mucho más rápido; se lanzó

hacia adelante, agarró a Tirus de la garganta y lo sostuvo en lo alto con una sola mano. Tirus no era un hombre pequeño, y sin embargo, Andrónico lo manejaba como muñeco de trapo. Tirus estaba ahí colgado, con la cara roja, jadeando, mientras Andrónico lo sujetaba arriba, colgando para que todos pudieran verlo. "Si uno de nosotros va a morir, ¡entonces máteme a mí, mi señor!, gritó uno de los hijos de Tirus. Andrónico se dio vuelta para ver a uno de sus hijos, el de los ojos color miel y pelo rizado, avanzando quedándose allí, de pie, orgullosamente. Andrónico soltó a Tirus hacia el suelo, y éste, con náuseas y tosiendo, se acurrucó en ovillo, y agarró su garganta. "No, ¡máteme a mí, mi señor!", dijo otro hijo. "¡Tome mi vida!", dijo el otro. Los tres hermanos se quedaron parados, todos pidiendo ser asesinados en vez del otro. Andrónico sonrió, mientras debatía a cuál quería matar. "Tú te ofreciste primero", dijo Andrónico, mientras se acercaba al muchacho de los ojos. Andrónico de repente sacó su espada, dio un paso adelante y con un solo movimiento, cortó la cabeza de otro de los hijos de Tirus, el que estaba al lado del de los ojos. Los otros hijos gritaron consternados y Andrónico sonrió. "Pero deben saber que nunca mato al hombre que se ofrece primero".

# CAPÍTULO TRECE

Rómulo iba por el polvoriento camino mientras salía el sol, con una docena de sus soldados siguiéndolo, abriéndose paso a través del desierto, hacia el Cañón. Él agarró su manto mientras cabalgaban, ansioso por ponerlo a prueba. El sacrificio de la noche anterior había sido un éxito y Rómulo se sintió satisfecho de haber apaciguado al dios de la guerra. Cruzaría el Cañón, eso es lo que sabía. Su corazón latía con entusiasmo mientras se imaginaba la expresión de Andrónico cuando viera a Rómulo, dentro del Anillo, metiendo una espada en su columna vertebral. La Travesía del Este finalmente apareció a la vista, un puente que cruzaba un gran cañón, una gran división en la tierra, mayor que cualquier cosa que Rómulo hubiera visto. Los remolinos de bruma se elevaban alrededor, iluminados con diversos colores por el sol de la mañana. Rómulo y sus hombres desmontaron mientras llegaban a la orilla, y él caminó hacia el precipicio y miró hacia abajo, con las manos sobre sus caderas, jadeando por el viaje. Sabía que sólo él podría cruzar con el manto, pero en caso de que de alguna forma el Escudo se desactivara, quería que estos hombres lo acompañaran. El cuerpo principal de su ejército se había quedado en la orilla. Su plan era entrar en el Anillo, encontrar a un MacGil, llevarlo por el Cañón, desactivar el Escudo y luego hacer que todo su ejército invadiera. Mientras tanto, tenía a estos pocos hombres con él como prueba, para ver si por casualidad el Escudo estaba desactivado. Sabía que arriesgaría sus vidas al intentarlo, pero no le importaba el valor de la vida. Con mucho gusto sacrificaría a alguno de sus hombres para cumplir con su experimento. "Tú", dijo Rómulo, señalando a uno de sus hombres. Los ojos del soldado se abrieron de par en par, llenos de miedo, al darse cuenta. A pesar de eso, fue rápido en obedecer. Desmontó de su caballo y fue junto a Rómulo, y los dos caminaron delante de todos los demás, acercándose a la entrada del puente del Cañón. Al llegar al umbral, Rómulo se detuvo. El soldado se detuvo, se volvió y miró a Rómulo con una mirada de miedo.

Tragó saliva, después cerró sus ojos y se preparó, levantando sus brazos para proteger su cara, mientras caminaba hacia el puente. De repente, el soldado dejó salir un grito horroroso mientras su cuerpo se derretía, luego se

convirtió en cenizas, cayendo en montón a los pies de Rómulo. Los otros hombres jadearon. Así que el Escudo seguía activado. Rómulo envolvió el manto sobre sus hombros y lo agarró firmemente. Rezó para que funcionara. Si no fuera así, terminaría como ese montón a sus pies. Rómulo respiró profundo y dio un gran paso hacia el puente del Cañón. Se preparó, vacilante. Colocó su pie en el puente, y Rómulo quedó conmocionado: funcionó. Lo había logrado. Estaba parado a salvo en el puente, vistiendo el manto. Él continuó caminando, más y más lejos de sus hombres, cruzando cada vez más adentro del puente, solo. Pronto, estaría dentro del Anillo. \* Rómulo montaba un caballo del Imperio que había encontrado vagando por la campiña de McCloud, dándose cuenta de que pertenecía a un soldado del Imperio asesinado que había quedado en algún lugar del camino. Había sido rápido para encontrar el caballo una vez que había cruzado el puente a salvo y en el lado de McCloud del Anillo y había cabalgado con ganas desde entonces, yendo siempre hacia el oeste, hacia donde debía estar el campamento principal de Andrónico. El asunto principal de Rómulo era emboscar y matar a su ex jefe, Andrónico — y para eso necesitaba hombres. No le preocupaba. El vasto ejército del Imperio le temía y respetaba al igual que a Andrónico — quizás incluso más. Rómulo era conocido por ser un comandante igualmente despiadado. Él también era conocido por tener la voz parecida a Andrónico: cualquier cosa que Rómulo ordenara, los hombres del Imperio asumirían que provenía del mismo alto comandante. Rómulo estaba apostando por su habilidad para convencer a los hombres del Imperio que encontrara, a seguirlo y unirse a su causa. Él podía engañarlos, decirles que tenía órdenes — del propio Gran Consejo — para expulsar a Andrónico. Formaría un pequeño ejército propio, aquí mismo, dentro del Anillo y los hombres de Andrónico se volverían en su contra. Rómulo cabalgó y cabalgó, viendo la destrucción alrededor de él y se dio cuenta de cuántas batallas debían haber peleado arriba y abajo de esta tierra. Se sentía realmente extraño estar aquí, dentro del Anillo, en este lugar del que había oído hablar toda su vida. Estaba tan cerca, finalmente, de tomar lo que era suyo, el gobierno de las fuerzas del Imperio. Sentía que estaba cabalgando hacia su destino. Rómulo llegó a la cima de una colina y bajó la mirada y vio a una división del Imperio, a varios miles de hombres merodeando. Esta división era demasiado pequeña para ser el campamento principal de

Andrónico; debe haber sido una van guardia que quedó para proteger la retaguardia. Andrónico vio las banderas del Imperio saludando y su corazón se aceleró al reconocer a su comandante. Rómulo pateó su caballo y galopó a través del campo, bajando por la suave pendiente, sin bajar el paso al pasar ante las miradas atónitas de todos los soldados del Imperio, quienes dejaron lo que estaban haciendo, se pusieron en posición de firmes y lo saludaron arriba y abajo de las filas. Se separaron y Rómulo se dirigió al comandante. Sabía que tenía que proyectar su autoridad lo mejor posible para convencerlos de unirse a su causa y matar a Andrónico. Cuando Rómulo se detuvo, el comandante se acercó, sobresaltado, con miedo en sus ojos y bajó de un salto de su caballo, junto con todos sus hombres alrededor y se arrodilló ante Rómulo. "Señor, no sabía que vendría", dijo. "Yo habría organizado un desfile en su honor". Rómulo desmontó, frunciendo el ceño y se acercó a él pavoneándose. La reputación de Rómulo era bien conocida por matar a comandantes al azar, sin explicación lógica, y este general se estremeció con sólo verlo. Rómulo se detuvo a unos centímetros y dijo: "He sido enviado por el Gran Consejo. Se ha establecido un decreto. Andrónico tiene que ser asesinado y yo he sido nombrado el nuevo Comandante Supremo de las fuerzas del Imperio". El general lo miró, con la boca abierta, atónito. Rómulo no le daría tiempo para procesarlo. "Moviliza a tus hombres de inmediato, y cabalguen conmigo", añadió Rómulo.

"Cabalgaremos para luchar contra las fuerzas de Andrónico y lo expulsaremos juntos". "Pero señor...", dijo el general, dando tumbos, evidentemente no estaba seguro de qué hacer. "Nunca recibimos tales órdenes. No podemos matar a Andrónico... ¡es nuestro comandante!". Rómulo sabía que tenía que tomar medidas definitivas. Dio un paso adelante, agarró al general con ambas manos y tiró de él, jalándolo de la barbilla, tan cerca a la suya, que casi se besaban. Él frunció el ceño, con su rostro temblando de rabia. "Diré esto una sola vez", gruñó Rómulo. "Ahora soy el Comandante Supremo. Si te diriges a mí de otra manera, haré que te maten y pondré a un nuevo general en tu lugar. ¿Entendiste?". El general tragó saliva. "Sí, Comandante Supremo". Rómulo lo lanzó hacia el suelo, y luego se volvió y observó las caras de los soldados; todos ellos inmediatamente apartaron su mirada, todos tenían miedo de encontrarse con su mirada.

"¡SÍGANME!". Rómulo gritó, mientras montaba su caballo y lo pateó, dirigiéndose hacia el camino. En pocos momentos escuchó detrás de él el sonido de mil caballos, apresurándose a cumplir con su voluntad. Se elevó un gran grito de guerra, y Rómulo sonrió ampliamente. Ya tenía a su ejército.

# CAPÍTULO CATORCE

Gwendolyn estaba parada en la cima de la loma de hielo, mirando hacia abajo, asombrada e incrédula, ante la tierra de fantasía que se extendía debajo. El mundo que estaba ante ella era una maravilla congelada, brillando en todos los colores, en tonos suaves de púrpuras y violetas y rosas; un millón de puntos que se reflejaban en los pequeños montículos de hielo. Se parecía al mundo un día después de una tormenta de nieve, congelado en silencio y paz, todo estaba brillante y perfectamente quieto. Era una extensión inmensa y abrumadora, hasta donde alcanzaba la vista, un desierto de luz y hielo. Ella presintió que Argon estaba allí en algún lugar, atrapado, y sintió un fuerte y ardiente deseo de liberarlo más que nunca. Krohn gemía a su lado, y Gwen miró a Alistair, Steffen y Aberthol, ellos cinco temblaban, congelados hasta los huesos, cansados del viaje. Uno perdía todo el sentido del tiempo en este lugar, y Gwen sentía como si hubieran estado andando por el Mundo de las Tinieblas durante años. Aunque Gwen había esperado ver alguna señal de Argon cuando llegaran a la colina, en cambio, apareció otro amplio paisaje delante de ellos. Ella había esperado que su viaje terminara aquí; pero ahora parecía como si apenas empezara. "Es interminable", observó Steffen, parado a su lado, mirando. "Los Montículos de Hielo", dijo Aberthol, con los ojos bien abiertos, de asombro. "Nunca pensé volver a verlos en mi vida". "¿Conocías este lugar?", preguntó Gwen, sorprendida. Aberthol asintió con la cabeza. "Es un lugar de enorme magia. Un lugar congelado en el tiempo. Un lugar al que ni los dioses osarían venir. Es un lugar para atrapar a las almas de los hombres. Un lugar que desafía la magia". "Pero, ¿qué es exactamente?", preguntó Alistair, mirando también, asombrada. "No es un desierto, ni es una ciudad. Parece que es... la nada". "Al menos la nieve y el viento se han detenido", observó Steffen. "Al menos podemos ver claramente lo que tenemos ante nosotros". "No es lo que parece", dijo Aberthol. "Es un mundo de ilusión".

"¿Argon está aquí?", le preguntó Gwendolyn. Aberthol movió lentamente la cabeza. "Es imposible saberlo". "Hay una manera", respondió Gwen. "Lo descubriremos nosotros mismos". Aberthol sacudió la cabeza. "Mira debajo

de ti. El descenso es demasiado empinado. Es hielo sólido. Nunca podríamos bajar por allí. Y si lo hiciéramos, este lugar es muy peligroso. Nunca volveríamos. Fue una locura venir aquí, pero debemos cortar por lo sano. ¡Debemos regresar ahora!". "Pero debe haber una forma — comenzó a decir Gwendolyn. Antes de que pudiera terminar sus palabras, se escuchó un crujido, y el suelo bajo ella cedió repentinamente. Todos gritaron mientras caían de espaldas y se deslizaban por la ladera helada. Gwendolyn apenas podía respirar, se estaban moviendo muy rápido, el mundo zumbaba alrededor de ella, mientras se deslizaban; el hielo raspaba sus brazos. Sin nada que frenara su descenso, resbalaron cientos de metros, ganando velocidad. Gwen se agitaba, estirando la mano para sujetar algo, cualquier cosa, para ir más despacio o detener la caída — pero no había nada. A su lado, Krohn usaba sus cuatro patas, tratando de detenerse a sí mismo, pero no pudo. Se deslizó de cabeza, con el resto de ellos, todos agitándose, indefensos. Ella sintió que se resbalaba hacia abajo, hasta morir. Gwen se preparó conforme se acercaron al fondo, dirigiéndose a un muro de color blanco. Ella subió sus manos a su cara, esperando chocar contra un muro de hielo y ser aplastado por el impacto. Gwen gritó y jadeó mientras se golpeaba contra el muro; pero para su inmenso alivio, no sintió dolor. Sólo sintió un frío suave y húmedo, sumergiéndose en todo su cuerpo. Gwen se dio cuenta de que se habían deslizado en un montículo de nieve, no de hielo y habían salido del otro lado. Estaba aturdida y congelada, todo su cuerpo estaba cubierto de nieve — pero ilesa. Gwendolyn estaba ahí sentada, sorprendida, en el fondo del valle, y se dio cuenta de que los demás también estaban aturdidos. "¿Estás bien?", preguntó Aberthol, quien parecía perturbado.

Aberthol parpadeó varias veces, revisó su cuerpo y asintió con la cabeza. Ella vio que Steffen y Alistair también estaban bien, y que incluso Krohn estaba caminando. Fue aterrador, pero lo habían logrado. Habían decidido por ellos. Poco a poco, cada uno de ellos se arrodilló, luego se levantaron. Gwendolyn se volvió y miró hacia la ladera, vio la cresta escarpada desde donde habían bajado, y apenas podía creerlo. Ella no podía imaginarse volver a subir allí. "Bueno, parece que estamos atrapados", dijo Steffen. "Por lo menos encontramos un camino para bajar", dijo Alistair. Gwendolyn se dio vuelta y miró el paisaje ante ella. Aquí abajo, los montículos de hielo parecían

más grande, más imponentes. Se extendían como mil camellos salpicando el paisaje, cada una teñido de un color diferente. Brillaban y eran hermosos. Este lugar era tan exótico, y Gwen no sabía qué esperar. "¿Ahora a dónde?", preguntó Steffen. "No hay otro camino sino seguir adelante. "Debemos tomar el camino que tenemos ante nosotros", dijo Gwendolyn. "Pero no hay camino", dijo Aberthol.

"Entonces haremos el nuestro", respondió Gwen. Ella se encaminó, paseando por el campo de montículos, y el grupo le siguió. Todos caminaron hacia adelante, entre los montículos de hielo, todas ellos nerviosos, mientras andaban por el extraño paisaje. Conforme avanzaban más y más profundo en este lugar, Gwendolyn tuvo una creciente premonición y se preguntó otra vez si todo había sido una mala idea. ¿Realmente estaba Argon aquí? Y si estuviera, ¿lo encontrarían alguna vez? El viento y la nieve cegadora habían parado y por lo menos el cielo estaba visible y Gwendolyn estaba agradecida por eso. Pero estaba cubierta de moretones y golpes, su cuerpo entero le dolía, y ella sentía frío hasta los huesos, estaba cansada de caminar. No sabía cuánto tiempo más podrían durar. Eventualmente, tendrían que acampar y tratar de encender una fogata en este lugar desolado. No sabía si era posible y tenía visiones de ellos congelándose hasta morir, perdidos para siempre aquí en este valle de almas atrapadas. Necesitaba quitarse esos pensamientos sombríos de su mente; necesitaba distraerse de alguna manera.

"Cuéntame una historia", dijo, volviéndose hacia Steffen mientras caminaban, con los dientes castañeando. Estaba desesperada por algo, cualquier cosa, que alejara su mente del frío, de los pensamientos de peligro. Se dio cuenta de que a veces, las historias podrían ser tan nutritivas como la comida, el agua o el calor. "¿Una historia, mi señora?", preguntó Steffen, castañeando también sus dientes. Gwen asintió, estaba demasiado fría para que le salieran las palabras. "Cualquier cosa", dijo ella. Siguieron caminando en silencio, sus botas crujían en el hielo, estuvo callado tanto tiempo, que Gwen se preguntó si Steffen le contestaría alguna vez. Entonces, finalmente, Steffen comenzó: "Cuando yo era joven", dijo él, "anhelaba ser un guerrero. Al igual que los otros chicos. Por supuesto, no podía ser, debido al cuerpo que tengo. Se burlaban de mí. Mi cuerpo no era como el de ellos, ni tenía su estatura, ni su fuerza, ni su apariencia — nada de eso. No encajo en el perfil

del guerrero, y no me permitirían tener un lugar para tener un entrenamiento. Así que, por el contrario, mis padres decidieron que sería el sirviente de la familia". Steffen suspiró. "Les serví a todos, y esos años fueron difíciles. Pero no pudieron romper mi espíritu. Cuando terminaba el día, después de haber trabajado para todos, después de haber servido y limpiado para todos ellos, después de que todos estaban dormidos y no había nada más por hacer, mis padres ya no podían controlarme. Me iba a hurtadillas afuera, vagaba por las colinas a la luz de la luna, y fabriqué un arco, con las mejores varas que pude encontrar. El carpintero local era un buen hombre; no era malo conmigo como los demás, y me enseñó a construir uno. Quedó impresionado con mi trabajo y con el tiempo, me dio cada vez mejores fragmentos de su tienda, e hice mejores arcos. "En poco tiempo ya estaba elaborando los mejores arcos de la ciudad, arcos que ni el mismo carpintero podía hacer. Resultó que tuve un talento. Él me daba las flechas, y aprendí a hacerlas solo. Practicaba cada noche bajo la luz de la luna, hasta que me convertí en el mejor tirador del pueblo — y pronto, incluso de nuestra región".

Steffen suspiró otra vez. "Por supuesto, mi familia no sabía nada de esto. No podía decirles. Se burlarían de mí o me lo quitarían todo, porque nunca creyeron en mí. Pero un día, descubrieron mi arco. Steffen se quedó callado, con el ceño fruncido, mirando hacia abajo y Gwen pudo ver que la historia le dolía. Continuó en silencio, el hielo crujía bajo sus botas, y Gwen se preguntó si él continuaría. Finalmente, levantó su barbilla y miró al hielo con los ojos vidriosos, como si mirara directamente a su pasado. "El arco estaba debajo de mi cama", continuó diciendo Steffen, "y de alguna manera, uno de mis hermanos lo había encontrado. Lo sostuvo por lo alto y le preguntó a todos de quién era, y todos me miraron. Me acusaron de robarlo. Mi madre me llevó arrastrando hasta el castillo local para que me encerraran en el cepo — hasta que el carpintero se enteró y explicó que yo lo había hecho. Mi familia no podía creerlo. Nunca pensaron que yo pudiera hacer algo. "Mis hermanos me quitaron el arco, y exigieron que lo probara, que demostrara que podía usarlo. Yo estaba feliz de hacerlo, pero mis hermanos me lo arrebataron e insistieron en probarlo primero. Todos dispararon con torpeza a sus objetivos, fallando. Cuando se cansaron de él, me dejaron intentarlo. Con un disparo, dos veces más lejos que ellos, di en el blanco perfecto, objetivo que ellos no pudieron

alcanzar. "Mi padre, en lugar de aplaudir, se llenó de rabia. Dio un paso adelante, tomó el arco y lo rompió sobre su rodilla. Aún recuerdo el sonido de cómo se rompió. Fue como el sonido de mi corazón quebrándose. Me rompió el corazón, y rompió mi espíritu". Steffen suspiró y se volvió hacia Gwen. "Mi espíritu ha estado roto desde entonces, mi señora. No fue sino hasta que la conocí, hasta que me dio una segunda oportunidad en la vida, que empecé a sentir que mi espíritu revivía. No fue sino hasta que la conocí que volví a levantar un arco otra vez". Gwendolyn sintió una oleada de emoción con su historia, y le hizo olvidar el frío, su cansancio, todo lo demás. Tuvo una sensación ardiente de compasión hacia él y también un sentimiento de orgullo. Ella se identificaba con su historia de alguna extraña manera — con su sufrimiento, por lo menos. Pensó en su propio sufrimiento a manos de McCloud, de cómo ella perseveró, de cómo el espíritu siempre puede perseverar. Pensó en cómo la gente puede arrebatarle las cosas, en cómo pueden hacer todo lo posible por acabar contigo. Pero nunca pueden acabar contigo, si no se los permites. Ella se dio cuenta de que si aguantas el tiempo suficiente, algún día encontrarás a alguien, aunque sea a una persona, que se preocupará por quien realmente eres, y que hará que recuperes la fe en la humanidad y restaurará tu espíritu. "Gracias", le dijo Gwendolyn. Siguieron caminando, arrastrando los pies penosamente en lo más profundo de este extraño mundo, abriéndose paso en zigzag entre los montículos de hielo, cuando de repente, Gwen detectó movimiento. Se detuvo cuando vio un movimiento brusco con el rabillo del ojo, algo reptaba por el hielo. "¿Vieron eso?", preguntó a los demás. Los demás se detuvieron junto a ella, y todos miraron al paisaje, mirando entre los montículos. "Yo no vi nada", dijo Alistair. Pero de repente Krohn empezó a gruñir, avanzando con los pelos de punta, cuidadosamente, con una pata a la vez, y Gwen sabía que tenía razón, que había visto algo. Era algo largo y blanco, y se había deslizado entre esos montículos. Por primera vez estando aquí abajo, ella miró alrededor y sintió miedo. "Tal vez estabas viendo cosas —", añadió Aberthol, pero luego dejó de hablar cuando apareció otra criatura, deslizándose entre los montículos, yendo hacia ellos. Era una serpiente enorme y blanca, con tres cabezas, una en cada extremo de su cuerpo y una tercera en el centro. La serpiente, en forma de U, se deslizaba en una forma extraña. Steffen desenfundó su arco y Gwendolyn

su daga, mientras la serpiente se acercaba hacia ellos. Krohn gruñó y comenzó a ir a atacar. Igual de rápido, la serpiente se alejó deslizándose, desapareciendo de la vista, en una dirección diferente. "¿Qué fue eso?", preguntó Gwen.

"No tengo idea", dijo Aberthol. "Lo que fuera", agregó Steffen, "no parecía amable". De repente, llegó otra. Luego otra más. Varias de ellas se deslizaban hacia ellos — pero luego se alejaban, en el último momento, dispersándose en todas direcciones. El sonido de sus escamas deslizándose en el hielo, le daba escalofríos a Gwen. "No nos están atacando", observó Alistair. "Parece que tienen miedo de nosotros", dijo Steffen. "O como si estuvieran huyendo de algo", agregó Aberthol. "¿De qué?", preguntó Gwen. Hubo un repentino temblor y Gwen se tambaleó cuando el suelo debajo de ella se movió. Al principio, ella estaba segura de que era un terremoto. Pero de repente, un enorme montículo de hielo ante ella se hizo añicos y de él surgió un enorme monstruo, de quince metros de alto y lo mismo de ancho, totalmente blanco, hecho, aparentemente, de hielo. Él tenía una espina en el frente de su cuerpo, y cada vértebra tenía un ojo rojo brillante en ella. También tenía ojos arriba y abajo de sus brazos, y en el extremo de cada dedo, dientes afilados, diez bocas que se abrían y cerraban, cerrándose de golpe cuando los dedos se acercaban. Dio un paso más, y la tierra tembló. Gwen se tambaleó cuando el monstruo bajó sus dientes hacia ella, llegando muy rápido. Ella sabía que en un momento estaría muerta.

# CAPÍTULO QUINCE

Reece rodeó con un brazo el hombro de Krog y O'Connor el otro, los dos lo ayudaban a caminar, mientras el grupo seguía andando hacia lo más profundo de la selva desconocida de este mundo exótico, en la base del Cañón. La luz del sol vertía débilmente a través de las hojas turquesas y naranjas de los árboles extraños que crecían aquí; Reece estiró el cuello y miró hacia arriba; y a través de los remolinos de niebla, vio la inmensidad de los muros del Cañón, elevándose hacia el cielo, increíblemente alto. Este lugar parecía mágico. Reece no podía creer que habían llegado tan lejos, que habían bajado hasta esta profundidad y se preguntaba si alguna vez podría volver a subir. Pero aún más importante era que, al mirar a su alrededor, se preguntaba si serían capaces de encontrar la Espada. No había ningún rastro ni señal ni nada que seguir; la Espada podría estar en cualquier lugar. Marchó a través del material tipo lodo, una sustancia pegajosa que se adhería a sus botas, este lugar estaba lleno del sonido de extrañas criaturas. Reece nunca había imaginado que podría existir todo un mundo aquí, plantas y vida animal, en su propio terreno, como un universo separado, ubicado entre los dos lados del Anillo. Se preguntó qué clase de criaturas podrían vivir aquí, en las profundidades de la Tierra. Se preguntaba si la gente podría vivir aquí, también. "¿Y ahora qué?", preguntó O'Connor en voz alta lo que todos tenían sus mentes, buscando en el paisaje exótico alguna señal de la Espada. "No podemos simplemente pasear por aquí para siempre", dijo Serna. "No tenemos idea de donde puede estar la Espada". "Piénsenlo", dijo Reece, "no puede estar lejos. Bajamos por el muro del Cañón hasta la base del puente — y la roca se precipitó hacia abajo del puente. Mientras sigamos por esta área bajo el cruce del puente, debemos encontrarnos con ella. Todo lo que tenemos que hacer es recorrer el Cañón de un lado al otro". "Pero no puedo ver el puente desde aquí, ¿tú sí?", preguntó Elden. Reece miró hacia arriba, al igual que los demás, y a través de los remolinos de niebla no había ninguna señal del puente. "Estás suponiendo que bajamos", le dijo Indra a Reece. "No fue así. Bajamos erráticamente, siguiendo los puntos de apoyo. Tal vez no estemos bajo el puente en absoluto". Reece sintió un hoyo en el estómago mientras

continuaban, preguntándose si ella tenía razón. Tal vez su plan fue malo, y estaban más lejos de encontrar la Espada de lo que él pensaba. Al continuar avanzando a través del lodo, se escuchó un repentino rugido feroz, haciendo que se erizara el pelo de Reece. Todos se detuvieron de repente. Agarraron las empuñaduras de sus espadas, mirándose unos a otros, con los ojos bien abiertos, de miedo. "¿Qué fue eso?", preguntó Serna. "Parece que no estamos solos", dijo Indra, siendo la primera en sacar su espada. El sonido del metal sonó a través del aire con un distintivo ruido metálico. Se escuchó el rugido otra vez, haciendo que la tierra se moviera con un gran temblor. La aprehensión de Reece fue mayor; se oía enorme y muy molesto. "Sea lo que sea", observó Elden, "parece que nuestras armas no van a ayudarnos mucho". Se oyó un tercer rugido, y todos dieron un paso atrás, en diferentes direcciones; no podían saber en qué dirección iba a venir. Dieron vueltas por doquier, formando un círculo. Mientras Reece miraba a la niebla, poco a poco apareció una bestia enorme y espantosa. Era rojo brillante, cubierto de escamas gruesas y estaba parado en dos patas, de nueve metros de altura, con los músculos abultados. Sus largos brazos terminaban en garras que chasqueaban, parecidas a las de las langostas, y su cabeza era toda una boca, un conjunto enorme de mandíbulas, abriendo y cerrando, revelando filas y filas de dientes afilados. Reclinó su cabeza y rugió, entrecerrando los ojos con furia, y una lengua larga salía varios centímetros de su boca, luego se replegaba. Reece lo miró con terror y vio que los otros también estaban llenos de pánico. Sacó su espada, igual que Elden, soltando a Krog, quien tropezó, y luego se hundió hasta sus rodillas. Todos los demás sacaron también sus espadas, mientras O'Connor sacaba su arco. "No parece estar feliz", dijo Indra, con sarcasmo.

La bestia rugió de nuevo, dio varios pasos hacia adelante y más rápido de lo que Reece se podría imaginar, bajó un brazo, golpeando a Reece en las costillas y haciéndolo volar. Salió volando por los aires, chocando contra un árbol, tirando sus ramas y dando tumbos en un sinfín de volteretas, mientras azotaba en el suelo fangoso. Reece rodó a su lado, le dolían las costillas, la cabeza le zumbaba, y se dio vuelta y miró hacia atrás. El monstruo estaba alborotado, yendo hacia los demás con furia. O'Connor, a su favor, se mantuvo firme, logrando tirar hacia atrás su arco y disparar varios tiros. Pero las

flechas rebotaban sin dañar las escamas de la bestia y caían al suelo. Entonces la bestia estiró sus poderosas garras y rompió el arco de O'Connor por la mitad. Con su otra garra, la bestia se dirigió a O'Connor para partirlo en dos. O'Connor se quitó del camino — pero no lo suficientemente rápido. La bestia le partió el brazo, haciéndolo gritar de dolor mientras la sangre salía por todas partes. Indra tampoco retrocedió: puso la mano hacia atrás y lanzó un puñal en la cabeza de la bestia. Su objetivo fue atinado, pero la daga apenas rebotó en la cabeza de la bestia, parecía que estaba hecha de algún tipo de armadura. Se dio vuelta y chilló y se fue directamente hacia ella, abrió ampliamente sus garras, como si fuera a cortarle la mano. Elden se abalanzó, elevando su hacha y cortó la muñeca de la bestia con todas sus fuerzas. El golpe fue lo suficientemente fuerte para hacer que se moviera la garra, pero sus escamas eran tan duras, que ni el gran golpe del hacha de Elden pudo cortarla. Elden solamente se expuso a la ira de la bestia. Giró y le dio un golpe de revés, aplastándole la nariz y rompiéndola, mientras Elden gritaba y caía de espaldas. La bestia, no satisfecha, bajó su otra garra hacia Elden. Conven soltó un grito de guerra, avanzó con su espada y la hundió en el estómago de la bestia. Pero la espada apenas lo rasguño y la bestia giró, abrió su mandíbula y atenazó la espada, rompiéndola en dos como si fuera una cerilla. Reece desvió su golpe, se puso de pie y corrió hacia la bestia, esta vez dirigiéndose hacia su espalda expuesta. Al bajar sus garras hacia Conven, a punto de hundirlas en su pecho, Reece saltó en la espalda de la bestia y hundió su espada en su columna. Finalmente, Reece encontró un punto débil. La espada se hundió, hasta la empuñadura, y la bestia hizo un sonido horrible. Estiró su garra hacia atrás, sujetó a Reece, lo levantó por encima de su cabeza y lo lanzó por el aire. Reece salió volando otra vez, dando volteretas tan rápido que casi no podía respirar y se estrelló de bruces en el lodo. Estaba sin aliento y sintió como si se hubiera roto una costilla. Reece se dio vuelta y miró hacia arriba, con la mirada borrosa, cómo la bestia se acercaba a él. Observó, impotente, cómo levantó su pata por lo alto, dispuesto a detenerlo hasta morir. Miró las garras afiladas en la planta de su pie, vio a todos sus amigos derribados, incapaces de moverse, y mientras observaba cómo bajaban las garras hacia su rostro, supo que en cualquier momento su vida terminaría. Su pensamiento final fue: qué horrible lugar para morir.



# CAPÍTULO DIECISÉIS

Thornicus estaba sentado en un pequeño bote, solo, a la deriva en el mar, en territorio desconocido. Miró a su alrededor, buscando algo que reconociera, pero el paisaje era totalmente extraño para él. Sentía que estaba lejos de casa, al otro lado del mundo, y que nunca volvería. Nunca se había sentido tan solo en su vida. Thor se inclinó en la proa y miró hacia abajo a las aguas, y al hacerlo, vio un rostro que lo miraba. Pero no era su cara; sino el rostro de su padre. Andrónico. "Thornicus", se escuchó una voz. Thor se reclinó y miró hacia arriba, al sol, que se abría camino detrás de las nubes. Entrecerró los ojos y vio ante él un enorme acantilado y en su cima había un castillo, el sol brillaba detrás de él. Había un puente de piedra arqueado, estrecho, en lo alto del cielo, que conducía hacia él, dando vueltas en zigzag. Thor trató de alcanzarlo, pero parecía que estaba a un mundo de distancia.

"Thorgrin, ven a mí", se escuchó la voz de una mujer. Thor levantó una mano al sol y vio, parada en el borde del acantilado, a una mujer, alrededor de quien brillaba una luz violeta. Tenía la palma de sus manos extendidas en los costados, y él podía sentir que lo llamaba. Sabía que era su madre. "Madre", dijo él, parado, extendiendo una mano hacia ella, tratando de alcanzarla. "Thorgrin", contestó ella. "Tú también eres mi hijo. Depende de ti reclamar tu linaje. Puedes elegir a tu padre — o puedes elegirme a mí. Eres de los dos. No lo olvides. Ninguno de nosotros es más fuerte que el otro. Tienes el poder de elegir. No tienes que elegir a tu padre. Tú no eres tu padre. Y no eres yo. Ven a casa. Ven a tu verdadero hogar. Te espero". Thor trató de pararse, pero se sintió atrapado; miró hacia abajo y vio que sus piernas estaban encadenadas, atadas a la embarcación. "Madre", dijo él, con la garganta seca y su voz ronca. "¡No puedo! No puedo liberarme. Ayúdame".

"Inténtalo", dijo ella. "Tú tienes la fuerza. No te dejes engañar: tú tienes la fuerza". Thor trató de liberarse con todas sus fuerzas. Al hacerlo, escuchó el ruido gradual de cómo se astillaba la madera. Sintió correr agua fría sobre sus pies, y miró hacia abajo para ver un agujero que se abría en el fondo del barco. De repente cayó en él, bajando y gritando en la oscuridad y hacia el mar helado, sumergiéndose en el agua, hundiéndose en las profundidades del

océano. Thor despertó respirando con dificultad. Se sentó erguido y miró alrededor, sudando, tratando de serenarse. Vio soldados durmiendo en el suelo a su alrededor, pero no les reconocía. Era todo muy confuso: eran soldados del Imperio. ¿Qué estaba haciendo con ellos? Llegó una brisa fría y Thor miró hacia abajo y vio que estaba acostado en el frío y duro suelo, sobre piedras y tierra, acampando con todos los otros soldados. Todavía llevaba su armadura, sus botas, y cuando se sentó, empezó a darse cuenta de que había sido un sueño. Estaba en tierra firme. Y no había rastros de su madre. Thor frotó su cabeza, su mente estaba confusa, tratando de ganar claridad. Él vio, no muy lejos, a Rafi, sentado en la noche, mirándolo, con sus ojos amarillos brillando debajo de su capucha. Rafi cantó una melodía extraña, y Thor sintió que invadía sus pensamientos, entrando en su cerebro, haciendo imposible pensar libremente. El tarareo incesante lo ahogaba. Al escucharlo, en lo único que Thor podía pensar era en su obligación hacia su padre. Su obligación de lealtad al Imperio. Thor se puso de pie de un salto, su armadura le molestaba, sacudió su cabeza, tratando de entender. Él miró a la noche y vio el Anillo. Pero éste no era el Anillo que él conocía. Ésta no era su tierra natal. Estaba en una parte desconocida del Anillo. Y al mirar, ya no vio a esta tierra como hogar; en cambio, la vio como un lugar al cual invadir. Un lugar que necesita ser aplastado. Thor miró alrededor: en el aire de la quietud de la noche, miles de soldados del Imperio estaban acostados, bien dormidos, con los rescoldos de las hogueras brillando. Estaba empezando a ver claro otra vez. Él era hijo de Andrónico. Él era el heredero del Imperio. Y tenía una gran deuda con su padre. Thor vio un movimiento brusco por el rabillo del ojo, el único movimiento en la oscuridad de la noche. Vio a un soldado solitario, escurriéndose por el suelo, a través de la noche, pasando entre las filas de soldados, rumbo a la gran carpa que estaba a pocos metros. La tienda de campaña de Andrónico. Thor vio cómo la figura corrió, sosteniendo algo en su costado. Miró más de cerca y vio que era larga y afilada y brillaba bajo la luz de las antorchas. Y fue entonces cuando Thor se dio cuenta: el hombre llevaba una daga. Este hombre que iba corriendo hacia la tienda de campaña, avanzando en silencio en la noche, era un asesino. E iba a matar al padre de Thor. Thor entró en acción, corriendo por el campamento, para detener al asesino. El asesino corrió hasta los soldados que hacían guardia y les cortó la

garganta silenciosamente, antes de que cualquiera pudiera decir una palabra. Ambos se desplomaron en silencio, muertos. Luego corrió hacia las aletas de la tienda de Andrónico. Thor estaba a pocos metros detrás de ellos, y echó a correr hacia las aletas muy cerca del asesino. Al entrar, Thor vio al asesino a treinta centímetros de su padre, elevando la daga por lo alto hacia su espalda. Andrónico estaba tumbado en su cama, sobre su estómago, confiado; no tenía idea que iba a ser asesinado. Thor entró en acción: puso la mano en su cintura, agarró su honda, colocó una piedra y la lanzó con todas sus fuerzas. La piedra se alojó en la nuca del asesino, incrustándose profundamente. El asesino se paralizó, con su daga en el aire, a sólo centímetros de Andrónico — luego se desplomó y cayó de bruces al suelo junto a él; su daga cayó sin causar daño, a su lado. Muerto. Andrónico saltó, con los ojos bien abiertos en pánico y miró alrededor y vio al asesino. Lo miró fijamente, dándose cuenta de cuán cerca había estado de ser asesinado. Andrónico se volvió lentamente y miró a Thor. Lentamente, se dio cuenta de lo que Thor había hecho. Su expresión de temor se convirtió en algo así como admiración. Agradecimiento. Fue una expresión que Thor nunca había visto en él, antes. Andrónico se levantó y se acercó lentamente a Thor.

"Hijo mío", dijo, acercándose y poniendo una mano sobre el hombro de Thor. "Has salvado mi vida esta noche". Thor miró a su padre, lleno de orgullo. En el pasado, la sensación del tacto de Andrónico le molestaba, pero ahora lo aceptaba. Fue el toque de su padre. El padre que siempre había anhelado tener. "Hice lo que haría cualquier hijo", respondió Thor. Andrónico sacudió su cabeza lentamente y miró hacia abajo a Thor, con admiración. "Te he subestimado enormemente", dijo. "No eres sólo mi mejor soldado. Ahora también eres el hijo que nunca tuve. Vas a estar a mi lado para siempre. ¿Lo sabes?". Thor miró a Andrónico a los ojos, y respondió: "No hay nada que desearía más, padre mío". "Mírame detenidamente, Thornicus", dijo él. "¿Ves quién soy? Mi cara, mi estatura, mi piel, mis cuernos. Yo no siempre fue así. Una vez fui como tú. Como tu padre. Como mis hermanos. Un MacGil, como todos los demás. Pero cambié.

Me transformé. Hice una promesa y acepté los poderes de la magia negra, y se realizó una ceremonia. Permití que el espíritu maligno entrara en mí. Permití que me transformara. Permití que cambiara mi carrera, mi aspecto, y

que me diera más poder del que siempre había soñado. Fue una ceremonia sagrada. Sólo a unos pocos elegidos se les da el privilegio de la transformación, para lograr ese poder". Andrónico lo miró detenidamente a los ojos. "Hoy has demostrado aquí, ser digno. Cuando terminen las batallas, te transformarás, como yo. Serás de mi estatura. De mi raza. De mi piel. Tendrás cuernos, como los míos. Dejarás atrás la patética raza humana. Y serás exactamente como tu padre". Los ojos de Thor se pusieron llorosos, su mente se nubló, mientras se llenaba de agradecimiento. "Eso me gustaría, padre", respondió. "Me gustaría mucho".

# CAPÍTULO DIECISIETE

Mycoples estaba acostada en la cubierta de la embarcación del Imperio, acurrucada en una bola, debajo de la malla de Akron, que la reprimía. Abrumada por la tristeza, sentía el movimiento del océano debajo de ella, el suave vaivén de la embarcación y abrió un ojo, sólo un poco. Vio a los soldados del Imperio deleitándose, bebiendo, celebrando, evidentemente emocionados por haber sometido a un dragón. Ella sentía dolor por todo el cuerpo, donde la habían pinchado y empujado y apuñalado. Miró hacia afuera, más allá de ellos, y Mycoples vio las aguas amarillas del Tartuvio, llegando hasta donde alcanzaba la vista. Mycoples cerró los ojos otra vez, deseando que todo esto desapareciera. Ella deseaba poder regresar a su tierra natal, a la tierra de los dragones y estar con los suyos una vez más. Más aún, deseaba poder estar al lado de Thor. Pero ella sabía que Thor estaba lejos de ella, perdido en otro lugar. No era el Thorgrin que conoció una vez. Mycoples presintió que esos soldados la llevarían de regreso al Imperio, la

pondrían a desfilar, la harían ser un espectáculo para los soldados del Imperio. Presintió que podrían encadenarla por el resto de su vida, ser torturada, exhibida como un artefacto. Pensar en lo miserable que sería su vida, la torturaba. Ella deseaba poder morir ahora, con orgullo, en una última gran batalla. No habría sobrevivido durante miles de años sólo para esto, para ser capturada y hecha prisionera por los seres humanos. Le habían advertido que nunca se acercara demasiado a un ser humano, y había cometido un error y se permitió ser vulnerable. Su amor por Thor la había hecho débil, la había hecho bajar sus defensas. Y ahora ella estaba pagando el precio. Sin embargo, a pesar de todo, Mycoples aún lo amaba — y lo haría todo de nuevo, sólo por él. Mycoples cerró los ojos, pesados de agotamiento, por la red que se clavaba en ella, por las heridas que tenía en todo su cuerpo. Y sólo deseaba estar lejos de aquí. \* Mycoples no sabía cuánto tiempo había dormido cuando la despertó un gran ruido silbante. Sonaba como una lluvia intensa, y sintió que todo su cuerpo se mojaba. Ella miró y vio que la embarcación estaba entrando al Muro de Lluvia. De repente, todos se encontraron inmersos en un sólido muro de lluvia, mojándolos. Era como atravesar una cascada. Los soldados

del Imperio entraron en pánico, sujetándose de las cubiertas, mientras pasaba la embarcación. El ruido se volvió ensordecedor. Mycoples le dio la bienvenida, la lluvia la refrescaba, el vapor subía por sus escamas del ardiente sol de estos días. El embate del agua momentáneamente la hacía olvidarse de los problemas que le acechaban. Lentamente, salieron por el otro lado. Mycoples abrió los ojos y vio que habían entrado en las aguas rojas del Mar de la Sangre. Se dio cuenta de que los soldados estaban tomando la ruta más directa hacia el Imperio, rodeando la Isla de la Niebla. Su corazón se agitó al sentir una repentina ráfaga de esperanza. Ella había volado sobre la Isla de la Niebla con los suyos, muchas veces. Sabía que era el hogar de los grandes guerreros. Y también sabía que era el hogar de algo aún más importante: un dragón granuja. Ralibar. Mycoples había conocido a Ralibar una vez, siglos atrás. Era un solitario, y era diferente a los demás dragones. No le gustaba su propia especie; sin embargo, le desagradaban más los seres humanos. Si pasaban por ahí y Ralibar la veía en esta situación, quizás vendría en su ayuda. No porque le gustara ella, sino porque odiaba a los seres humanos. Tal vez, incluso le ayudaría a liberarse. Mycoples sabía lo que tenía que hacer: de alguna manera debía lograr que esta embarcación navegara hacia la Isla de la Niebla. Ella no podía dejar que la rodearan. Tenía que conseguir que esta embarcación fuera directamente a la isla. Tenía que conseguir que se estrellaran en las rocas de la isla. Mycoples cerró los ojos y respiró profundamente. Sintió el aire del mar atravesando sus escamas, sintió que su cuerpo empezaba a tener un hormigueo, mientras convocaba al último vestigio de poder que tenía. Llamó a Los Antiguos, que le habían guiado durante miles de años, para pedirles un último favor. No pidió fuerza para ella misma. Ni siquiera pidió fuerza para la batalla.

En cambio, pidió simplemente que el viento le respondiera. El cielo. El océano. Con su espíritu de dragón antiguo, fundamental, los convocó a todos ellos, los exhortó para que le concedieran un favor. Pidió que el viento llorara, que las olas se elevaran, que el cielo se oscureciera. Ella les ordenó a todos ellos, en el nombre de sus antepasados, en el nombre de aquellos que anduvieron por el planeta antes que todos los demás. Los dragones habían estado aquí primero. Y los dragones tenían el derecho a dar órdenes a la naturaleza. Mycoples respiró, más y más profundamente, sintiendo un calor

gradual dentro de ella, un viento agitado. Las olas comenzaron a elevarse, a salpicar, y lentamente, la embarcación se inclinó, y después se elevó más. El viento ganó fuerza y pronto el sol se ocultó, mientras el cielo se oscurecía. Pronto, la embarcación se inclinó, mientras las enormes olas se elevaban y caían sobre ellos; las enormes corrientes los arrastraban, el cielo relampagueaba, el viento era ensordecedor, lo suficientemente alto, incluso para acallar los gritos de los hombres del Imperio, que corrían alrededor de ella, tratando de salvar sus vidas. Algunos cayeron por la borda. Todos intentaron controlar el barco, pero no pudieron: la embarcación estaba siendo sacada de curso. Hacia la Isla de la Niebla. Mycoples abrió de par en par sus ojos grandes y púrpuras y se asomó con satisfacción: allí estaba, en el horizonte, inminentemente más cerca. Sobre el aullido del viento, surgió un sonido solitario, que se oía hasta muy lejos, en el horizonte, como el eco de un grito, llenando el cielo. Mycoples sonrió para sí misma. Ella conocía ese sonido. Había nacido con él. Había sido criada con él toda su vida. Era el grito de otro dragón.

# CAPÍTULO DIECIOCHO

Selese e Illepra se dirigían hacia las interminables colinas y valles del Anillo, como habían estado haciendo todo el día y toda la noche, yendo a la Travesía del Este, buscando a Reece. Selese cabalgaba con una firme determinación y no podía pensar en nada más. Había sido un viaje traicionero, tomando el camino largo para no ser vistas, para evitar los campos de batalla y a los posibles grupos de soldados y mercenarios. Había cabalgado a través de bosques oscuros y sobre crestas empinadas para no ser vistas. Más de una vez había temido que habían sido descubiertas. Pero todo valió la pena. Selese cabalgaría los siete anillos del infierno para salvar a Reece. Y sintió que él necesitaba ser salvado, sintió que estaba en peligro. Él debía estar en una misión tan peligrosa como la que había iniciado. Ella sabía que, dondequiera que la Espada del Destino estuviera, la muerte siempre le seguiría. Ella oraba por llegar a tiempo, para poder salvar a Reece de cualquier peligro en el que pudiera estar. Incluso si no podía, no había ningún otro lugar donde preferiría estar. Apenas se había detenido y sus músculos estaban débiles de agotamiento, apenas era capaz de recobrar el aliento; Illepra tampoco aminoró la marcha. Illepra había llegado a ser como una hermana para ella, y Selese sentía mucha gratitud por su compañía. Ambas arriesgaron sus vidas para emprender este viaje. Aunque habían hecho su mejor esfuerzo para evitar los caminos abiertos, habían llegado a un punto, en el tramo final de su viaje, donde no había ninguna manera de evitarlo. Ahora no había nada más que el paisaje abierto, una sola carretera polvorienta, estéril, llevándolas hacia el Este. Los árboles dieron paso a las rocas y éstos al lodo, y luego a nada más que a un vasto y árido desierto. La Travesía del Este no estaría lejos, ahora. El único problema persistente que molestaba a Selese, era qué tan expuestas estaban en este camino abierto, en medio de la nada. Eran demasiado visibles, ellas dos solas. Estaba muy nerviosa, los vellos de sus brazos se erizaban al sentirse propensa a una emboscada desde todos los ángulos. El Anillo fue destruido, los ejércitos luchaban contra otros ejércitos e incluso esos ejércitos estaban divididos entre ellos. Era un lugar sin ley y caótico para estar en este momento, sin ley y sin orden, sin nadie para detener a las bandas de

criminales. Ella sabía que tenían que llegar a Reece rápidamente. Dieron vuelta en una curva, y de repente, Selese e Illepra se detuvieron. Allí, delante de ellas, bloqueando la carretera, estaba un enorme árbol talado. Se preguntó cómo es que podía estar allí, en medio del desierto. Escuchó un ruido, y antes de que siquiera se diera vuelta, lo supo: habían sido emboscadas. Detrás de ellas estaban parados cuatro soldados, surgiendo de detrás de una roca, todos altos y robustos, sin afeitado, pasando entre ellos una bota de vino y bebiéndola. Vio su armadura y supo que eran silesios. De su propia gente. Ella sabía que debía sentirse aliviada. Sin embargo, no era así: estaban borrachos, y las miraban con lujuria en sus ojos. Parecían estar lejos del ejército principal, y cuando miró detalladamente su armadura harapienta, con las franjas arrancadas de sus uniformes, se dio cuenta de que eran desertores. Eran soldados débiles, granujas, traidores a su propia gente. Lo peor de lo peor. "¿Y a donde van estas dos lindas señoritas?", preguntó su líder, mientras los cuatro se acercaban más a ellas. El caballo de Selese dio cabriolas, acorralado, sin tener a dónde ir. Su corazón latía aceleradamente en su garganta, mientras se preguntaba cómo manejar esto. Ella vio que Illepra la miraba nerviosamente y también vio que se sentía insegura. "Somos de Silesia, igual que ustedes", dijo Illepra. "Servimos el ejército real. Somos curanderas. Así que por favor, déjenos pasar. Tenemos asuntos importantes que debemos atender". "¿En serio?", preguntó él, avanzando y agarrando las riendas del caballo, mientras otro agarraba al de Selese. "Somos de Silesia, igual que ustedes", repitió Illepra, con voz temblorosa. "Ah, Silesia", dijo él, burlándose. "Y ese amor eterno que tenemos para nuestra gente". "Ustedes son desertores", gritó Selese, con una voz sombría, más autoritaria, con menos miedo, condenando a la gente que estaba ante ella. "Lo más bajo de lo corriente". Los demás fruncieron el ceño, pero el líder se rio y movió la cabeza, observándola. "Yo diría que somos los más inteligentes entre los inteligentes. Nosotros somos los que sobreviven, los que viven otro día. Nosotros no luchamos por algo falso llamado caballerosidad, que no podemos ni ver ni tocar ni sentir. ¿Por qué debemos pelear la guerra de otras personas?". "Es su Anillo", respondió Selese, sin inmutarse. "Es su guerra". "Mi guerra es sobrevivir — o luchar por quien paga el precio más alto. Pero ya he oído suficiente de ustedes". Subió la mano y con un rápido movimiento,

agarró a Selese por la blusa y la tiró hacia abajo. Selese gritó al salir volando de su caballo, aterrizando con fuerza en el suelo, cayendo en picado. Ella vio cómo bajaban a Illepra de su caballo, tirando de ella, también. Un soldado sujetó a cada una de ellas y tiró de sus pies, mientras que los otros dos soldados las rodeaban. El líder se inclinó, acercando su cara a unos centímetros de la de Selese, tan cerca, que ella podía ver las marcas de viruela en su cara y oler su mal aliento. La barba áspera de su barbilla rozaba su mejilla. "Éste es nuestro día de suerte", dijo él. "Tenemos dos buenos caballos y dos buenas chicas para saciar nuestros instintos". "No se preocupen por su famosa Silesia", dijo otro, "no la verán por mucho tiempo". Él se rio, y los demás también. "Están cometiendo un gran error", dijo Selese, con un vozarrón, segura de ella misma. "Viajo para encontrar Reece, el hijo menor del rey MacGil. Los MacGil son de un clan feroz y noble. Si nos dañan y descubren lo que han hecho, los matarán a todos". "¿Y quién dice que descubrirán lo que hemos hecho?", preguntó él, sonriendo. El líder sacó un puñal y empezó a levantarlo hacia Selese. Selese sabía que tenía que hacer algo y rápido. Evidentemente, estos hombres no escuchaban razones. Ellos buscaban sangre, y ella no tenía armas a su disposición. De repente, Selese tuvo una idea. Era arriesgado, pero podría funcionar. Selese metió con cuidado su mano a su bolso y puso sus dedos dentro, hasta encontrar un pequeño frasco de líquido, sintiéndolo por el tacto. Ella puso sus dedos alrededor de él y lo sostuvo en su mano. De repente cambió su expresión, sonriendo al líder y le dijo con una voz dulce y sexy: "Haré lo que tú digas. De hecho, me daría gusto hacerlo. Te encuentro muy atractivo". El líder se reclinó y la miró, sorprendido. "Lo único que pido es una cosa", agregó ella. "Sólo dame un beso, primero. Quiero sentir tus labios en los míos. Los labios de un hombre de verdad. De un verdadero guerrero". El soldado la miró, confundido y felizmente sorprendido. Uno de los otros se acercó y le dio una palmada en la espalda. "¿Lo ves? Entienden razones", dijo él. "Siempre lo hacen". El líder sonrió de oreja a oreja y cepilló su camisa y pasó una mano por su cabello, ordenándolo para verse bien. "Así está mejor", dijo él. "Selese, ¿qué estás haciendo?", preguntó Illepra, confundida. Pero Selese la ignoró. Ella tenía un plan. Selese pretendió bostezar, levantando su mano a la boca y colocó el frasco dentro. Ella se inclinó hacia adelante, agarró la cara del soldado y le

dio un beso, poniendo sus labios en los de él. Al hacerlo, escupió el frasco en la boca abierta de él. Después subió la mano y le cerró la boca. Él la miró, con los ojos bien abiertos, y trató de resistirse. Pero ya era demasiado tarde. Ella levantó ambas manos y mantuvo la boca de él firmemente cerrada, obligándolo a morder el frasco en su boca. Ella vio cómo su rostro se volvía rojo brillante, las venas le saltaban en su cuello; él subió la mano y se agarró la garganta, jadeando, y un segundo después cayó de rodillas, luego se derrumbó.

Muerto. Por supuesto que tendría que estarlo. Ese frasco contenía Blackox — el peor veneno que ella llevaba. Los otros tres soldados siguieron mirando, confundidos — y Selese no les dio la oportunidad de entenderlo. Selese metió la mano en su bolso y buscó el Apoth, un polvo amarillo que era un bálsamo eficaz cuando se mezclaba con agua — pero era mortal si se introducía en los ojos en forma de polvo. Ella agarró dos puñados. "¡Pequeña desgraciada!", gritó uno de ellos, mientras sacaba su daga y se dirigía a atacarla. Ella tiró un puñado en sus ojos, y él chilló. Después, Selese se adelantó y arrojó el otro puñado a los ojos de los otros dos soldados. Todos ellos gritaron, colapsando de espaldas, retorciéndose y echando espuma por la boca. En cuestión de segundos, todos estaban muertos. En el silencio, Illepra la miró, abrió la boca atónita, apenas capaz de entender lo que acababa de pasar. Selese se dio vuelta y la miró, con las manos temblorosas, pero sintiéndose fuerte, decidida. No sabía si podría haber hecho eso si fuera para ella misma; pero pensar en Reece le había hecho más fuerte. "Vámonos", dijo ella, montando su caballo. "Ya es hora de que encontremos a Reece".



# CAPÍTULO DIECINUEVE

Kendrick cabalgaba por el paisaje, Erec, Bronson y Srog iban a su lado y miles de soldados liberados avanzaban detrás de ellos, todos ellos libres una vez más. Habían estado cabalgando durante toda la noche, desde que habían escapado del campamento del Imperio, y nunca habían aminorado la marcha, poniendo tanta distancia entre ellos como podían. Ahora, finalmente, estaba amaneciendo. Había sido una larga y angustiosa noche desde que Kendrick, Erec, Bronson y Srog habían liberado a miles de sus hombres, habían masacrado a sus captores y habían estado cabalgando mientras el montón de soldados del Imperio todavía dormía. Ellos no habían querido verse envueltos en un encuentro a gran escala con las vastas fuerzas del Imperio a mitad de la noche; en vez de eso, se movieron rápida y sigilosamente, matando a las tropas que se interponían en su camino. Ellos recuperaron sus caballos y armas y se fueron. Querían luchar otro día, en sus propios términos. Aquí, en el lado McCloud del reino, Bronson conocía el terreno, y los guio de manera experta. Kendrick sabía que tuvieron suerte de tenerlo, ya que demostraba ser un guía invaluable para ayudarlos a esconderse del Imperio. Kendrick y Erec le habían pedido a Bronson llevarlos a un terreno donde pudieran estar bien escondidos del Imperio, pero también donde pudieran atacar a una división menor. Tendrían que cambiar de tácticas, y ya era momento de tener una nueva estrategia: en vez de enfrentarse con todo el ejército del Imperio, tendrían que encontrar divisiones más pequeñas — de unos mil hombres, para coincidir con la suya de pocos miles — y librar batallas más pequeñas, antes de retirarse nuevamente. Siendo tan superados en número, la única forma de tener éxito sería librar una guerra de guerrillas prolongada. Podrían mantenerse en las montañas, quedarse bien escondidos en el altiplano, y ser una fuerza de combate letal, atacando estratégicamente, como una serpiente, y después retirándose. Tal vez no tenían el mismo número y fuerza, pero tenían la fuerza de voluntad para superar al Imperio. Cabalgaron y cabalgaron, siguiendo a Bronson, quien se alejó por un sendero empinado, llevándolos a un costado de la zona montañosa. Ellos habían estado siguiendo un antiguo sendero del Imperio, llevándolos más allá de las olas de destrucción, de un pueblo

McCloud al siguiente. Finalmente, el camino se detuvo aquí, en la parte superior de una cima especial. Todos aminoraron el andar de sus caballos y se detuvieron. "Highlandia", gritó Bronson, señalando. Desde este sitio con vista privilegiada, en un cerro distante, Kendrick vio, a través de la cordillera, a Highlandia, la pequeña ciudad de McCloud, encaramada en lo alto, a la orilla de la zona montañosa, a ambos lados de los Reinos del Este y Occidental del Anillo. Incluso en la madrugada, podía ver que las fuerzas de Andrónico la ocupaban. Vio que sus fuegos seguían ardiendo, observó las cabezas de los presos en picas por toda la ciudad y podría decirse que recientemente habían sido masacrados los McCloud, aquí. Parecía que había varios miles de hombres acampando sobre la ciudad, y era difícil saber cuántos más había dentro. Él no podría decir si era la mayor parte del ejército del Imperio, o sólo una división solitaria. "Ésta podría ser la primera ciudad que atacemos", dijo Kendrick. "Highlandia es una ciudad pequeña, pero es un punto estratégico en la cima de las montañas", dijo Bronson. "Es lógico que Andrónico la tomaría. Desde aquí, se llega directamente al Reino Occidental, las carreteras se ramifican en todas las direcciones. Sería su primera parada para aplastar la resistencia de McCloud y lanzar un ataque final contra el Reino Occidental y dominar el Anillo". "¿Pero está el mismo Andrónico adentro?", preguntó Srog. "¿Y cuántos hombres están con él?" Todos ellos la observaron. Era difícil saberlo. "Podría ser arriesgado", dijo Bronson, "tal vez sería mejor escondernos aquí, en las montañas y esperar a un grupo más pequeño para atacar, o una ciudad más pequeña". Kendrick meneó la cabeza. "No hay que esperar más", dijo. "Cualquier día podría ser el último. Nunca volveré a permitirle a nadie que me haga su prisionero. Si tenemos que morir, moriremos de pie. ¡Atacaremos ahora!". "¡Estoy de acuerdo contigo!", dijo Erec, sacando su espada. "¡Yo también!", dijo Bronson.

"¡Así será!", dijo Srog. Todos ellos patearon sus caballos y se fueron a lo largo del borde del Altiplano, serpenteando por la montaña escarpada, corriendo hacia Highlandia. Al amanecer, con la mayoría de las tropas del Imperio todavía durmiendo, tal vez tendrían la ventaja de la sorpresa, pensó Kendrick. Tal vez podrían tomar esta ciudad y hacerla su fortificación. Tal vez, si podían esperar el tiempo suficiente, Gwendolyn regresaría con Argon. Y tal vez, sólo tal vez, la marea podría estar a su favor. Si no, esto era para lo que

habían nacido: para atacar contra viento y marea, para nunca esconderse del enemigo, para luchar por la causa justa, aunque las probabilidades parecieran imposibles. Kendrick había recibido un gran privilegio en su vida: le habían otorgado las armas. A todos ellos. Y él pretendía utilizarla, mientras aún estaba vivo. Sonó un cuerno del Imperio, luego otro, después otro, a todo lo largo de los parapetos del pequeño castillo de Highlandia. De repente, se abrió la reja levadiza de hierro, y aparecieron cientos de soldados del Imperio, yendo hacia ellos. No estaban dormidos: habían estado listos y esperando.

No obstante, Kendrick soltó un gran grito de batalla y salió cabalgando con más fuerza, dispuesto a pelear, a matar a quien se atreviera a interponerse en su camino. Pero al acercarse, cuando los soldados del Imperio aparecieron a la vista, vio un rostro dirigiéndose hacia la puerta, un rostro que le hizo sentir frío en la sangre. Era el único rostro que le haría bajar su espada, hacer que su boca se abriera atónito, y que lo haría casi caer de su montura. Allí, frente a él, cabalgando para enfrentarlo, con la espada por lo alto, estaba un hombre al que amaba como a un hermano. Ahí estaba Thorgrin.



# CAPÍTULO VEINTE

Thornicus montaba al lado de su padre, Rafi y McCloud detrás de ellos, al mando de miles de soldados del Imperio, afuera de las puertas de Highlandia, dispuestos a aplastar al enemigo. Thor vio, cabalgando hacia ellos, a miles de soldados, usando armadura y agitando una bandera que reconoció débilmente. Cuando se acercaron, una parte de él la reconoció como la armadura que había conocido alguna vez, la armadura del Reino Occidental del Anillo, de Los Plateados, de los MacGil. Thor se sintió momentáneamente desconcertado; se preguntó por qué él estaba atacando a estas personas con las que había luchado uno al lado del otro. Pero su mente rápidamente se nubló, y otra parte de él, una parte más fuerte, le recordó que estaba montando para aplastar a los enemigos de su padre, que cabalgaba para matar a aquellos que matarían a su padre, primero. Thornicus se sintió infundido con una nueva energía, decidido a matarlos a todos, para evitar que dañaran a Andrónico, o al Imperio. Salió corriendo hacia los soldados de MacGil, que estaban quizás a

ochocientos metros de distancia, sacando su espada, al mando del ejército, preparándose para atacar con todas sus fuerzas. Pero de repente, un coro de cuernos sonó detrás de él, y Andrónico y los demás se dieron vuelta y miraron sobre sus hombros. Thor también lo hizo. Era el sonido de la angustia, y cuando Thor giró, quedó atónito ante lo que vio: cientos de soldados del Imperio estaban dando la vuelta y yendo hacia la dirección contraria. Más allá de ellos, a lo lejos, miles de soldados del Imperio, de una división diferente, se dirigían hacia la colina de Highlandia, con antorchas en la mano, y comenzaron a prender fuego a la ciudad. "¿Qué está pasando, mi amo?". McCloud gritó a Andrónico, tan confundido como el resto de ellos. El mismo Andrónico se veía confundido; pero entonces, al observar el horizonte, sus ojos se entrecerraron al reconocerlo. "Es Rómulo", dijo, a sabiendas. "Mi general ha venido a traicionarme". Miles de tropas del Imperio les atacaron desde la parte posterior, inundando la ciudad. Ahora estaban en el medio de dos ejércitos, los hombres de Rómulo desde atrás de ellos y los soldados MacGil al frente. Andrónico gritó de frustración, debatiendo, y finalmente dio vuelta a su caballo. "¡Debemos salvar a Highlandia!", gritó Andrónico.

"¡Abandonen a los MacGil! ¡Ataquen a Rómulo!". Andrónico pateó su caballo, dando la vuelta bruscamente, y Thornicus y los demás le siguieron, preparándose para entablar una guerra civil con los soldados del Imperio. Cuando se dio la vuelta, Thornicus miró sobre su hombro, y a lo lejos, vio a los MacGil continuando el ataque hacia Highlandia. Pero eso ya no era preocupación para Thor; tenía que cumplir con la voluntad de su padre. Podrían pelear con los MacGil otro día. Thor cabalgó con su padre, y él levantó su espada por lo alto. Él y Andrónico cabalgaban uno al lado del otro, y se sentía bien ir con él. Iban al unísono, juntos en la batalla, preparados para enfrentar al mundo, como debían hacer padres e hijos.

Los dos bajaron por la ladera, hacia los hombres de Rómulo, y todos ellos se reunieron a mitad del camino, en un gran choque de armas. Miles de guerreros corrieron precipitadamente unos a otros; al mando del combate, el primero que iba a la batalla era Andrónico. Levantó su gran hacha de batalla, la hizo pivotar en el aire y se enfrentó a Rómulo cuando él se dirigió hacia su ex líder. Rómulo hizo pivotar su hacha también, y las dos luchaban encarnizadamente, como carneros, cada uno tan poderoso como el otro, cada uno queriendo matar al otro con todo su corazón. Thor se dirigió hacia el comandante de Rómulo y el comandante levantó su escudo, pero no sirvió de mucho. El golpe de Thor era tan fuerte, que cortó el escudo a la mitad. El comandante levantó su espada para volver a acuchillar, pero Thor fue demasiado rápido. Siguió atacando y con otro golpe, acuchilló al hombre en el estómago, haciéndole desplomarse hacia adelante, de bruces, en el suelo. El sonido del choque metálico llenaba los oídos de Thor al igual que a todos a su alrededor, miles de soldados luchaban mano a mano. Ninguno luchaba tan hábilmente como Thor. Acuchillaba y esquivaba y se agachaba y se movía de un lado a otro en todas las direcciones, derribando a docenas de hombres antes de que pudieran moverse lo suficientemente rápido para reaccionar ante él. Se abría camino entre los hombres como si fuera un ejército, haciendo caer a los soldados a diestra y siniestra y logrando un estancamiento a favor de Andrónico. Debido a los esfuerzos de Thor, la marea empezó a cambiar entre las dos divisiones igualmente parejas. Rómulo inicialmente tenía la ventaja de la sorpresa y el ímpetu, ya que ningún hombre del Imperio había esperado estar peleando unos con otros en este día. Pero Thor inclinó las

probabilidades, con una sola mano, haciendo retroceder a más y más de los hombres de Rómulo, mientras trataban de tomar Highlandia. Rómulo y Andrónico daban golpe tras golpe, rompiendo sus grandes hachas de batalla, uno al otro, con un estridente sonido de metal, como dos carneros viejos luchando por el poder. Andrónico era mucho más alto que Rómulo, pero Rómulo era más ancho y tenía una fuerza, que Thor nunca había visto en su vida. Era un espectáculo observarlos, como dos montañas, ninguno parecía ser capaz de rendirse ante el otro.

Un soldado herido cayó sobre la parte de atrás del caballo de Andrónico, y el caballo de Andrónico hizo cabriolas, dejándolo fuera de balance; la pérdida del equilibrio fue suficiente para dar una ligera ventaja a Rómulo. El hacha de Andrónico bajó momentáneamente, lo suficiente para que Rómulo le asestara un golpe, cortándolo con fuerza en el hombro, y derribando a Andrónico de su caballo. Rómulo no perdió el tiempo: desmontó, levantó su hacha con ambas manos y se preparó para bajarla en la cabeza expuesta de Andrónico. Thor se sintió descorazonado; bajó de su caballo, de frente, y derribó a Rómulo al suelo, antes de que éste pudiera dar el golpe mortal. Tambalearon por varios centímetros y los dos cayeron y lucharon en el fango, rodando una y otra vez, y los soldados morían alrededor de ellos. Finalmente, Rómulo llevaba la ventaja, rodando y quitándose a Thor de encima. Sacó un puñal de su cintura y lo dirigió hacia la garganta de Thor; todo pasó demasiado rápido para que Thor reaccionara. Andrónico apareció y derribó la cuchilla de la mano de Rómulo antes de que pudiera lastimar a Thor, salvando su vida. Andrónico entonces giró hacia la cabeza de Rómulo con su hacha; pero Rómulo rodó fuera del camino, y el hacha cayó en el fango. Sonó un cuerno, y el cielo se oscureció con flechas. Los hombres de Rómulo cayeron a diestra y siniestra, gritando de dolor; decenas de ellos eran derribados por flechas, mientras llegaban los refuerzos de Andrónico. El rumbo de la batalla había cambiado. Los hombres de Rómulo empezaron a retirarse. Rómulo, viendo lo que estaba pasando, ya no quiso retar a Andrónico; en cambio, se agachó entre la multitud, encontró su caballo, lo pateó con fuerza y giró y huyó con sus hombres restantes. Andrónico vio a Thor en el suelo, se dio cuenta de que había sido salvado por él una vez más, y su corazón se llenó de gratitud. Estiró una mano para levantar a su hijo. Thornicus tomó la mano de su padre,

al darse cuenta de que su padre le había salvado la vida también. Estaban allí parados, estrechando sus manos, padre e hijo, cada uno sacrificando su vida por el otro. Andrónico miró a Thor con respeto, y Thor hizo lo mismo. Finalmente, Thor había encontrado al padre que siempre había anhelado en la vida.

# CAPÍTULO VEINTIUNO

Rómulo cabalgó con sus hombres huyendo, cuesta abajo, lejos de Highlandia, enfurecido. Se sorprendió por su derrota. Nunca antes había perdido una batalla, no podía resignarse. Él se había extralimitado. Debió haberse apegado a su plan original para encontrar a un MacGil, cruzar el Cañón y atacar con su ejército completo; en cambio, decidió matar rápida y precipitadamente. Se había vuelto muy envalentonado, demasiado confiado. Había cometido el error de un comandante novato, y se odiaba a sí mismo por ello. Rómulo había experimentado múltiples fallas. Su plan inicial había sido enviar a un asesino a matar a Andrónico en la noche, y de alguna manera, había fallado. Su segundo plan había sido reunir a sus hombres al amanecer, utilizar su recién adquirido impulso para atrapar a Andrónico desprevenido, y darle una cuchillada rápida y asesinarlo. Sabía que sería superado en número, pero pensó que, si tan sólo pudiera matarlo rápidamente, entonces no importaría; todos los hombres restantes del Imperio estarían bajo su mando.

En retrospectiva, fue una decisión apresurada y debió haber esperado. Él debió haber desactivado el Escudo primero, y luego atacar. No había atajos para la victoria. Rómulo seguía repitiendo en su mente lo cerca que había estado, y eso era lo que más le molestaba. Él casi había tenido a Andrónico y seguramente le habría matado, si no hubiera sido por Thornicus. Él no había esperado que Thornicus estuviera allí, al lado de Andrónico y no contaba con un adversario tan letal. Andrónico ya estaría muerto, si no hubiera sido por él. Cuando todo esto terminara, Rómulo juró matar a Thor, él mismo. Esa idea le alegraba: mataría al padre y al hijo juntos. Por lo menos había escapado, a diferencia de muchos de sus hombres. Ahora cabalgaba hacia su segundo objetivo. En el viaje a través del Anillo, Rómulo había sacrificado y torturado a muchos soldados en el camino, por el gusto de hacerlo. Él también les había interrogado y se había enterado de la MacGil que había sido capturada por Andrónico: Luanda. La hija primogénita de MacGil. Ella le serviría perfectamente. Rómulo cabalgó hacia donde los soldados le habían dicho que estaría ella, en las afueras del campamento. Estaba listo para ejecutar su plan de apoyo. Él cabalgó con fuerza y finalmente llegó allí; fue al cepo y encontró

a la chica solitaria, atada a un poste, con la cabeza afeitada. Era ella: Luanda, medio desnuda, magullada y golpeada, hecha un verdadero desastre. Estaba atada al poste, apenas consciente, y Rómulo ni siquiera aminoró la marcha de su caballo cuando galopó hacia ella. Levantó su gran hacha por lo alto y cortó sus cuerdas, luego, con la otra mano, la agarró bruscamente por la blusa y con un solo movimiento, la subió en la parte delantera de su caballo. Luanda, presa del pánico, gritó, luchando para escapar. Pero Rómulo no le dio la oportunidad. Subió su enorme brazo y lo colocó completamente alrededor de su cuerpo, con firmeza, apretándola firmemente contra él. Le agradaba sentirla en sus brazos. Si él no necesitara llevarla a través del puente, abusaría de ella ahora mismo, después la mataría de inmediato. Pero la necesitaba para que desactivara el Escudo, y no había tiempo que perder. Rómulo pateó su caballo y cabalgó el doble de rápido, alejándose de sus hombres, tomando el camino solitario que lo llevaba al Cañón. Cuando terminara con ella, él podría matarla, sólo por diversión. Rómulo montó con una sonrisa y mientras Luanda gritaba más, luchaba y protestaba, más sonreía. Él ya tenía su premio. Pronto estarían en el puente, sobre el cruce. Finalmente, el Escudo se desactivaría. Su ejército invadiría. Y el Anillo sería suyo para siempre.

# CAPÍTULO VEINTIDÓS

Reece yacía en el suelo en la base del Cañón; le dolían las costillas y miró hacia arriba, mientras los dientes afilados de la bestia bajaban para matarlo. Él sabía que en unos momentos, esos dientes se hundirían en su pecho y le arrancarían el corazón. Se preparó para la agonía que venía. Hubo un grito terrible, y al principio Reece estaba seguro de que era suyo. Luego abrió sus ojos y se dio cuenta de que era el grito de la bestia, un grito terrible, que perforaba el aire y se elevaba hasta el cielo. La bestia reclinó su cabeza y rugió y rugió, agitando sus brazos violentamente. Después, de repente, se quedó muy quieto, se desplomó y cayó totalmente tieso. Muerto. El mundo, una vez más, estaba en silencio. Reece se sentó, con los ojos bien abiertos, de asombro, tratando de comprender lo que había pasado. ¿Cómo es que esta bestia, que los había herido a todos, repentinamente había muerto?

Reece notó que había una lanza pegada a la pata derecha de la bestia, incrustada en el suelo. Allí, parado sobre la bestia, blandiendo la lanza con una sonrisa de satisfacción, estaba un extraño. Era alto y delgado, con una barba corta, vistiendo harapos, con pelo largo y greñado. Era flaco, de cuarenta y tantos años, y sonreía de manera contagiosa. "Uno siempre mata a un lombok por los pies", explicó, como si fuera lo más obvio, extrayendo su lanza del suelo. "Ahí es donde está su corazón. ¿Que no lo sabías?". El desconocido caminó hacia adelante, tendió una mano, y Reece la agarró y le permitió que tirara de él para levantarlo. El hombre, aunque estaba delgado, era sorprendentemente fuerte. Reece miró hacia atrás, aún aturdido, sin saber cómo reaccionar. Este hombre le acababa de salvar la vida. "Yo.... este..." balbuceó. "Yo...no sé cómo darte las gracias". "¿Agradecerme?", repitió el hombre. Se reclinó y rio, luego colocó una mano cálida en el hombro de Reece, amistoso, girando y caminando con él. "No tienes nada que agradecerme. Odio a los lomboks. Se llevan mis trampas todo el tiempo y me dejan hambriento casi todas las noches. No, no me des las gracias en absoluto. Tú me hiciste un favor. Tú lo tenías a campo abierto y fue una presa fácil". El hombre observó al grupo de Reece, y movió su cabeza. "Qué vergüenza. Todos son buenos guerreros. Simplemente apuntaron al lugar equivocado". "¿Quién

eres tú?", preguntó O'Connor, acercándose. "¿De dónde vienes? ¿Qué estás haciendo aquí?". El hombre rio efusivamente. "Yo soy Centra. Gusto en conocerlos a todos, pero no puedo contestar tantas preguntas a la vez. Llegué aquí hace muchos años — sólo por curiosidad, supongo. No podía soportar vivir bajo el yugo de los McCloud. Usé una serie de cuerdas para escalar por las paredes del Cañón, y nunca volví a subir. Por decisión propia. Al principio solo estaba explorando, pero llegó a gustarme el lugar, todo es para mí. Es exótico. ¿Entienden? Soy un solitario, así que no me importa no tener compañía. Pero debo decir que ustedes son los primeros rostros humanos que he visto desde entonces, y se siente bien ver a mi gente. ¡Por la fuerza!". Centra sacó una bolsa llena de líquido de su cintura y se reclinó y bebió. Luego lo levantó y lo dirigió hacia la boca de Reece. Reece no sabía qué decir y no quería ofenderlo, así que abrió su boca, y dejó que Centra rociara el líquido. Cayó en la parte posterior de la garganta de Reece y le ardió y tosió. Centra rio con ganas. "¿Qué pasa?", preguntó Reece, jadeando, mientras Centra daba la vuelta y lo rociaba en la boca de cada persona. "Atibar", respondió. "Fluye en una corriente no lejos de aquí. Arde, ¿verdad? Pero, ¿cómo te hace sentir?". Reece sentía un hormigueo corriendo arriba y abajo de su cuerpo, y pronto se sintió mareado, relajado. Definitivamente se sentía menos nervioso; No sentía los dolores y golpes y magulladuras por todo el cuerpo, tan agudos como antes. Cuando los demás terminaron su ronda, Centra extendió la mano y le ofreció más a Reece; pero esta vez Reece levantó una mano y lo detuvo.

"Toma un poco más, amigo mío", dijo Centra. "Se desvanece rápidamente". Reece movió la cabeza. "Gracias, pero necesito mantener mi mente clara". "Nos salvaste la vida", dijo Elden, avanzando, muy serio. "Y eso es algo que tomamos muy en serio. Tenemos una gran deuda contigo". Pon tu precio. Los hombres de la Legión siempre cumplen con sus deudas". Centra meneó la cabeza. "No me deben nada. Pero si les da gusto, les diré una cosa: ayúdenme a encontrar una buena comida para la noche. Ese maldito lombok me la robó. Quiero conseguir algo antes de que anochezca". "Nosotros te ayudaremos en cualquier forma que podamos", dijo Reece. Centra observó al grupo. "¿Y por qué están aquí, puedo preguntar?". "Hemos venido por un asunto urgente", respondió Reece. ¿Has visto la Espada?". "¿La Espada?",

preguntó Centra, levantando las cejas. "¿Qué espada? Me parece que ya llevan cargando sus espadas". Reece movió la cabeza. "No, la Espada. La Espada del Destino. Estaba incrustada en una roca. Cayó al precipicio". Los ojos de Centra se abrieron de par en par. "¿La verdadera Espada del Destino?", dijo él, con asombro en su voz. "No está aquí abajo, ¿verdad?". Reece asintió con la cabeza. "¿Pero cómo puede ser? Es la espada de la leyenda. ¿Qué diantres haría aquí? De todos modos, no he visto ninguna roca ni ninguna espada. ¿Están seguros? Un momento", dijo él, deteniéndose a sí mismo. "Esperen", dijo él, frotándose la barbilla, "no se refieren a la explosión, ¿verdad?". Reece y los demás se miraron unos a otros, perplejos. "¿Explosión?", preguntó O'Connor. "Un poco antes, algo cayó desde lo alto", dijo Centra, "fue tan fuerte, que sacudió todo el lugar. No lo vi, pero lo sentí. ¿Quién no? Dejó un cráter enorme".

El corazón de Reece se aceleró. "¿Un cráter?", preguntó Reece. "Eso tendría sentido. La roca haría un cráter, desde lo alto". Se acercó más a Centra y le preguntó con toda seriedad: "¿Puedes llevarnos allí?" Centra se encogió de hombros. "No veo por qué no. Las mejores presas están en esa dirección, de todos modos. Síganme. Pero dense prisa: no queremos caminar al caer la noche. No cuando la niebla de la noche arremolina". Centra se dio vuelta y se alejó rápidamente y Reece y los demás le siguieron, O'Connor y Elden ayudaban a llevar a Krog ya que cojeaba mucho. Todos ellos tardaron en reorganizarse de su batalla, frotando sus heridas, reuniendo sus armas, caminando rígidos, ninguno de ellos era tan rápido ni tan ágil como antes. Esa batalla con el lombok había pasado factura; Reece se dio cuenta otra vez de cuánta suerte habían tenido al salir con vida. Caminaban en el lodo, entrando y saliendo de los bosques de colores brillantes y siguieron a Centra mientras él se movía de un lado a otro por un camino vertiginoso, por un sendero invisible que sólo él debió haber conocido. Reece no podía ver ninguna señal discernible de un camino pero Centra evidentemente sabía adónde se dirigía. Los remolinos de niebla llegaban y se iban y Reece se preguntó cómo es que Centra fue capaz de navegar por este lugar. A él todo le parecía igual, y si no fuera por Centra, se dio cuenta de que estarían inextricablemente perdidos. Estaba oscureciendo más, conforme avanzaban y Reece se estaba preocupando. El sonido de los animales nunca se detenía, y no podía evitar

preguntarse qué criaturas venían aquí por la noche. Si existía el lombok, ¿qué otras criaturas podría haber allí? Caminaron y caminaron y cuando Reece estaba a punto de preguntar cuánto faltaba para llegar, de repente se encontraron con un hueco en los árboles. Aquí todos los árboles habían sido aplastados, sus ramas estaban rotas, los troncos empujados hacia atrás en ángulos aberrantes. Él caminó más rápidamente, alcanzando a Centra, quien de repente se acercó y puso una mano con fuerza en el pecho de Reece, impidiéndole dar otro paso hacia adelante. Reece se detuvo en seco y se dio cuenta de que tuvo suerte de que Centra lo hubiese detenido. Cuando la niebla se levantó, justo debajo de ellos, en el borde de sus pies se veía un enorme cráter, de por lo menos seis metros de diámetro y se hundía en la tierra unos dieciocho metros. Parecía como si un meteoro hubiese destruido una sección entera del bosque. El corazón de Reece se aceleró, ya que supo de inmediato que éste debía ser el cráter causado cuando cayó la roca. Reece buscó con entusiasmo la Espada. Todos los demás se acercaron al lado de ellos, mirando hacia abajo, sobre el borde, atónitos. Pero cuando la niebla se disipó, Reece se impresionó y se decepcionó al ver que el cráter estaba vacío. "¿Cómo es posible?", preguntó O'Connor, estando junto a él. "No es posible", dijo Elden. "La roca no está ahí", dijo Indra. "Tal vez éste sea un cráter diferente", dijo Serna. Reece volteó a ver a Centra.

"¿Estás seguro de que éste es el lugar?", preguntó Reece. Centra asintió energicamente. "Es aquí", dijo. "Estoy seguro. Yo no estaba lejos cuando ocurrió y vine a verlo. Vi una gran piedra, con un pedazo de metal en él, ahora que lo mencionas. No le hice mucho caso". "Entonces, ¿dónde está?", preguntó Elden, escéptico. "No estoy mintiendo", dijo Centra, indignado. Reece examinó el suelo del cráter cuidadosamente y cuando la niebla se disipó, notó huellas que conducían a un costado. Parecía como si la roca hubiese sido arrastrada a un lado del cráter. Reece se acercó rápidamente, igual que los demás, y al estar más cerca, se dio cuenta de que definitivamente era el rastro de la roca, amplia y profunda, hecha cuando fue arrastrada. Alrededor había docenas de huellas. Eran huellas extrañas, demasiado pequeñas para ser de humanos. Centra se quedó parado sobre ellos, se arrodilló en el barro, y se agachó y tocó las huellas, deliberadamente.

"Faws", dijo. "¿Qué es eso?", preguntó Reece. "Estas son sus huellas. Son

una tribu hostil. Carroñeros. Tiene sentido. Viven al otro lado del Cañón. Ellos vendrían y salvarían algo como esto. Rescatan cualquier cosa que encuentran". "¿Qué quieres decir?", dijo Indra presionando. "¿Se llevaron la roca? ¿Cómo pudieron tener la fuerza?" Centra suspiró. "Se mueven al unísono. Hay miles de ellos. Juntos, pueden hacer cualquier cosa, como las hormigas obreras. Ellos viven de esa manera", dijo él, señalando. "Bueno, eso es así. Lamento lo de su Espada. Pero si los Faws la tienen, no podrán recuperarla". "¿Por qué dices eso?", preguntó Reece. "Son una tribu violenta y hostil", dijo Centra. "Guerreros salvajes. Parte humanos, parte algo más. Todo el mundo aquí sabe mantenerse alejados de ellos. Son como un molino de hormigas. Si se acercan a ellos, tienen un sistema de alertarse unos a otros. Los matarían antes de que se acercaran. Nadie sobreviviría". Reece sujetó la empuñadura de su espada y dio un paso adelante. "Es el tipo de retos que me gustan", dijo.

# CAPÍTULO VEINTITRÉS

Gwendolyn estaba parada frente al monstruo de hielo, paralizada de terror. Junto a ella, los otros estaban parados congelados, también, mirando atónitos a la bestia. Gwen estaba llena de miedo, y una parte de ella quería girar y correr, o por lo menos levantar sus manos y prepararse para un ataque. Pero otra parte de ella la obligaba a ser fuerte, mantenerse firme y luchar. Una pequeña parte de ella sabía que tenía la fuerza, y que tenía que ser fuerte, no sólo por ella, sino por los demás. No podía huir de sus miedos; podría morir frente a ellos, pero, al menos, moriría con honor. Después de todo, era hija de un rey, y tenía sangre de la realeza en sus venas. El monstruo bajó su brazo hacia ella, con sus cinco mandíbulas en los extremos de sus cinco dedos, abriendo y cerrando con un chasquido, al acercarse. Gwen, con las manos temblorosas, sacó su espada, dio un paso adelante y la blandió hacia él. La espada falló el tiro, el monstruo era más rápido de lo había previsto. Donde su mano había estado un segundo antes, ahora solamente había aire. Las mandíbulas del monstruo se abrieron y cerraron con un chasquido, con un ruido espantoso de dientes castañeteando, y arremetió con sonidos chirriantes emanando de cada una de sus diez mandíbulas. Ellos se lanzaron hacia Gwendolyn. Gwendolyn gritó de dolor cuando una de sus mandíbulas pequeñas le mordió su brazo, atenazándola, sacándole sangre. Ella trató de alejarse, pero no tenía caso: el monstruo la había sujetado con fuerza y ella podía sentir que sus dientes se hundían en su piel. Gwen escuchó un gruñido y Krohn se abalanzó hacia adelante y saltó sobre la bestia, mordiendo el dedo atacante. Krohn atenazó sus mandíbulas en la mano del monstruo, negándose a soltarlo, moviendo su cabeza de izquierda a derecha, gruñendo, hasta que finalmente el monstruo aflojó su agarre. Gwen rápidamente dio un paso atrás, sentía dolor en su brazo, y estiró la mano y apretó su brazo. Su mano estaba manchada de sangre, así que arrancó una tira de tela del extremo de su blusa y la ató con su mano temblorosa alrededor de la herida, deteniendo la sangre. El monstruo se dirigió a Krohn, con rabia. Acercó otra de sus mandíbulas, y con un golpe repentino, mordió a Krohn en la pierna. Krohn chillaba, pero todavía no soltaba la mano del monstruo, mordiendo los dedos del monstruo con todas

sus fuerzas, hasta que finalmente rompió una de sus mandíbulas. El monstruo dio un grito y Krohn cayó al suelo, quitándole uno de los dedos. El monstruo, con rabia, se reclinó y giró su brazo, preparándose a hundir varias más de sus bocas en la espalda de Krohn. Steffen dio un paso adelante, apuntó y disparó dos flechas seguidas hacia la bestia. Cada flecha se alojó en la mandíbula pequeña del monstruo, fue una hazaña increíble desde esa distancia y a un objetivo que se movía tan rápido. Eso ocasionó que el monstruo se apartara de Krohn, perdonándole la vida. En cambio, se dio la vuelta y enfrentó a Steffen, encolerizado y rugió. El monstruo se dirigió hacia Steffen, agitando sus brazos y mandíbulas en los extremos de sus dedos; el sonido del hielo rompiéndose llenaba el aire mientras iba a atacar a Steffen. Steffen titubeó con su arco, Aberthol se lanzó hacia adelante, con su vara ante él, levantándola audazmente con ambas manos y lo clavó en el pecho del monstruo. A pesar del noble esfuerzo, el bastón no sirvió de nada contra bestia tan poderosa; el monstruo sólo miró hacia abajo a Aberthol como si fuera un insecto molesto, y le dio un golpe de revés. El sonido del hielo golpeando la piel se oyó en el aire, y Aberthol, con un gemido, salió volando, cayendo con fuerza, de espaldas, en el hielo y resbalando varios metros antes de detenerse, quejándose por el dolor. El monstruo se centró nuevamente en Steffen. Mientras Steffen retrocedía, el monstruo saltó hacia adelante, se agachó, lo sujetó con una mano, la levantó por lo alto, unos seis metros en el aire, y lo examinó como si fuera un alimento. El monstruo había puesto de cabeza a Steffen, luego acercó su otra mano y dirigió sus mandíbulas hacia la cara de Steffen. Gwen se dio cuenta con horror que estaba a punto de comerse vivo a Steffen. Steffen había sido izado en el aire, dejó caer su arco y flechas y Gwen, pensando rápido, corrió y las agarró del suelo. Con las manos temblorosas, le apuntó. Gwen disparó varias flechas, incrustándolas en un lado del monstruo y, finalmente, en una de sus mandíbulas. Se dio vuelta y la miró, gritando con rabia y tiró a Steffen al suelo. Steffen se soltó de extremo a extremo en el aire y golpeó el hielo con un crujido. Gwen esperaba que no se hubiera roto todos sus huesos. El monstruo descendió hacia Gwen nuevamente, esta vez con ambas manos extendidas, cerrando de golpe todas sus mandíbulas; Gwen, que ya no tenía flechas y sin tener hacia dónde correr, sabía que estaba a punto de matarla. Aun así, ella no se arrepentía, ya que por lo menos había salvado la vida de Steffen. "¡POR

LAS LEYES DE LOS SIETE CÍRCULOS DE LA NATURALEZA, TE ORDENO DETENERTE!", se escuchó una voz furibunda. Gwendolyn se volvió para ver a Alistair dando un paso adelante, extendiendo la palma de su mano y dirigiéndola hacia la criatura. Una bola de luz naranja salió de ella y fue hacia la criatura, golpeándolo en el pecho. Pero la criatura se volvió hacia Alistair, sin temor y bateó la bola de luz mientras se acercaba. La pelota salió volando inofensivamente sobre su hombro. Alistair se quedó ahí parada, atónita. Evidentemente, no esperaba eso. En cambio, el monstruo se dio vuelta y corrió hacia Alistair. La pateó, sus enormes garras se impactaron en su pecho y la enviaron a volar hacia atrás, patinando sobre el hielo. No satisfecho, el monstruo se acercó amenazante hacia ella, preparándose para liquidarla. Gwen evaluó la situación y no se veía bien: Alistair estaba de espaldas y Steffen, Aberthol, y Krohn estaban gimiendo, todos lesionados por el monstruo. La misma Gwen yacía allí, adolorida por el golpe y se preguntó cómo podrían derrotar a esta cosa. Sus armas eran demasiado endebles contra una criatura como esa, e incluso la magia druida de Alistair no había funcionado. Gwen se dio vuelta y analizó su entorno desesperadamente, tratando de usar su ingenio, desesperado por encontrar algo, cualquier cosa que pudieran utilizar, alguna forma de salir de aquí. Al mirar, vio algo, y tuvo una idea. Allí, en la parte superior de uno de los montículos de hielo, había una gran roca redonda, de hielo. Era inmensa y estaba colocada precariamente, a unos quince metros de altura. Parecía que un buen empujón lo podría derribar de su lugar — y el monstruo estaba parado directamente en la base del montículo de hielo debajo de él. Si Gwen pudiera hacer caer la roca de alguna manera, podría aplastar a la bestia. Gwendolyn entró en acción. Ella levantó el arco de Steffen, colocó una flecha y apuntó, disparando a la cornisa de hielo debajo de la roca. Su tino fue perfecto: se las arregló para alojar la flecha precisamente debajo de la piedra, rompiendo el hielo — y la roca se movió un poquito. Pero no funcionó. Quedaban cuatro flechas y con el monstruo yendo hacia Alistair, no había tiempo que perder. Gwen disparó una y otra vez, y con su puntería increíble, los cuatro tiros cayeron en el blanco, como ella esperaba, en el lugar exacto. La roca se movía un poco más cada vez. Todavía estaba en el precipicio, tentadoramente cerca de caer sobre el borde; pero luego se detuvo. No funcionó. Gwendolyn se había quedado sin

flechas. Ella había fallado. Alistair se puso de pie y miró alrededor y vio lo que Gwen intentaba hacer. Mientras el monstruo se apresuraba a ir hacia ella, a unos metros, Alistair se dio vuelta, levantó ambas manos arriba de su cabeza y esta vez, apuntó hacia la roca de hielo. Una luz amarilla brotó de sus manos, las dirigió hacia el montículo de hielo, y la luz voló sobre el campo de batalla. Al sostener la luz amarilla en el hielo, debajo de la roca, comenzó a derretirse. A continuación, se estrelló. Pronto, la roca comenzó a moverse. El monstruo estaba a sólo unos metros de distancia, y Gwen temía que si la roca no se movía con la suficiente rapidez, Alistair sería asesinada ante sus ojos. Pero Alistair, sin miedo, no se movió y no retrocedió ante el ataque del monstruo. Simplemente continuó concentrándose, enviando luz sobre el hielo. “¡ALISTAIR!”. Gwen gritó, corriendo hacia ella. El monstruo alcanzó a Alistair, la agarró e izó sobre su cabeza con un grito terrible. Gwen se dio cuenta de que estaba a punto de matarla.

Hubo un gran ruido silbante, luego el sonido de hielo partiéndose y Gwen vio la roca soltándose de su lugar y rodando por el montículo de hielo, con furia. Cuando el monstruo acercó a Alistair a sus mandíbulas abiertas para comérsela, la roca chocó de repente en la espalda del monstruo. El monstruo fue totalmente aplastado. Soltó un horrible grito de muerte ya que fue totalmente aplastado debajo de la roca. Alistair salió volando por el aire mientras el monstruo la soltaba, y cayó lejos, afortunadamente para ella, en un banco de nieve. Todo estaba en calma. Había un pesado silencio en el aire. Gwendolyn, en estado de shock, se apresuró hacia Alistair, revisándola para ver si estaba bien. Alistair estaba ahí tumbada, aturdida, pero abrió los ojos, tomó la mano de Gwendolyn y le permitió que tirara de ella de los pies. "¿Estás bien?", preguntó Gwen. Sentía como si su hermana hubiese sido lastimada y se dio cuenta de lo mucho que se preocupaba por Alistair. Alistair asintió con la cabeza, pareciendo perturbada, pero ilesa. Gwen sonrió, aliviada.

Se dieron vuelta y corrieron hacia Steffen y Aberthol, ayudándolos a levantarse, estaban magullados y golpeados, pero pronto se recuperarían. Entonces Gwen corrió hacia Krohn, quien gimoteaba, a su lado. Ella lo ayudó a levantarse y él le lamió la cara. Estaba un poco tambaleante, pero bien. Los cinco se quedaron allí parados, aturdidos y confundidos, mirando a su entorno,

a esos montículos de hielo, con un nuevo respeto y atónitos. Mientras Gwendolyn observaba el horizonte, empezó a darse cuenta del verdadero peligro de este lugar. Por primera vez, se preguntó si encontrarían a Argon. ¿Había sido una locura venir aquí, después de todo? \* Gwen caminó y caminó, con sus rodillas débiles, su cuerpo cansado, con dolores irradiando en su estómago. Caminaron hacia la bola grande, escarlata, de la puesta del segundo sol, y habían estado andando todo el día. Parecían meses. No había ningún final a la vista: sólo la interminable monotonía de este paisaje. Ella se preguntó cuánto tiempo podría seguir con esto, antes de que todos se desplomaran sobre el hielo.

Caminaron y caminaron por el valle fantástico de los montículos, todos ellos congelados hasta el hueso. Afortunadamente, desde su último encuentro, no habían hallado a ningún otro monstruo. Habían pasado varios pequeños animales, criaturas que Gwen nunca había visto, la mayoría era una sombra blanca, con ojos azules, pequeños y brillantes, pero todos se apartaban de su camino conforme avanzaban. Por donde iban, Gwendolyn buscaba cualquier posible señal de Argon, pero no lo veían por ningún lado. Cuando el último rayo de sol comenzó a desaparecer, Gwendolyn empezó a notar un ligero cambio en la apariencia del paisaje. Este valle de montículos de hielo culminaba en uno enorme, que llegaba hasta donde alcanzaba la vista, bloqueando su camino. No había manera de seguir adelante sin subirlo. Todos se detuvieron, con las manos en sus caderas, jadeando y miraron al montículo, que tenía como quince metros de altura. Estaban agotados. Todos estaban desesperanzados, como si ya no creyeran que encontrarían a Argon — mucho menos que sobrevivirían. "¿Qué opinan?", preguntó Gwen, mirando a los demás.

"No tenemos elección", dijo Alistair. "O escalamos o nos regresamos". Gwen sabía que ella tenía razón. Pero sus piernas, temblando, estaban exhaustas. Todos se detuvieron allí y miraron el montículo. Finalmente, Alistair dio el primer paso, y Gwen y los demás, más que agotados, le siguieron. Gwen, jadeando, dio un paso tras otro. Era un camino escarpado y todos resbalaron al andar, Gwendolyn se inclinó hacia adelante con sus palmas en el hielo, resbalando, tratando de mantener el equilibrio. Lentamente, un pie tras otro, lucharon por llegar a la cima. Al hacerlo, todos se

derrumbaron sobre sus manos y rodillas. "No puedo seguir", resolló Aberthol. Mientras Gwen estaba ahí tumbada, jadeando, reunió la suficiente energía para levantar su cabeza, para mirar hacia el otro lado del montículo. Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendida. Gwen se acercó y pinchó a los demás, obligándolos a mirar también. "¡Miren!", insistió.

Los otros lentamente levantaron sus cabezas y vieron lo que ella hizo. El panorama la dejó sin aliento. Allí, delante de ellos, había otro valle extenso. Pero éste era diferente a los demás; éste estaba lleno de lo que parecían ser cápsulas de hielo. Hasta donde alcanzaba la vista, había miles y miles de ellas, cada una como de dos metros y medio de alto, unos cuantos metros de ancho, y cada uno contenía algo. Mientras Gwen entrecerraba sus ojos, se dio cuenta de que cada una contenía un cuerpo. Dentro de cada una había una persona, congelada. Miles de personas, separadas cada tres metros o algo así, como si fuera un enorme cementerio, que sobresalía verticalmente del hielo. "Es El valle de las Almas Atrapadas, dijo Aberthol, impresionado. Todos los demás miraron y nadie necesitó pronunciar una palabra para saber lo que estaba en la mente de cada uno. Ahí abajo, había gente. Atrapada. Gwen sabía que en algún lugar, por debajo, en medio de estas personas, estaba la persona a la que había venido a buscar. Respiró profundamente y dijo lo que estaba en la mente de todos:

“Argon”.

# CAPÍTULO VEINTICUATRO

Andrónico estaba parado al lado de Thornicus, los dos solos en la ladera contra las puestas de los soles, inspeccionando los daños causados por su batalla contra Rómulo. Andrónico estaba parado al lado de su hijo y no podía estar más orgulloso. Por primera vez en su vida, sintió otra emoción que no era la ira, además del deseo de venganza. Por primera vez, no estaba ardiendo en deseos de destruir y matar y torturar a todo a su paso. En cambio, estaba experimentando una emoción que no entendía bien. Al pensar en todo lo que Thor había hecho, al pensar en cómo Thor había salvado su vida dos veces, se sintió más que orgulloso. Sentía preocupación por el muchacho. Sintió algo que podría ser amor. La emoción le aterraba, y Andrónico inmediatamente la invalidó, la empujó en lo profundo de su conciencia, incapaz de lidiar con eso. Era una emoción a la que no estaba acostumbrado, y era demasiado poderosa, demasiado abrumadora. En cambio, simplemente miró a Thor con una emoción mucho más segura, una que podía entender: orgullo por la victoria. Thor resultó ser un recurso mucho mejor de lo que pudo haber imaginado. Había puesto sus uñas largas sobre el hombro de Thor. "Hoy salvaste mi vida en el campo de batalla", dijo Andrónico. Thornicus estaba parado a su lado, con los ojos vidriados, contemplando la carnicería. Andrónico se preguntaba si Thor continuaría sirviéndole, si Rafi retiraba el hechizo. En el fondo esperaba que así fuera, esperaba que Thor hubiera llegado a amarlo también, en su propio derecho, como cualquier hijo a un padre. Secretamente esperaba que cuando Rafi retirara el hechizo, después de que hubiera pasado tiempo suficiente, Thor podría ser leal a Andrónico en su propio derecho, podría llegar a verlo como el verdadero padre que él era. Andrónico observó el daño, vio a todos sus hombres muertos, vio a todos los rebeldes del Imperio muertos, y sabía que le debía su vida a Thornicus. Eso fue algo que nunca había anticipado. Alrededor de ellos había gritos, mientras los hombres de Andrónico torturaban a cualquier soldado sobreviviente del Imperio que lo hubiese traicionado. Andrónico respiró profundamente, satisfecho con el sonido. Era hora de hacer pagar a todos los traidores, a enviar un mensaje a quien se atreviera a desafiarlo. Rómulo estaba huyendo y Andrónico no se detendría ante nada para

encontrarlo y acabar con él para siempre. Pero, primero, Andrónico tenía asuntos más urgentes. Se dio vuelta y levantó la vista y observó, a lo lejos a Highlandia, destruida por los rebeldes. Se quedó allí parado, con las manos en su cadera, viendo todo con disgusto. Highlandia habría sido suya; si no hubiese sido por Rómulo que lo atacó por la espalda, si no hubiese tenido que darse vuelta para perseguirlo, no habrían tenido que abandonar la ciudad. Andrónico hizo una mueca cuando se dio cuenta de los daños que Kendrick, Erec, y los otros habían hecho, matando a varios miles de sus hombres, mientras el ejército principal estaba distraído. Desde entonces habían huido, quién sabe dónde, probablemente de regreso a la seguridad de las montañas. Andrónico observó las montañas, pero estaba oscureciendo y sería muy difícil encontrarlos ahora. Sin embargo, por la mañana, los sacarían como comadreja y los mataría a todos. Con Thornicus a su lado, ahora todo era posible. "En la mañana, encontraremos y mataremos a quien sea que quede de tus antiguos amigos", declaró Andrónico. "Estoy a tu servicio, padre mío", dijo Thor. Andrónico se sintió apaciguado con esas palabras. Se dio vuelta y miró a Thornicus. "Tengo una gran deuda contigo". Nadie había salvado mi vida antes. Dime lo que puedo darte a cambio. Dilo. Cualquier cosa del Imperio será tuya". Thor se quedó mirando durante un largo tiempo, como si estuviera perdido en otro mundo y Andrónico se preguntaba si alguna vez le respondería. Después, finalmente, Thor habló suavemente: "El anillo de mi madre", dijo. Andrónico lo miró sorprendido. "Me lo robó uno de tus hombres", dijo Thor. "Quiero que me lo regresen". Andrónico asintió con la cabeza. "Lo tendrás". Andrónico chasqueó sus dedos, uno de sus generales llegó corriendo, y Andrónico le susurró al oído y lo empujó. El general se dio vuelta y corrió a ejecutar sus órdenes. "Lo encontrarán rápidamente, hijo mío", dijo Andrónico. "O el general morirá por la mañana". Thor asintió, complacido. "También torturaré y ejecutaré personalmente al hombre que te lo robó", dijo Andrónico. "No necesito que tortures ni mates a nadie", dijo Thor. "Sólo quiero recuperarlo". "Serán torturados y ejecutados, te guste o no", dijo Andrónico con firmeza. Es mi manera de ser". Pronto, va a ser tu modo de ser, también". Andrónico suspiró. "En la mañana, vamos a luchar y aplastar al resto de tu antiguo pueblo, y después nuestro reino estará completo. Uno al lado del otro, juntos, lo gobernaremos para siempre". Thornicus se volvió y

miró a su padre, y Andrónico sintió que estaba totalmente de acuerdo con él.

"No hay nada que yo atesore más, padre mío". \* Thornicus estaba acostado en el suelo, en la oscuridad de la noche, cerca de Andrónico y del resto de los soldados del Imperio, al lado de la fogata crepitante, sobre la fría tierra y piedras. Tuvo pesadillas. Thor se encontraba de pie en un campo abierto, atento, preparado para la batalla. Ante él había miles de hombres a caballo, y cuando miró más de cerca, notó que estaban sentados de una manera extraña, desplomados sobre un costado. Miró con más detenimiento aún, y se dio cuenta de que todos estaban muertos. Los cuervos se paraban sobre ellos, picándolos. Thor pasó con su caballo entre ellos y vio que todos eran hombres del Reino Occidental, todos eran grandes guerreros con los que una alguna vez había entrenado. Su corazón se quebrantó. Entre ellos, caminaba una sola persona, lentamente, para recibirlos. Una mujer. Ella era la mujer más hermosa que había visto, vestida con túnicas azules luminiscentes, y caminaba lentamente por el campo y extendió una mano hacia él.

"Thorgrin, mi amor", dijo ella. "Ven a mí". Thor entrecerró los ojos y se dio cuenta de que era Gwendolyn. Él montaba su caballo y trató de ir hacia ella, pero su caballo no se movía. Miró hacia abajo y vio que estaba atorado en el lodo. "Thorgrin", dijo ella. "Te necesito". Thor finalmente soltó a su caballo y se dirigió galopando a través de los campos hacia ella. Pero al alcanzarla, ella desapareció. Thor miró en torno y vio que ya no estaba en un campo de batalla, sino en un desierto abierto. Cabalgando hacia él iba un guerrero solo, adornado con armadura de oro, el sol era tan brillante que Thor tuvo que entrecerrar los ojos. Cabalgaron uno hacia el otro y se detuvieron a pocos metros de distancia uno del otro, Thor entrecerrando los ojos, tratando de ver quién estaba contra el resplandor del sol. "¿Quién eres tú?", gritó Thor. "¡Identificate!" "Soy yo, padre," dijo el orgulloso guerrero. "Tu hijo".

El guerrero se quitó su casco, mostrando su pelo dorado — pero la luz que brillaba detrás de él era tan fuerte, que Thor no pudo distinguir sus facciones. Thor se sintió cautivado por sus palabras, avergonzado de enfrentarse a él en combate. "¿Mi hijo?", preguntó sorprendido. "¿Cómo es posible?" Thor tiró su espada al suelo y se preparó para desmontar, para abrazar a su hijo. Pero el chico de repente levantó una lanza larga, gritó y se dirigió hacia Thor, con el objetivo de perforarle el pecho. Thor parpadeó y se encontró acostado de

espaldas, atado a un bote de remos, flotando en un vasto océano. El enorme vaivén de las olas lo hacía balancearse arriba y abajo, y él estaba agotado, sediento, mientras miraba al cielo. Mientras flotaba, vio un acantilado escarpado que apareció a la vista, en el borde del océano, con un castillo ubicado en la cima; vio un puente que lo llevaba a él, y en la parte superior, mirando hacia abajo, vio a su madre. De ella emanaba una luz azul brillante, y extendió una sola mano.

"Mi Thorgrin", dijo, "regresa a mí". Thorgrin trató de romper sus ataduras con todas sus fuerzas, para llegar a ella. Pero no pudo. "Me he alejado demasiado, madre", dijo él, débilmente. "No es demasiado tarde", dijo ella. "Tienes el poder para volver". "¡Madre!", gritó él, "no puedo desatarme. ¡Mis ataduras son muy fuertes!". "Sí puedes, Thorgrin", dijo. "Tú tienes la fuerza. ¡Tú puedes!" Thor luchó con todas sus fuerzas, y esta vez, algo cambió. Esta vez, escuchó cómo gemían sus ataduras de cuero, y finalmente se rompieron. Thor se acercó con su mano libre, y cuando lo hizo, su madre se inclinó hacia él. Por primera vez, tocó la mano de ella. Llevaba una fuerza diferente a todas las que había sentido en su vida. Allí estaba ella, sujetando su mano, levantándolo. Sintió una fuerza abrumadora infundiéndose en su cuerpo. Sentía que todas sus ataduras se rompían. Sintió que era levantado hacia el cielo, elevándose más y más alto, hacia el castillo de ella, hacia su hogar. "Madre", dijo él, muy aliviado.

Ella sonrió de nuevo. "Ya estás en casa, hijo mío. Ahora estás en casa". Thor abrió los ojos y se sentó con un sobresalto, mirando alrededor de él. Se sentía diferente por dentro. Nada había cambiado. Estaba amaneciendo, y a su alrededor estaban todos los soldados del Imperio, entusiasmándose poco a poco, preparándose para el día, para la batalla por venir. Thor alzó la mirada para ver a Andrónico aproximándose a él. Pero Thor ya no veía a los soldados del Imperio como colegas; y ya no veía a Andrónico como su padre. Ahora tenía una nueva perspectiva; tuvo un momento de claridad. Los vio como enemigos. Y vio a su padre como el enemigo que era. Andrónico se acercó, sonriendo y extendió su mano. Thor miró hacia abajo y vio el anillo de su madre. "Te lo prometí, hijo mío", dijo Andrónico. "Y siempre cumplo mis promesas". Andrónico se agachó y colocó el anillo en la mano de Thor. Al hacerlo, Thor sintió una inmensa fuerza corriendo a través de él. Thor también

tuvo claridad. Era Thorgrin, del Reino Occidental del Anillo. Era miembro de la Legión, leal a los MacGil, y estaba luchando para liberar al Anillo. Y todos estos hombres alrededor de él, eran el enemigo. Thor sacó su espada, y de repente salió corriendo. Andrónico estaba ante él y Thor estaba decidido. Era hora de matar a su padre.

# CAPÍTULO VEINTICINCO

Kendrick cabalgaba por la ladera escarpada de las tierras altas en el amanecer, en la espesa niebla, con la luz roja del primer sol inundando el valle, con Erec, Bronson y Srog a su lado y miles de hombres detrás de ellos, dirigiéndose a la división de los soldados del Imperio en el valle. Hasta ese momento, su estrategia de ataque relámpago había sido un éxito: habían atacado a Highlandia, acabado con una división de los hombres de Andrónico y habían buscado refugio en las montañas. Sin embargo, habían sido afortunados de que Rómulo hubiera atacado cuando lo hizo. Kendrick no sabía si podrían haber ganado en caso contrario, especialmente con Thor luchando al lado de Andrónico. Había desconcertado totalmente a Kendrick la imagen de Thor saliendo a caballo para enfrentarlo en la batalla. Le dejó un agujero en el estómago. ¿Cómo podría Kendrick posiblemente enfrentarse a su camarada, a su hermano de armas, en la batalla? ¿Qué habría hecho si Thor le hubiese atacado? ¿Qué le habían hecho a Thor para cambiarlo?

Kendrick no imaginaba que sería capaz de dañar a Thor. Claramente, Thor estaba bajo algún hechizo de Andrónico, de una fuerza oscura, y no era él mismo. Sin embargo, al mismo tiempo, Thor seguía siendo evidentemente más poderoso que cualquiera de sus hombres, y Kendrick se estremeció al pensar que tuviera que enfrentarse muy pronto a él en la batalla — o arriesgarse a perder a sus hombres. Por ahora, al menos, eso no sería un problema: Los hombres de Kendrick habían identificado a una división solitaria de las tropas del Imperio acampando al otro lado del valle, unos mil guerreros, aislados del resto del campamento del Imperio. Cabalgaban al amanecer con sigilo y sorpresa, miles de los hombres de Kendrick preparados para atacarlos rápidamente y con fuerza, y luego retirarse de vuelta a las montañas. Kendrick y sus hombres todavía eran superados en número, pero no le temían a un número mayor, siempre y cuando las probabilidades fueran cercanas y mientras no tuvieran que pelear contra todo el ejército del Imperio a la vez. Kendrick no sabía cuánto tiempo podría durar esta estrategia. Pero si podía acabar con una pequeña división de las tropas del Imperio a la vez, él creía que eventualmente podía ganar esta guerra. Cuando se enfrentaban a un rival

mayor en tamaño y fuerza y en cantidad, a veces el sigilo y la astucia y retirándose selectivamente era la forma más efectiva para luchar, pensó él. El sonido de los cascos de los caballos resonaba en los oídos de Kendrick, junto con el sonido metálico de la armadura; mientras cabalgaban, sentía el viento fresco de la mañana en su pelo y su mano apretaba la empuñadura de su espada. Finalmente levantó la niebla matinal, revelando a sus hombres y delatando el elemento sorpresa. Pero al menos habían llegado hasta este lejano lugar. Kendrick y sus hombres soltaron un gran grito de guerra mientras se acercaban de manera amenazante, a escasos noventa metros de distancia. Los hombres del Imperio, sobresaltados, se dieron vuelta y miraron con terror al verlos y escucharlos bajando a toda velocidad de la montaña. Su primer impulso fue huir, y varias docenas de soldados del Imperio en las líneas del frente y retrocedieron, llenos de pánico. Pero pronto se organizaron cuando los comandantes endurecidos del Imperio avanzaron y reunieron a sus hombres. Ensamblaron rápidamente una fuerza de combate y estuvieron listos para enfrentarlos. Kendrick, Erec, Bronson, Srog y los demás no les dieron una oportunidad. Cabalgaron más rápido, y con sus lanzas, los recibieron en un gran choque de armaduras. El sonido de acero contra acero llenaba el aire. Se escuchaban gritos de hombres matando a otros hombres y caían cuerpos, sobre todo del lado del Imperio, los hombres de MacGil bajaban la ladera de la sierra a toda velocidad, como una tormenta repentina. La inercia les llevaba al grueso del campamento del Imperio, causando gran destrucción, matando hombres a diestra y siniestra, mientras todos intentaban ponerse sus armaduras, tomar sus armas, montar sus caballos. En pocos minutos, varios cientos de soldados del Imperio estaban muertos o heridos y mientras Kendrick y sus hombres continuaban yendo a la carga, parecía como si nada los pudiera detener. Kendrick se sintió seguro de que podrían acabar con toda esta división y volver a las montañas antes de que el primer sol de la mañana apareciera en el cielo.

De repente, Kendrick sintió que las patas de su caballo se hundían por debajo de él y cuando su caballo se derrumbó, Kendrick cayó con fuerza, de bruces, sobre la tierra. Su armadura sonaba mientras él rodaba y rodaba. Erec, Bronson y Srog rodaron en el suelo junto a él. Sin aliento, Kendrick se dio vuelta y miró hacia atrás, preguntándose qué había pasado. Kendrick encontró

al culpable: sin saberlo, los hombres del Imperio habían puesto una cadena de púas larga, y habían tirado de ella con fuerza, cortando las patas de su caballo por debajo de ellos y haciendo que se estrellaran en el suelo. Los hombres del Imperio empleaban adiestramiento experto. Kendrick se había confiado demasiado en la batalla y había subestimado a su oponente. Una espada bajó hacia su cabeza, y Kendrick levantó su escudo justo a tiempo, cuando decenas de hombres del Imperio se arremolinaron a su alrededor. Él bloqueó los golpes, rodó y giró y cortó las piernas de los soldados, haciéndoles caer al suelo junto a él. Kendrick se puso de pie rápidamente, esquivando los golpes, usando su escudo mientras se defendía de varios soldados del Imperio. Se estaban acercando rápidamente y junto a él, Erec, Bronson, Srog, y los demás estaban luchando cuerpo a cuerpo, también. Kendrick apuñaló a un soldado, y mientras se desplomaba, Kendrick arrebató un mayal de su cintura. Lo levantó por lo alto y lo blandió en un gran círculo sobre su cabeza, aplastando a muchos de los soldados del Imperio en el pecho y la cara, derribándolos, y creando un amplio perímetro alrededor de él y los otros hombres. Les dio un respiro. Mientras Kendrick luchaba con fuerza, se volvió y buscó a sus hombres, buscó refuerzos, preguntándose por qué tardaban tanto. Pero cuando miró, se dio cuenta de que sus hombres estaban ocupados también: la división del Imperio estaba recibiendo refuerzos y las tropas estaban llenando el valle por todos lados. Sus hombres se estaban retrasando, incapaces de llegar a él. Ahora la fuerza estaba volviendo hacia el otro lado el curso de la batalla, aunque se veía bien antes, ahora empezaba a ir contra ellos. Kendrick luchaba con ambas manos, ya estaba agotado, las probabilidades empeoraban. En el horizonte, mientras la niebla se levantaba, vio todavía a más tropas del Imperio, a miles más, llegando para reforzar a los demás. Los superaban en número muchísimo más de lo que pensó. Ésta no era una división aislada del Imperio después de todo, sino parte de un batallón mucho más grande. Allí de pie, manteniéndose firme en posición, él y Erec y Bronson y Srog luchaban con todo su corazón, matando a sus atacantes, combatiendo uno por el otro, protegiéndose unos a otros. Pero Kendrick ya sabía en su corazón que había cometido un grave error al venir aquí. Ellos fueron ampliamente superados en número, y las probabilidades estaban empeorando. En poco tiempo, su ejército sufriría su derrota final. \* Godfrey cabalgó ante sus miles de hombres, Akorth

y Fulton junto a él, su general silesio detrás de ellos y miles de hombres de MacGil le seguían. Godfrey no tenía ni idea por qué estos hombres le estaban siguiendo, o por qué habían confiado en él — ni por qué su hermana Gwendolyn lo había hecho. Él no era un soldado. No era un guerrero valiente, como los demás. Usaba su ingenio para sobrevivir, y eso era todo. La táctica de Godfrey había funcionado allá, les había salvado del ataque inicial del Imperio. Había sido el mejor oro que había gastado. Pero su suerte había llegado a su fin, y sabía que finalmente debería enfrentarse a la batalla. No podría evitarlo durante tanto tiempo. Y él sabía que en la batalla, la batalla real, finalmente el ingenio no podría llevarlo tan lejos. También necesitaría habilidades para el combate. Y eso le faltaba bastante. Godfrey tenía el corazón, por lo menos. Cabalgó hacia adelante, a pesar de sus temores, guiando a estos hombres, decidido a encontrar a Kendrick y a Erec y a los demás y hacer lo que pudiera para ayudarlos. Él sabía que probablemente moriría por esta causa. Pero ya no le importaba. Sintió que ya era hora de que hiciera algo en su vida que no se tratara solamente de él mismo. Ya era hora de pelear en la misma forma que lo hacían los demás — aunque eso significara perder. Mientras cabalgaba, Godfrey se asombró por la confianza en sí mismos que parecían tener los otros soldados. Tenía que admitir que él se sentía abrumado por el miedo. Pero por lo menos continuó cabalgando de todos modos, siguió marchando.

Godfrey llegó a una colina, reconociendo el lugar descrito por su informante. Sus espías les habían pagado a los hombres del ejército de Tirus, y éstos le habían dicho lo de liberación de los hombres de Kendrick. Les había pagado a los informantes durante todo el camino, para que le mostraran a dónde habían ido Kendrick y Erec. Y él les había estado siguiendo desde entonces. Realmente esperaba que sus informantes le hubieran dicho la verdad. Godfrey siguió las huellas de un enorme ejército hasta la colina y se preguntaba hacia dónde iban y por qué. Todo este trabajo era agotador. Daría cualquier cosa por beber una cerveza ahora, y por hacer una fogata para descansar sus pies a un costado. Cuando Godfrey llegó a la cima de la colina al crepúsculo, estaba sin aliento. Él había cabalgado toda la noche para alcanzar a Kendrick y a Erec, y ahora, finalmente, al llegar a la cima, se detuvo y miró hacia abajo al valle que se extendía por debajo de él. Sintió un

agujero en el estómago ante lo que vio. Ahí, abajo, estaban Kendrick, Erec, Bronson y Srog, con miles de hombres de Los Plateados y de los soldados de MacGil y silesios y McCloud, todos rodeados por el Imperio y luchando por sus vidas. Todos estaban rodeados de los hombres del Imperio y llegaban miles más. Godfrey estaba sentado en su caballo, respirando con dificultad, paralizado por el miedo. Estaba aterrado. Todos los hombres que amaba estaban a punto de ser asesinados ante sus ojos, y lo que quedaba de sus ejércitos sería aniquilado. "Señor, ¿ahora qué?", preguntó su general. "No podemos atacar. Nos superan ampliamente en número. Eso sería un suicidio". "Vamos a retirarnos", dijo Akorth. Fulton asintió con la cabeza. "Estoy de acuerdo. Salvemos nuestras vidas. De todos modos no podemos ayudarlos". Pero Godfrey no se dejaría influenciar; el antiguo Godfrey se habría encogido de miedo y se habría escabullido. Pero ya no. Ahora estaba decidido. Godfrey miró a su alrededor con ansiedad, desesperado por encontrar una manera de ayudar. Él no podía dejar que su hermano muriera ahí; sin embargo tampoco quería ir a una muerte segura. Estaba desesperado por encontrar otra solución. Vamos. Godfrey convocó a su ingenio, hasta la última gota de su inteligencia. Siempre había tenido un don para encontrar otra solución cuando otros no podían, para dar un paso atrás y obtener una vista panorámica de la situación e idear una solución en la que nadie había pensado. Al observar las cimas de las montañas, de arriba a abajo, de repente, vio algo. Su corazón se aceleró, se le ocurrió una idea. Godfrey señaló. "¡Allí!", gritó. Akorth y Fulton siguieron su dedo, desconcertados. "¿Ahí qué?", preguntó Akorth. "¿Qué está señalando?", preguntó Fulton. "¿Una roca?". Godfrey meneó la cabeza, molesto. "¡Allí!", dijo con más firmeza, señalando. "¡En esa colina!". Akorth y Fulton entrecerraron los ojos.

"Todo lo que veo es el rancho de un peón de campo, mi señor", dijo el general, "y una manada de toros". Godfrey sonrió. "Exactamente", contestó él. Godfrey miró por la ladera el campo de batalla, y luego miró a los toros en la cima. "No estarás pensando lo que creo que estás pensando, ¿verdad?". Akorth le preguntó a Godfrey. "Debe haber al menos mil toros allí", dijo Godfrey. "Muchos de ellos parecen infelices. Están ansiosos de ser liberados. Y tengo la intención de ayudarlos. Godfrey miró al campo de batalla que estaba abajo, a la pendiente escarpada y pensó que si pudiera soltar a esos toros, si pudiera

hacer que bajaran, con furia, hacia el caos, no tendría límite el daño y la confusión que causarían. Sería una enorme distracción. Y eso era exactamente lo que necesitaba Kendrick y sus hombres en este momento. "¡Es una locura!", dijo el general. "Un plan alocado. Para muchachos

soñadores — ¡no para comandantes militares!". Godfrey se volvió hacia su general. "Preferiría a un muchacho soñador que a un comandante militar, cualquier día. ¡A LA CARGA!", gritó a sus hombres. Godfrey sacó su espada y gritó mientras avanzaba, corriendo hacia la manada de toros, con la espada en lo alto, preparado para enviarlos como sus emisarios al campo de batalla.

# CAPÍTULO VEINTISÉIS

Reece, O'Connor, Elden, Indra, Conven, Serna y Krog habían seguido a Centra, mientras él caminaba rápidamente por la base del Cañón, con sus pies embarrados en el fango al ir zigzagueando entre los árboles exóticos, con hojas de color naranja y azul turquesa brillando entre la luz del sol apagado. Los pies de Reece se pegaban conforme caminaban, haciendo que cada paso fuera un esfuerzo, y de vez en cuando había otra fuente termal que hacía erupción allí cerca, arrojando vapor y barro en el aire, llovían pequeños copos de barro y se pegaban a él. La cara y la piel de Reece ya estaban cubiertas de barro y con un residuo salado que se pegaba a todo. Se sintió apelmazado en capas, sentía que necesitaba darse un baño, como si se estuviera convirtiendo en parte de este paisaje de barro y que nunca volvería. Ruidos extraños llenaban el aire, poniendo continuamente a Reece al límite. Recordó su encuentro con el monstruo y se preguntó qué más podría haber aquí. Si no fuera por Centra, seguramente estarían muertos. ¿Quién había oído hablar de un monstruo con un corazón en su pie? Miró con recelo, su visibilidad era limitada entre los árboles y la niebla, y no pudo evitar preguntarse qué otros peligros acechaban por aquí. Reece pensó en la Espada y se asomó al suelo del Cañón, siguiendo el siniestro rastro dejado por Faws. Cuanto más lo seguían, más se preguntaba acerca de estas personas, de estos carroñeros, que se la habían llevado. Se preguntaba qué fuerza tenían, siendo capaces de arrastrarla y se preguntaba para qué la querían. Peor aún, se preguntaba cuán poderosos eran, dado que habían sobrevivido aquí, en medio de todas estas criaturas. "Quizás estos Faws entenderían razones y nos devolverían la Espada", dijo O'Connor en voz alta. "Después de todo, saben que no es de ellos". Centra resopló, sacudiendo la cabeza. "Los Faws no son exactamente de los que escuchan razones". "Tal vez podemos intercambiarla por algo", dijo O'Connor. "Lo único que querrían intercambiar, sería tu cabeza en un palo", dijo Centra. O'Connor se quedó callado. "Estamos entrando en el otro extremo del Cañón", dijo Centra. "¿Han notado cuántos manantiales más hay? Los terremotos también son más frecuentes aquí. ¿Han notado las grietas en las paredes del Cañón? Tenemos temblores menores..." Reece intentó

ignorar a Centra. Centra no había dejado de hablar desde que se conocieron; evidentemente, este hombre estaba solo, desesperado por compañía. Durante todo el camino, les había puesto al tanto de todos los detalles acerca del fondo del Cañón, del clima a la geografía, de las estaciones del año, a todos los animales e insectos y gente que vivían aquí. Reece se estaba impacientando. Lo que quería saber específicamente era acerca de la tribu que había tomado la Espada. "Cuéntanos más sobre los Faws", dijo Reece, interrumpiendo a Centra. Centra se volvió hacia él, como si estuviera sorprendido al ser interrumpido. "¿Qué quieres saber?". "Todo". Centra suspiró. Movi6 la cabeza, mientras continuaba caminando r6pidamente, siguiendo las pistas que Reece no pod6a descifrar. Reece esperaba que Centra supiera ad6nde se dirig6a. Sintió la premura del tiempo; ten6an que conseguir la Espada y regresar tan pronto como pudieran. La vida de su mejor amigo depend6a de ella. Descender aqu6a hab6a sido mucho m6as dif6cil de lo que Reece podr6a haber imaginado. "Los Faws son los m6as feroces de todas las criaturas que hay aqu6a abajo. Incluso el monstruo que luch6 all6, se alejar6a de ellos. Reciben mucho respeto, y nadie entra en su territorio. Siempre me quedo en mi lado del Cañ6n y nunca entro en su territorio cuando voy de cacer6a". "¿Son tan feroces?", pregunt6 Elden. "Individualmente, no", dijo Centra. "Pero s6 en conjunto. Ver6as, andan juntos, como las abejas, y pelean como si fueran uno solo. 6sa es su gran fuerza. Son un6nimes. Y son demasiados. Llegan a algo juntos y se acab6. Est6 terminado". "¿Entonces no son grandes y fuertes?", pregunt6 O'Connor. Centra se r6o. "No. Todo lo contrario. De hecho, son bastante pequeños. Pero no subestimes a tu oponente por su aspecto. ¿No es la primera ley de la batalla?". Hubo un gemido y Reece se volvi6 y vio a Krog, siendo llevado entre Elden y O'Connor, gritando de dolor. Se desplom6 hacia abajo, y lo pusieron en el barro. Parec6a delirante. "D6jenme", dijo 6l. "No puedo seguir". Reece se acerc6 y se arrodill6 a su lado, examin6ndolo. Estaba sudando profusamente y muy p6lido. Reece se inclin6 y coloc6 una mano sobre su cabeza, y estaba ardiendo al tacto. "No abandonamos a nadie", dijo Reece. "Eso ya te lo hab6a dicho". Krog frunci6 el ceño. "Yo en tu lugar te dejar6a", respondi6 Krog. "Yo no soy t6", respondi6 Reece. Indra lleg6 y se puso encima de 6l. "D6jalo aqu6, si quiere", dijo fr6amente. "Yo, por mi parte, puedo prescindir de 6l". "Nadie se queda", repiti6 Reece. "¿Olvidas c6mo se ha

comportado? Nos ha desafiado en todo momento", dijo ella. "Además de que nos hará aminorar la marcha y nos estorbará".

"Nadie", repitió Reece, enfáticamente. "No me importa quiénes sean o qué hayan hecho. No se trata de ellos; sino de nosotros. Es nuestro código de honor. Si lo perdemos, perdemos todo". Indra se aplacó mientras el grupo se quedaba en silencio, mirando hacia abajo a Krog. "Pues no seguiré", dijo Krog, retorciéndose. "¡No puedo!". "Es una horrible herida, ¿cierto?", preguntó Centra, acercándose. Él empujó a un lado a Reece y se arrodilló ante Krog. Sacó el paño que tenía Krog en la pantorrilla, revelando una profunda, negra y supurante herida que le dejó el impacto del árbol. Él retrocedió. "Sin duda, es horrible", dijo Centra. "Morirá en un día, a este ritmo. Debieron habérmelo dicho. Todo lo que necesita es Lodo de Azufre. No lo curará del todo, pero le quitará el dolor y le hará sentirse mejor. Sujétenlo de los pies y síganme". "¿Está fuera del camino?", preguntó Indra. "No mucho", dijo Centra, mirando hacia atrás y hacia adelante entre Reece e Indra, inseguro.

"Llévanos allí", ordenó Reece. Siguió a Centra mientras él cambiaba de dirección, zigzagueando entre los árboles, arriba y abajo de las colinas, hasta que finalmente llegaron a un gran montículo de barro burbujeante. Silbaba, y una niebla salía de él. Centra se acercó, agarró una bola de barro y la aplicó como un bálsamo en la pierna de Krog. Krog inmediatamente se sintió reanimado. Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendido, y en pocos momentos, pasó de estar tirado entre los otros a pararse derecho él mismo. Incluso dio un paso él solo. Luego otro más. Cojeaba, pero estaba caminando. Y a juzgar por la sonrisa en su rostro, ya no tenía dolor. "¿Cómo lo hiciste?", preguntó Krog. "El barro no durará mucho", dijo Centra. "Pero será suficiente para sacarte de aquí. Cuando sus efectos desaparezcan, estarás peor que antes. Esperemos que podamos encontrar esa Espada y que se vayan de aquí rápidamente". Todos se dieron vuelta y siguieron a Centra mientras él entraba y salía de las colinas de barro, retomando su antiguo sendero.

Mientras Reece caminaba, Krog se acercó a él, cojeando. "Me ayudaste", dijo Krog. "¿Por qué?". "¿Por qué?", preguntó Reece. "¿Por qué no habría de hacerlo? "Eres un extraño", dijo Krog. "No estoy seguro si me caes bien o no. Quisiera que me hubieras dejado allí. Entonces habría sido más fácil odiarte". Reece frunció el ceño, confundido. "¿Quieres darme las gracias?", preguntó

Reece. "Creo que sí, a mi manera", dijo Krog. "Pero eso no quiere decir que me agrade". Reece meneó la cabeza, no entendiendo en absoluto la forma de pensar de Krog. "Pues, de nada", dijo Reece, terminando su extraña conversación. Reece vio que el cielo oscurecía alrededor de ellos y comenzó a preocuparse. ¿Qué pasaría si tuvieran que acampar aquí? ¿Serían capaces de rastrear a los Faws en la oscuridad? "Es justo detrás de la colina", gritó Godfrey con entusiasmo.

Todos se dieron vuelta y miraron. "Pueden oír el zumbido desde aquí", continuó diciendo Centra. "Ese es el principal campamento de los Faws. Y allí es adonde se llevaron la Espada. ¿Ven la pista?". Todos se juntaron alrededor y Reece vio sin duda el camino, subiendo la colina de barro. También escuchó el zumbido. Sonaba como un enjambre de abejas interminable. "Pero les digo que no tiene sentido intentar entrar en su territorio", continuó diciendo Centra. "Tienen muchos trucos. No pelean limpio. "No podrán ganar". "Lucharemos contra cualquier enemigo que se interponga en nuestro camino", dijo Reece con seguridad. "Si estás preocupado, puedes dejarnos ahora. Y te damos las gracias por tu ayuda". Centra meneó la cabeza. "Tonto hasta el final", dijo. Él sonrió. "Eso es lo que me gusta escuchar. Finalmente, alguien está tan loco como yo. Sígueme". Todos ellos siguieron a Centra hasta la gran colina, cada uno se deslizaba y resbalaba al caminar, las palmas de las manos de Reece estaban cubiertas de lodo. Cuando estaban sin aliento y a Reece empezó a dolerle el estómago por el esfuerzo y por la falta de comida, llegaron a la cima. Reece se quedó allí parado con los demás y miraron hacia abajo, asombrados. Allí, en un amplio valle de barro, estaba el campamento de los Faws. Había miles de ellos, criaturas bajitas, delgadas, de color naranja, como de noventa centímetros de estatura, con tres largos y delgados dedos y ojos verdes, brillantes. Sus rostros tenían la forma de amplias sonrisas, mostrando sus dientes puntiagudos. Se apiñaban rápidamente, todos ocupados, llevaban cosas con sus manos, como un molino de hormigas obreras. Su pueblo estaba habitado por pequeñas cabañas primitivas, hechas de las hojas de estos árboles extraños, de color naranja y turquesa. En el centro de la aldea había un agujero en la tierra, tal vez de tres metros de diámetro, y dentro de ella, burbujeando, había fuego líquido. Silbaba y burbujeaba siniestramente, iluminando toda la aldea. Evidentemente su pueblo entero giraba en torno a

este extraño agujero de fuego derretido.

"¿Qué pasa?", preguntó Reece. "Lo adoran", dijo Centra. "Ellos son el pueblo de la lava. Creen que es por ello que su piel es de color naranja. Le rezan a la lava como si fuese un dios. Cada día sacrifican a otra persona en él. Es su forma favorita de matar a sus enemigos". Reece miró con detenimiento y allí, en la cima de un montículo grande, cerca de la lava, estaba la roca. Decenas de Faws se arrodillaron alrededor de él, tarareando y rezando, inclinándose ante él. Ellos tarareaban y la adoraban, como si fuese un dios. Y allí estaba la Espada, alojada en ella, brillando. El corazón de Reece se aceleró cuando la vio. "Nuestra espada", jadeó. "Pierden su energía al verla", dijo Centra. "Ya la perdieron como si estuviese en otro mundo. Nunca la van a recuperar. Una vez que los Faws tienen algo, es de ellos". Centra se dio vuelta hacia Reece y sujetó su muñeca, con una expresión seria. "Te lo digo, da marcha atrás ahora". Se escuchó el sonido repentino de una espada siendo desenvainada y Reece se volvió para ver a Conven, allí de pie, con la espada en una mano, mirando al pueblo desafiantemente. Reece se volvió y miró a Centra. "No regresamos por nadie, amigo mío". Reece también sacó su espada, y tan pronto como lo hizo, de repente, todo cambió. Se oyó el sonido de un chorro de agua, y Reece sintió que sus pies se tambaleaban, mientras miraba hacia abajo. "¡LODO!". Centra gritó, fue el primero en reaccionar, quitándose del camino de un salto. Pero no fue lo suficientemente rápido. Reece sintió que sus piernas eran derribadas debajo de él, y gritó, igual que los demás, ya que fueron atrapados de repente, en un gran río de lodo, haciéndolos volar por la colina, directamente hacia el pueblo, más rápido de lo que podrían reaccionar — y hacia los Faws. Cuando Reece miraba hacia adelante, vio aparecer a decenas de Faws, llevando una enorme red. Fue entonces que Reece se dio cuenta de que habían ocasionado el deslave, que ellos los habían estado observando todo el tiempo, que él había caído en una trampa. Y que él había subestimado al enemigo. Él debió haber escuchado lo que Centra le dijo, todo el tiempo. Pero ya era demasiado tarde. Se iba deslizando a toda velocidad con los otros, justo en el centro del campo y se preparó cuando la enorme red se los tragó a todos.



# CAPÍTULO VEINTISIETE

Thor se lanzó hacia Andrónico, con la espada desenvainada, con el objetivo de matarlo. Los ojos de Andrónico se abrieron de par en par por la sorpresa; evidentemente no esperaba esto de su hijo. Pero sus reflejos entraron en acción y mientras Thor iba a atacar, Andrónico lo esquivó, quitándose del camino justo antes de que la espada le pudiera atravesar. Thorgrin continuó yendo a la carga, directamente a la multitud de soldados desprevenidos del Imperio, matándolos a diestra y siniestra con un gran grito de guerra. Cortó y apuñaló a uno tras otro y pronto, los cadáveres se apilaban, y los soldados corrían para salir de su camino. Sobrevino el caos en el campamento. Los soldados del Imperio, confundidos, se apresuraron a ponerse las armaduras para contraatacar. Pero ellos no eran rival para Thor. Thor era una belleza, una máquina asesina llevada por una sola persona.

“¡MÁTALO!”, le gritó Rafi a Andrónico. “¿Por qué te quedas ahí parado?” Pero Andrónico se quedó paralizado, reacio a matar a su hijo. Por primera vez en su vida, no estaba seguro de qué hacer. Rafi, gruñendo de frustración, avanzó. Echó hacia atrás su capucha, extendió las manos y las levantó hacia Thorgrin. Una luz escarlata brotó de su mano y se arremolinó alrededor de Thor, abrazándolo. Rafi gritó, agitando sus manos violentamente, y la luz fue más y más fuerte. Finalmente, Thor, inmerso en el círculo de luz, ralentizó su matanza, después se detuvo y cayó de rodillas. Subió las manos a su cabeza, gritando, luego se desplomó y se quedó allí, inconsciente. Andrónico se acercó y se quedó parado cerca de él, junto con Rafi. A pesar de todo, le dolía ver a su hijo ahí tirado. “¿Lo mantuviste vivo?”, preguntó Andrónico. Fue más una advertencia que una pregunta. “A regañadientes”, respondió Rafi.

“¿Ya volvió a estar del lado nuestro?”, preguntó Andrónico, con esperanza. “Por ahora”, dijo Rafi. “Hubo un fallo en su voluntad. Tiene una voluntad muy fuerte, la más fuerte que he encontrado. No sé cuánto tiempo puedo controlarlo. Es peligroso mantenerlo con vida. Ya te lo había dicho. Debes matarlo ahora”. Andrónico meneó la cabeza. “Regresó a nuestro lado”, dijo él, “no volverá a fallar”. Rafi frunció el ceño. “Tu debilidad por tu hijo va a matarnos a todos. Te lo advierto: si no lo matas, entonces, algún día, lo haré

yo". Andrónico se dio vuelta hacia Rafi y enrojeció. "No me importa qué poder uses", dijo. "Si me vuelvas a hablar así, yo mismo te lanzaré hasta el anillo más bajo del infierno". Rafi se dio vuelta y se marchó. Andrónico, irritado, se quedó parado junto a su hijo, lo miró y quiso saber. ¿El amor de Thor hacia él era real? ¿O se debía al hechizo de Rafi? "¿Lo encadenamos, mi señor?", preguntó un general del Imperio, acercándose, sosteniendo unos grilletes. Andrónico empujó al general con fuerza en el pecho, derribándolo. "Mátenlo", ordenó Andrónico, señalando al general. Varios soldados del Imperio llegaron corriendo y se llevaron arrastrando al general del Imperio, quien lo miró, confundido. Andrónico se arrodilló, recogió a su hijo y se lo llevó cargando con cuidado en sus brazos. "Está bien, Thornicus", dijo suavemente, mientras se lo llevaba. "Ya estás con tu padre". Andrónico lo llevaría a la mejor tienda y le daría el mejor dormitorio. Estaba seguro de que el hechizo de Rafi duraría esta vez. Mañana sería la batalla final con la gente de Thor, y Andrónico lo necesitaba. Una vez que Thor hubiese matado a su gente, Andrónico estaba seguro de que no habría vuelta atrás. Thor sería suyo para siempre.

# CAPÍTULO VEINTIOCHO

Kendrick levantó su escudo y cayó sobre una rodilla, mientras le llovía golpe tras golpe. Él estaba en el fragor de la batalla, completamente rodeado por los hombres del Imperio, tres de ellos, grandes salvajes, atacándolo, y tirando su escudo con sus hachas de batalla y martillos. El anillo de metal resonó en sus oídos, y sus muñecas estaban magulladas mientras contenía los golpes, que llegaban uno tras otro. Eran violentos y sus brazos temblaban. Kendrick derrotó a muchos combatientes en este día, pero sus hombres eran superados en número por los refuerzos del Imperio. En este punto, sólo estaba aferrándose a su preciada vida; apenas tenía fuerzas para detenerse. Él sabía que no sería capaz de durar más tiempo. No muy lejos, Erec, Bronson y Srog también luchaban brillantemente, sin embargo, estaban en la misma situación: todos ellos se estaban cansando, cada vez estaban más rodeados por hombres del Imperio, incapaces de reunir fuerza y contraatacar. Ahora todos se estaban defendiendo solamente, luchando por sobrevivir. Alrededor de Kendrick, los hombres empezaban a caer, se escuchaban gritos: de los MacGil, de los Plateados, de los silesios y de los McCloud. El curso de la batalla se había vuelto contra ellos, y Kendrick momentáneamente cerró los ojos, sudando, y sintió que sus momentos estaban contados. Sabía que debería estar agradecido: al menos se había cumplido su deseo: moriría luchando, de pie, como un verdadero guerrero, defendiendo su patria. Sería una muerte noble, que desearía cualquier guerrero. Kendrick frenaba los golpes; pensó que había escuchado un ruido lejano; al principio pensó que lo estaba imaginando. Parecía un estruendo lejano, como una manada de caballos corriendo. Pronto se hizo más intenso. La tierra comenzó a temblar, después a moverse. Y entonces, se escucharon los gritos de los hombres. Pero no de sus hombres — de los hombres del Imperio. Alrededor de él, los soldados del Imperio comenzaron a girar y a huir. Pronto, los golpes cesaron de llover sobre Kendrick, mientras los hombres que luchaban contra él se dieron vuelta y corrieron.

Al principio, Kendrick estaba confundido. Se volvió para ver cuál era el alboroto, y miró hacia arriba en la ladera de la zona montañosa, y vio un

espectáculo que nunca olvidaría mientras viviera. Pestañeó varias veces, tratando de entender. Ahí, bajando por la empinada ladera de la montaña, había por lo menos mil toros, enormes animales rojos, corriendo hacia abajo, lívidos de cólera y dirigiéndose al grueso de los soldados del Imperio. Daban cornadas a diestra y siniestra, y el campo de batalla se volvió rojo por la sangre. Todos los soldados del Imperio en las afueras del campo de batalla, para su mala fortuna, fueron asesinados por los animales. Pero más animales bajaban corriendo y era una secuencia interminable, pisoteando a los hombres, yendo más y más adentro del campo de batalla, pisoteando a tantos soldados como podían. Algunos de sus hombres cayeron, también, pero, siendo tan superados en número, eran sobre todo del Imperio. Kendrick casi no lo podía creer: de todas las locuras que había visto en la batalla, esta tenía que la más loca. Les habían dado una oportunidad a todos. Mientras Kendrick miraba hacia el alba del segundo sol, vio otra cosa que le sorprendió aún más: allí, liderando a miles de soldados, estaba nadie menos que su hermano menor, Godfrey, flanqueado por Akorth y Fulton. Cabalgaban torpemente, como guerreros no acostumbrados a la batalla, pero todavía montaban, bajando rápidamente por la ladera, siguiendo a los toros y trayendo a miles de hombres con ellos. Kendrick sonrió. Su hermano había llegado, después de todo. Esta era la oportunidad que Kendrick había estado esperando, y estaba decidido a aprovecharla. Kendrick, junto con Erec, Bronson y Srog, se dieron vuelta y se dirigieron al Imperio, revitalizados, dando un gran grito de guerra. Detrás de él, reunidos todos sus hombres, el curso de la batalla cambió una vez más, mientras todos corrían hacia el grueso de los soldados del Imperio huyendo y se defendieron, matando a cientos, mientras hacían lo posible para esquivar a los toros. Los hombres de Godfrey se unieron a la batalla, y lucharon juntos, haciendo retroceder a los hombres del Imperio. Les persiguieron por todo el valle, matando hombres de izquierda a derecha. Pronto, lograron igualar las cosas, ya no eran minoría, como antes. En poco tiempo, claramente estaban ganando, superando incluso a los hombres del Imperio restantes. El corazón de Kendrick se aceleró de alegría cuando se dio cuenta de que iban a ganar esta batalla después de todo, gracias a Godfrey y a sus toros. Movié la cabeza mientras luchaba, sonriendo para sí mismo. Su hermano menor encontró una manera astuta de ganar esta guerra. Mientras perseguían a los hombres del

Imperio alrededor de una curva, terminando con los restos, se abrió un nuevo panorama y Kendrick repentinamente se detuvo, junto con todos los demás, por lo que vio. Allí, en el horizonte, cabalgando para enfrentarlos en la batalla, había todavía otra división de los hombres del Imperio. Había muchos miles más de los que Kendrick tenía. Sin embargo no fue lo que lo detuvo. Lo que le hizo detenerse, lo que le hizo parar de golpe, fue la persona que iba al mando. Allí, cabalgando al frente, con la espada en lo alto, iba el hombre por quien más se preocupaba en el mundo: Thorgrin.

El mayor temor de Kendrick se había hecho realidad: había llegado su hora de enfrentarse en la batalla.

# CAPÍTULO VEINTINUEVE

Gwendolyn caminaba asombrada por El Valle de las Almas Atrapadas, en el laberinto interminable de cuerpos congelados, con Alistair, Steffen y Aberthol a su lado, y Krohn a sus pies, gruñendo. Todos estaban nerviosos. Era el más extraño y desolado paisaje en el que Gwen había entrado. Cada seis metros más o menos, otra cápsula de hielo salía de la tierra, cada una como de tres metros de alto y lo suficientemente amplia como para contener un cuerpo. Eran translúcidos, y dentro de cada imp. Gwen vio un cuerpo congelado, mirando con una expresión de agonía. "¿Qué lugar es éste?", preguntó Steffen. "Todas son almas atrapadas", señaló Aberthol. "Destinadas a vivir el resto de sus días aquí". La voz de Aberthol se agitaba por el agotamiento mientras caminaba, apoyándose en su bastón, su sonido hacía un chasquido en el suelo congelado, era lo único que rompía el silencio. "Aparece en muchos de los libros antiguos. No sabía que existiera. Y nunca pensé volver a verlo en mi vida. Por otra parte, nunca pensé que aceptaría hacer un viaje como éste, a mi edad". "¿Pero quiénes son estas personas?", dijo Steffen, presionando. "Este lugar es una especie de purgatorio", dijo Aberthol, un lugar donde los de la raza mágica son traídos para ser atrapados. Castigados. Para cumplir su sentencia". "Pero, ¿por cuánto tiempo?", preguntó Alistair, mirando con asombro. Ella examinó una cara, de una chica joven, atrapada detrás del hielo, su cara estaba presionada contra la pared, con una expresión de tristeza. "Para algunos, podrían ser siglos", respondió Aberthol. "Su experiencia del tiempo es diferente a la nuestra". "¿Qué hizo Argon para merecer esa sentencia?", preguntó Steffen. Gwendolyn se sentía abrumada por la culpa, mientras sopesaba la pregunta. Ella había estado pensando exactamente lo mismo, pensando cuán culpable se sentía de que Argon estuviera aquí por su causa. Y cuán llena de gratitud estaba de imaginar que él arriesgaría todo, que correría el riesgo de ser puesto en este lugar, para salvar la vida de ella.

"Violó la ley sagrada", dijo Gwen suavemente a los demás. "Él interfirió en los asuntos humanos para ayudarme. "Me salvó la vida. Viendo esto, desearía que no lo hubiese hecho. Habría preferido morir en el campo de

batalla ese día, que verlo sufrir así". "No te culpes", dijo Alistair, colocando una mano en su hombro. "Recuerda, Argon también tuvo su propio destino. Tal vez fue su destino ayudarte". Gwen nunca había pensado en eso, y las palabras de Alistair, como siempre, le dieron consuelo. De cualquier manera, se sentía culpable y decidida a encontrarlo — y liberarlo. Corregiría los errores sin importar lo que tuviera que hacer. "No estará aquí para siempre", dijo Gwendolyn con firmeza. "Lo que se ha hecho, puede ser deshecho". Gwen se volvió hacia Aberthol. "¿No es así?", preguntó ella, esperanzada. "¿No se pueden liberar las almas atrapadas?". Aberthol suspiró y bajó la mirada, sombrío. "Nunca he sabido que liberaran a alguien del Valle de las Almas", dijo él. "No sé cómo es posible. Ni siquiera sé cómo lo van a encontrar". Gwendolyn se preguntaba lo mismo mientras todos marchaban a través del valle, más grande que cualquier cementerio que ella hubiera visto, con decenas de miles de figuras congeladas ante ellos, como monumentos a algún otro mundo. Era escalofriante e inolvidable. Un vendaval se precipitó, congelándola hasta la médula, y ella apretó más sus pieles. Gwen no podía ver ni siquiera dónde terminaba el valle, y podría tomar meses caminar por esta tierra. Ella estaba empezando a sentirse desesperanzada. No tenía ni idea de cómo encontrarían a Argon aquí. Por favor, padre, suplicó ella en silencio. Por favor, ayúdame. Gwen pensó en su padre, el rey MacGil, en cuánto la había amado, en cuándo lo extrañaba. Nunca se había sentido más sola. Ella deseaba que él pudiera estar a su lado, que él pudiera guiarla otra vez, que pudiera ayudarla. ¿Por qué había tenido que dejarla sola con todo esto? ¿Por qué no estaba allí para ayudarla ahora? Gwen escuchó un chirrido, arriba en el cielo, y miró con sorpresa a un pájaro solitario, dando vueltas. Al principio no pudo verlo bien, en medio de las nubes; pero luego bajó e hizo otro chirrido, y su corazón se aceleró cuando lo reconoció: era el ave de su padre. Estopheles. Estopheles bajó en picado, chirriando, rodeándolos. Ella bajó en picado, luego se elevó, dando vueltas y vueltas otra vez, y Gwendolyn sintió que ella estaba tratando de darles un mensaje. Ella voló hacia un lado, bajando y elevándose, extendiendo sus alas y Gwendolyn se sintió más segura de que estaba tratando de decirles algo. Que Estopheles estaba tratando de guiarlos hacia algún lugar. Gwen se emocionó cuando se dio cuenta: tal vez sus oraciones habían sido contestadas. Tal vez los estaba guiando hacia Argon.

Gwendolyn "Nos está diciendo algo", les dijo a los otros. Debemos seguirla". Gwendolyn se dio vuelta y se fue en otra dirección, siguiéndola. Ella se marchó rápidamente a través del valle, y los demás le siguieron. Ella miró al cielo, zigzagueando entre las cápsulas de hielo, entre todas las almas atrapadas. Miró las caras, los cuerpos, al pasar, cada cápsula sostenía una criatura más exótica. No todos eran humanos. Algunos de ellos eran de razas que nunca había visto. Había hombres y mujeres, jóvenes y viejos, en mantos y túnicas. Se preguntó qué habían hecho todos ellos para ser condenados y encarcelados aquí. Era como un vasto ejército de muertos vivientes. Sin embargo, en algunos aspectos, era peor que morir. Aquí, todos parecían estar atascados en un estado terrible — ni vivos ni muertos, tampoco. Gwendolyn caminó y caminó, el frío era tan intenso que le congelaba hasta los huesos. Ella sentía que aminoraba el paso, tenía hambre, agotamiento. Estopheles voló y voló, a veces se perdía de vista, y Gwen comenzó a preguntarse si se estaba imaginando todo esto, si estaba siendo dirigida al lugar correcto. Se preguntaba si esto terminaría alguna vez. Ella sintió un dolor intenso en su estómago, sintió su bebé, al bebé de Thor, dando vueltas y vueltas y se preguntó qué sería de ellos. Tuvo una visión de ella misma derrumbándose, siendo congelada por el hielo y nunca levantándose de nuevo, que nunca la encontrarían. Estopheles de repente chirrió, haciéndola reaccionar, y bajó en picado hacia un pedazo de hielo alrededor de la curva, tal vez a noventa metros de distancia. Ella aterrizó en la cima de una cápsula de hielo, se dirigió a Gwen y chirrió. Gwendolyn convocó a su última gota de energía, caminando hacia ella tan rápidamente como pudo, cuando de repente cayó de rodillas adolorida, y sintió una punzada horrible en el estómago. Gritó de agonía, apenas capaz de recobrar el aliento, pues sintió un intenso dolor. Ella respiró y respiró y sintió ganas de llorar, más por su bebé que por ella misma. Oraba para que él estuviera bien. Gwen sintió una mano reconfortante debajo de cada uno de sus brazos y vio a Alistair ayudándole por un lado y a Steffen por el otro. Aberthol jadeaba para recuperarse, varios metros atrás. Krohn se acercó y lamió su cara, gimiendo. Evidentemente, esta caminata había cobrado un precio tremendo en todos ellos. Todos parecían más muertos que vivos. Y Gwendolyn sentía tanto dolor, que casi deseaba estar muerta. "¿Te encuentras bien, mi señora?", preguntó Alistair. Gwendolyn se aferró a ella con fuerza, esperando que el dolor

pasara, para poder respirar de nuevo. Finalmente, poco a poco, lo logró. Alistair había cubierto un brazo sobre su hombro, y comenzaron a caminar de nuevo. Conforme Gwendolyn daba un paso tras otro, yendo por los campos, poco a poco el dolor fue desapareciendo. Levantó la vista y vio a Estopheles en el horizonte y estaba decidida a llegar allí. Finalmente, zigzagueando entre las cápsulas, llegaron a donde estaba encaramada Estopheles. Se sentó allí con orgullo, extendiendo sus alas, chirriando hacia ellos. Gwendolyn permitió que sus ojos se cerraran, su corazón se aceleró con expectación, y palpité rápidamente cuando vio quién estaba atrapado dentro. Allí parado, dentro del hielo, con los ojos cerrados, las manos a sus costados, estaba Argon. Apenas podía respirar. Ella lo había encontrado. Gwen se acercó más, hasta que estuvo a 30 centímetros de distancia y lentamente estiró la palma de su mano y tocó el hielo. Sintió la helada energía corriendo a través de ella. Una lágrima rodó por su mejilla mientras miraba hacia arriba y veía a Argon con los ojos cerrados, con su cuerpo congelado. Argon, era una de las personas más poderosas que había encontrado. Asesor de los reyes durante siglos. Ahora, relegado a esto. Gwen sintió horrible de verlo así, como un animal atrapado — y todo por su culpa. "¡Argon!", dijo ella. "¡Contéstame!". La voz de Gwen estaba llena de dolor. Mientras lloraba, ya no sabía si era por Argon, o por su hijo por nacer, o por su padre, o por Thorgrin o por ella misma. El dolor la envolvió y ella ya no podía pensar con claridad. Argon no respondió. Ni siquiera se movió. Parecía congelado para siempre. "Debes volver con nosotros", dijo ella. Aún no le respondía. Solo estaba allí parado, congelado, como si estuviera perdido en otro mundo. "Argon, ¡te necesito!", dijo ella, con más desesperación. El Anillo te necesita. Thorgrin te necesita. Por favor. Háblame". Gwendolyn presionó su cara contra el hielo, lo agarró con ambas manos, y al hacerlo, sintió que su bebé se daba vuelta una y otra vez. Aun así, no pasó nada. Parecía que había perdido a Argon para siempre. ¿Había cometido un error al venir aquí? Gwen, decidida, dio un paso atrás y sacó su espada de su cinturón. La levantó por lo alto y cortó el hielo con todas sus fuerzas, decidida a liberarlo. Pero simplemente rebotó inofensivamente, el hielo ni siquiera se astilló. Steffen, después de su entrada, dio un paso adelante y le disparó varias flechas. Pero todas rebotaron sin causar daño. Gwendolyn volteó hacia Alistair, desesperada. "Haz algo", suplicó. "Eres una

druida. Tienes poder. He visto tu poder". "¿Qué quieres que haga?", preguntó ella. "Rompe la cápsula. Derrite el hielo. ¡Haz algo!". Alistair dio un paso al frente, cerró los ojos y extendió su mano. Ella murmuró algo en un idioma que Gwendolyn no entendía, con un zumbido bajo y dirigió su mano hacia el hielo. Salió de su palma una luz amarilla, hacia la cápsula de hielo. Pero para sorpresa de Gwen, rebotó, y la luz desapareció pronto. Alistair retiró su mano, como si le picara. "Lo siento", dijo Alistair. "Estas son las fuerzas más poderosas que he visto.

Son mucho mayores que yo". Gwen se quedó allí, mirando, devastada. Había venido hasta aquí para nada. No había nada más que podía hacer. Argon estaba atrapado para siempre. Y ella nunca sería capaz de liberar a Thor. Estopheles chilló, batió sus alas y despegó hacia el cielo. Pronto, ella también desapareció. Gwen sintió que su vida escapaba de ella. Gwen, débil por el agotamiento, en el extremo de la cuerda, cayó de rodillas, ante la cápsula de hielo. Cerró los ojos y oró. Dios, si me oyes, te lo ruego. No a Argon. No a la tierra. No al cielo. No a muchos dioses. Sino a ti, y solamente a ti. Solamente hay un Dios, y me dirijo a ti ahora, en mi momento de necesidad. Te ruego, te suplico, libera a Argon. Llévame a mí, en su lugar. Solo libera Argon. Y salva a Thorgrin. Gwendolyn se arrodilló ahí, con sus ojos cerrados, muy callada y sin moverse, temblando. La tierra estaba muy tranquila y en silencio, solo se oía el aullido del viento pasando.

Entonces, lentamente, empezó a oír una voz débil dentro de su cabeza. Gwendolyn, Dios te ha escuchado. Era la voz de Argon. Gwen abrió los ojos y miró a Argon. Se quedó allí, congelado, inmóvil, con los ojos cerrados. "¿Escuchaste eso?", le preguntó Gwen a Alistair. "¿Escuchar qué?", preguntó Alistair. Gwen se dio cuenta de que nadie más lo había escuchado. Era una voz sólo para ella. ¿Se estaba volviendo loca? ¿O fue real? Gwen inclinó su rostro y sus manos contra el hielo, cerró los ojos y escuchó. Ahora estoy perdido en otro mundo, le dijo Argon. Puedo ser liberado, pero sólo por un gran precio. Tu vida no será el precio. Sino la vida de alguien muy cercano a ti. Ya sea la vida de tu futuro marido, o la vida de tu hijo. ¿A quién eliges? Gwendolyn comenzó a sollozar, abrumada por el dolor. "¿Cómo puedo hacer una elección así?", dijo ella. Todo cuesta un sacrificio.

Gwen cerró los ojos, llorando, y poco a poco, se quedó muy callada y no

se movió. Tuvo que elegir. Tenía que intentarlo. En su interior, ella hizo su elección. Aunque era agonizante, respondió tranquilamente, en su mente. Hubo un crujido repentino, y Gwen abrió los ojos y miró hacia arriba, atónita. Ella estaba parada y dio un paso atrás, mientras el hielo en el que había estado, empezó a cuartearse en sus manos. La cápsula de hielo empezó a cuartearse, en cientos de lugares, alrededor de Argon. Pronto, se rompió y cayó al suelo. Gwen se quedó allí, muda, mientras observaba. Todos caminaron asombrados, mientras el chasquido era más fuerte. Pronto, el hielo había desaparecido. Nada se interponía entre ella y Argon, quien estaba allí parado, con las manos a los costados, muy quieto. Sus ojos se abrieron. Él la miró, con una luz intensa que nunca había visto. Era como mirar el sol. Argon había regresado. No lo podía creer. Argon estaba vivo.

# CAPÍTULO TREINTA

Godfrey se dirigió al combate con un gran grito de batalla, Akorth y Fulton junto a él, y miles de sus hombres justo detrás. Imprudentemente llegó al corazón del peligro, siguiendo a los toros, a Kendrick, Erec, Bronson y Srog, decidido a ayudarles. El corazón de Godfrey se aceleró de miedo, pero estaba orgulloso de sí mismo por no darse la vuelta. Nunca había sentido tanto miedo en su vida; todo a su alrededor se volvió borroso, y pudo sentir su propio sudor rodar por su mejilla. Si así es como se sentía la batalla, él la odiaba. No quería volver a experimentarlo nunca. Para él era como un estado controlado de pánico. Sus manos temblaron cuando levantó una espada con una mano y se dirigió hacia el enemigo, gritando más para encubrir su propio miedo. ¿Por qué los hombres se ponían este predicamento?, se preguntaba. Él preferiría volver a casa, beber una cerveza, perseguir mujeres y burlarse de los otros guerreros que desperdiciaban sus días en el campo de batalla. A pesar de todo, ahí estaba. Cabalgaba junto a todos ellos, precipitadamente en un torbellino de caos, esperando en cualquier momento ser derribado de su caballo y morir. Por primera vez en su vida, no le importaba. Por primera vez en su vida, sentía que era parte de algo más grande que él, más grande que sus temores. Por primera vez, realmente se dejó llevar. Estaba siendo superado por un sentimiento de abandono, y lo ayudaba a seguir adelante. Godfrey, esquivando a los toros, había rodeado la curva, y al hacerlo, su miedo se intensificó, cuando una gran división de los hombres del Imperio apareció ante él, a una velocidad que lo cegaba. Él tragó saliva. Godfrey había hecho bien su trabajo en la liberación de los toros, y le sorprendió que su loco plan hubiese funcionado tan bien como lo hizo. Pero cuando esa nueva división del Imperio se acercó, sintió que todo había sido en vano. De todos modos estaban a punto de morir a manos de esta inmensa fuerza superior, eso estaba claro. Lo que más le asustaba era ver a la persona que iba al mando. Eso debilitó sus rodillas. Allí, ante él, había un hombre que él consideraba como a un hermano. Thorgrin. Godfrey no lo podía creer: Thor iba directamente hacia ellos. Parecía poseído, más grande y más fuerte que nunca, dirigiéndose a ellos con una fuerza cegadora, con una espada que Godfrey no reconocía. Tenía las

marcas del Imperio, y Thor la blandía como si estuviera viva. Cabalgaba como si llevara alas. Godfrey se preparó, cuando se dio cuenta de que iba en el camino de Thor. ¿Por qué él, de todas las personas? "¡Thor!", Godfrey gritó al acercarse más, esperando tal vez que Thor los reconociera, que bajaría sus armas, que se iría por otro lado. Pero no funcionó. La mirada de Thor parecía estar poseída, y se dirigió hacia él. Godfrey levantó su escudo con ambas manos, preparándose para un golpe terrible. Thor se acercó de manera amenazante hacia él y levantó su espada por lo alto, con el ceño fruncido y Godfrey sabía que estaba acabado. Godfrey se puso tan nervioso que se estremeció por adelantado y accidentalmente giró y se deslizó hacia un lado, haciendo que cayera de su caballo. Ese giro accidental lo salvó. Mientras Thor blandía su espada, fallando por poco el golpe hacia Godfrey, la espada conectó con el escudo de Godfrey en lugar de su cabeza. Se impactó con un gran sonido metálico e hizo que Godfrey cayera de su caballo para siempre. Godfrey salió volando de su caballo y aterrizó en el suelo con un fuerte ruido sordo, quedando sin aliento, rodando en el suelo, jadeando, la cabeza le zumbaba. Rodó y rodó y finalmente se detuvo y levantó su cabeza. Alrededor de él estaba la estampida de mil caballos, cabalgando en todas las direcciones — y levantó su barbilla, lo último que vio fue el casco de un caballo, bajando hacia su frente y derribándolo para siempre. \* A Andrónico le complació ver cómo Thornicus volvía a ser el de antes, peleando con desenfreno, estando al mando y abriéndose camino a través del campo de sus compatriotas. Al frente de los que cabalgaban para enfrentarse a él, estaban los cientos de McCloud, siendo lo suficientemente tontos como para pensar que podrían derrotar a su hijo. Thor empuñó su arma con furia, matando a media docena de un solo golpe. El campo se volvió rojo con la sangre del Anillo, los McCloud cayendo a los pies de Thor. Andrónico sonrió, satisfecho — y luego fue él mismo a la refriega. Blandiendo un mayal de tres cabezas, Andrónico hizo pivotar su larga cadena y encontró un objetivo tras otro, aplastando al enemigo, derribando cabezas a diestra y siniestra. Era demasiado alto, demasiado fuerte, demasiado rápido para todos ellos, y abrió un camino de muerte. Esbozó una amplia sonrisa, viéndolo todo. No se había divertido tanto en quién sabe cuánto tiempo. Mientras Andrónico luchaba con desenfreno, sintió satisfacción sabiendo que enfrentaba al último vestigio de las fuerzas del Anillo; después

de esta batalla, el Anillo finalmente sería suyo. Andrónico vio a uno de sus líderes — Kendrick — dirigiéndose hacia él, sin miedo. Este guerrero era sin duda imprudente si pensaba que podría enfrentarse al Gran Andrónico. Andrónico gritó y pateó su caballo, y los hombres se separaron mientras los dos grandes guerreros salían volando uno hacia el otro en un espacio abierto. Andrónico giró su mayal hacia la cabeza de Kendrick, esperando acabarlo. Pero se sorprendió al descubrir que Kendrick no era como los demás con los que había luchado: era más rápido y más ágil. Él esquivó el golpe de Andrónico, después lo detuvo con su espada, tan rápido que incluso logró cortar el antebrazo de Andrónico. Andrónico gritó, más por la sorpresa que por el dolor. No le habían superado en el combate desde hacía mucho tiempo. Pero el dolor sólo le hizo enfocarse. Había sido demasiado confiado, y ahora se daba cuenta de que Kendrick era diferente a los demás. Andrónico empuñó su mayal, girándolo, apuntando bajo esta vez, hacia el caballo de Kendrick. La bola de metal con tachuelas se impactó en la cabeza del caballo de Kendrick, haciéndolo tropezar. Kendrick, atrapado desprevenido, no lo vio venir, y al inclinarse hacia adelante, tratando de sujetar su caballo, Andrónico se lanzó hacia adelante con una daga oculta en el extremo de su guantelete y cortó a Kendrick en el pecho. Kendrick gritó, pero dio la vuelta con su escudo y lo estrelló en la cara de Andrónico; fue algo que Andrónico no se esperaba.

Andrónico tropezó con el mismo movimiento con el que llegó, tomó una lanza corta que tenía escondida en su silla, giró y la lanzó a Kendrick. La lanza se incrustó en el hombro de Kendrick, y él gritó, sujetándola. Andrónico se inclinó hacia adelante y golpeó a Kendrick con su escudo con toda su fuerza, pegándole en la mandíbula y derribándolo de su caballo, con su lanza en el hombro. Kendrick aterrizó con fuerza en el suelo, inmóvil. Su caballo cayó con él. Andrónico sintió más satisfacción que nunca en años. Andrónico dio una vuelta en círculo, preparándose a acabar con él. Pero al levantar su lanza por lo alto, fue atacado por varios de los hombres de Kendrick y pronto se distrajo peleando con ellos. Con el rabillo del ojo, vio que Kendrick se daba vuelta y se dirigía hacia otra batalla. Será en otro momento, dijo Andrónico para sí mismo. Kendrick moriría, tarde o temprano, por su mano. \* Bronson luchó con todo lo que tenía, eligiendo dejar su escudo y en su lugar blandiendo una espada con su mano buena. Luchó lo mejor que pudo con una mano, y con

la otra, blandía un mayal, sujetándolo con el gancho de su muñón. Luchó como un hombre endemoniado, haciendo su mejor esfuerzo para defender el Anillo. Cabalgó hacia adelante, luchando valientemente al lado de Srog, espalda con espalda, mientras derribaban a docenas de hombres del Imperio en cada dirección. "¡BRONSON!", gritó una voz. Bronson reconocería esa voz en cualquier lugar. Le hizo sentir un escalofrío en su columna vertebral. Se dio vuelta y vio, en medio de un grupo de soldados del Imperio, a su enemigo. Su padre. McCloud. El monstruo. El hombre que le había quitado la mano. El hombre que odiaba más que nada en la vida. Bronson gritó y pateó su caballo y se dirigió hacia su padre. McCloud salió corriendo como poseído por el demonio, sin un ojo, con su rostro desfigurado, con el emblema del Imperio grabado en él. Se había convertido en una criatura horrible, aún más de lo que había sido.

Aquí estaban, pensó Bronson, padre e hijo, finalmente frente a frente, finalmente ante lo inevitable. Era un día que Bronson había estado esperando durante mucho tiempo. Él acabaría con el nombre de su padre, si podía. Y si no, al menos enviaría a su padre al infierno. Era la venganza que había esperado todos los días mientras miraba hacia abajo y veía su muñón en vez de una mano. "¡PADRE!", gritó Bronson. Bronson salió volando con deseos de venganza, con la espada por lo alto, mientras su padre soltaba un grito parecido al suyo. Los dos se reunieron en medio de un claro abierto, los soldados del Imperio se separaron, y McCloud giró su hacha de batalla, con ambas manos, gritando, dirigiéndola para cortar la cabeza de su hijo. Bronson se agachó en el último segundo, giró con su mayal y logró aplastar a su padre en la nuca. McCloud tropezó y cayó de su caballo. Bronson no perdió el tiempo: se dio vuelta en círculo y saltó al suelo, frente a su padre a pie, mientras su padre se levantaba lentamente, tambaleante, desorientado. Bronson derribó su espada con una mano y McCloud levantó su escudo y lo esquivó. Pero Bronson acuchilló una y otra vez, derribando finalmente el escudo de su padre, de sus manos. Luego se reclinó y le dio una patada. Su padre tropezó y cayó sobre su espalda, herido, lento para levantarse. Bronson estaba parado sobre él, respirando con dificultad y se acercó y colocó un pie en la garganta de su padre. McCloud jadeaba buscando aire, y Bronson levantó la punta de su espada y la sostuvo en la muñeca de su padre. "Me cortaste la mano, padre",

dijo Bronson. "Debería cortarte la tuya. De hecho, debería matarte". Bronson suspiró. "Pero no me hundiré tan bajo. Tengo más honor que tú. En cambio te llevaré, ileso, como mi prisionero. ¿Te rindes?". McCloud luchaba, tratando de respirar, y finalmente asintió con la cabeza. Bronson retiró lentamente la punta de su espada de la muñeca de McCloud. "Date vuelta y pon tus manos detrás de tu espalda", le ordenó Bronson. McCloud obedeció, y al hacerlo, Bronson se agachó para sujetar a su padre, sacando las esposas de su cintura.

Pero al agacharse, de repente McCloud giró y sujetó un puñado de tierra y lo lanzó en los ojos de Bronson. Bronson gritó, poniendo sus manos en sus ojos y dejando caer sus grilletes. McCloud giró y le dio un codazo a Bronson en la ingle tan fuerte como pudo. Bronson cayó al suelo, en agonía. McCloud estaba parado sobre él, sujetándolo del cabello de la parte posterior de su cabeza. "Es bueno volver a verte, hijo", dijo McCloud. McCloud levantó su rodilla y bajó la cara de Bronson, y se oyó un chasquido en el aire mientras rompía la nariz de su hijo. Bronson probó la sangre, y lo último que vio fue el suelo recibéndolo. \* Thor fue al campo de batalla, imparable, matando a decenas de McCloud que iban a atacar a su padre. Se abrió camino entre ellos, más rápido de lo que cualquiera de ellos podía reaccionar, decidido a protegerlo. Eso era todo lo que importaba ahora. Andrónico — y aplastar a todos los adversarios del Anillo.

Thor no podía detenerse. Se sintió poseído, con el control de un poder mayor que él. Su espada se blandía prácticamente sola. Thor miró y vio a su padre, no muy lejos, derribando a Kendrick de su caballo — y por primera vez, Thor parpadeó. Por un breve momento, una parte perdida de él se agitó por dentro; por un instante, una parte de él reconoció a Kendrick. No recordaba de dónde. Por un momento, una parte de él estaba confundido acerca de para quién luchaba. Pero entonces Thor sintió un rayo de energía, y se volvió para ver Rafi, montar a caballo cerca, levantando sus dedos en su dirección. Thor sintió que una intensa onda de energía se apoderaba de él, por lo que le era imposible pensar. Sintió una lucha inmensa dentro de él por tener el control, por liberar su voluntad. Y entonces se sintió subsumido por una niebla. Cuando Thor volvió a ver a Kendrick, ya no lo reconoció. Era otro de los interminables adversarios de su padre, otro de estos rebeldes que no cederían el Anillo. Hubo un grito de batalla feroz, uno diferente a los demás, y

Thor se volvió para ver a un guerrero dirigiéndose hacia él. Los otros soldados se separaron, creando un amplio claro para ellos, y el caballero se detuvo ante Thor y lo enfrentó. Hubo un momento de calma en la batalla, mientras los otros se dieron vuelta para observarlos. Evidentemente, este caballero, quien quiera que fuera, era una persona muy importante en el lado de los MacGil. "¡Thorgrin! ¡Soy yo, Erec!", dijo el caballero, orgullosamente montado en su caballo. "No eres tú mismo. No quiero pelear contigo. Te ruego deponer tus armas. ¡Deja tus armas y únete a nuestra causa!". Thor sintió una ráfaga de ira. ¿Quién era este extraño para decirle qué hacer? "¡No depongo mis armas por nadie!", gritó Thor, desafiante. Thor no perdió el tiempo: salió volando hacia delante, levantó su espada por lo alto, y se escuchó el choque de espadas, mientras él y Erec se enfrentaban furiosamente, hacia adelante y hacia atrás, yendo golpe por golpe, sin ganar ni un centímetro. Finalmente, Thor esquivó uno de los golpes de Erec y luego bajó de su caballo y lo derribó al suelo.

Los dos rodaron sobre el suelo, luchando, sin que ninguno obtuviera una ventaja. Finalmente, Thor rodó por debajo de él y volvieron a levantarse. Se enfrentaron entre sí, y un amplio claro se abrió alrededor de ellos, todos los otros guerreros se detuvieron a observar. "Thorgrin, ¡te lo suplico!", clamó Erec, jadeando, con sangre en el labio. "¡Soy yo, Erec!". Thor gritó y fue a la carga, con la espada por lo alto. Se oía el estruendo de sus espadas mientras peleaban mano a mano, yendo golpe por golpe, con sus escudo golpeando las espadas, muy parejos. Ninguno de los dos podía ganar ventaja. Thor estaba sorprendido por el poder y la agilidad de este caballero; nunca se había encontrado a alguien como él. "¡Soy yo, Erec!", dijo él, estando cerca, gimiendo, mientras sus espadas se encontraban. "Me conoces, Thorgrin". Thor refunfuñó, con el ceño fruncido. "¡Mi nombre es Thornicus!", gritó Thor, soltando su espada. Ellos golpeaban y acuchillaban y esquivaban, ida y vuelta, hasta que los brazos de Thor empezaron a cansarse, sin ganar ni un centímetro. "Fuiste mi escudero una vez, Thorgrin", dijo Erec. "Yo te ayudé a entrenarte. Haría cualquier cosa por ti. Lo que fuera. Thorgrin, soy yo, Erec". Thor se detuvo momentáneamente, algo en sus palabras tocó una cuerda sensible. Por un momento se sintió confundido, las voces en su cabeza luchaban entre sí, mientras Thor trataba de entender, de saber dónde estaba, quién era. ¿Quién

era este hombre con el que estaba peleando? “¿Erec?”, preguntó Thor. De repente, Rafi apareció al lado de Thor, y dejó salir un ruido horrible de la parte posterior de su garganta, mientras levantaba sus manos y las dirigía hacia Thor. Thor se sintió envuelto en una terrible energía y rabia desesperada mientras se daba vuelta y puso su mirada en Erec. Esta vez, no reconoció a Erec. En absoluto. Era un enemigo y nada más. Thor levantó su espada por lo alto y salió corriendo, con sangre en sus ojos, decidido esta vez a acabar con este hombre de la faz de la tierra.

# CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Rómulo galopaba a través de la campiña, hacia el Este, lejos de todos los soldados, lejos de todo el ejército del Imperio. Luanda estaba sentada en la parte delantera del caballo, y seguía luchando, a pesar de tener los brazos musculosos de él alrededor de su cintura. Él estaba sorprendido por la fuerza de ella. A pesar de las cuerdas que la ataban, o sus enormes brazos, tenía dificultad para mantenerla quieta. Ella era como un caballo salvaje. Quería liberarse desesperadamente — pero él no se lo permitía. Rómulo montó el caballo más rápido que nunca, pateándolo hasta que protestó por el dolor, sabiendo que tenía que hacer la travesía del Este, regresar al otro lado y traer a Luanda con él. Tenía preparada su capa mágica en su cintura. Rómulo todavía estaba resentido por su derrota a manos de los hombres de Andrónico, algo que nunca había esperado. Estaba seguro de que él tomaría a Andrónico por sorpresa y se apoderaría del Anillo. Pero al final, Rómulo había tenido suerte de escapar con vida, aunque tuvo que darse vuelta y huir, solo, hacia la seguridad del Cañón. Pero ahora tenía su premio, y eso era todo lo que importaba. Luanda. Una MacGil. La primogénita de MacGil, no menos. Rómulo oró para que la leyenda del manto fuera cierta, para que tan pronto como cruzara el Cañón con ella, el Escudo se hiciera añicos, y que sus millones de hombres esperando afuera del Cañón pudieran entrar corriendo. Esta vez, los guiaría hacia la total y absoluta victoria contra Andrónico y aplastar el Anillo. Luego Rómulo sería el Comandante Supremo y no habría nadie ni nada que lo detuviera. Rómulo estaba tan cerca ahora, que casi podía saborearlo. Cabalgaron y cabalgaron, a través de las vacías y congeladas llanuras, hasta que finalmente la travesía del Este apareció a la vista, los altos pilares de su entrada marcando el horizonte. El caballo de Rómulo estaba cerca del agotamiento, pero lo pateó con aún más fuerza, clavándole los talones. Su destino estaba a un paso, y él pretendía tomarlo. Rómulo recordó que, para que el manto funcionara, tendría que cruzar el Cañón con la MacGil, a pie. Cuando llegó a la base del Cañón, a la entrada al puente, se detuvo abruptamente, desmontó, agarró a Luanda y la bajó con él de un tirón. De alguna manera, incluso con sus manos atadas, Luanda logró deslizarse por

debajo de él y antes de que pudiera reaccionar, ella comenzó a correr a través del paisaje. En un arranque de rabia, Rómulo reaccionó rápidamente, agarró el látigo de su montura, arremetiendo contra ella, enrollándola alrededor de los tobillos. Luanda gritó mientras él le ataba los tobillos, y cayó de bruces al suelo. Rómulo la jaló con fuerza hacia él, arrastrándola por el suelo. Él se agachó, la agarró con una mano, la levantó por el aire y frunció el ceño. "Si no fueras una MacGil, te mataría ahora mismo", dijo furioso. Luanda hizo una mueca y le escupió la cara. Sobresaltado, Rómulo le dio una cachetada. Salió sangre de sus labios y finalmente parecía estar destrozada; pero Rómulo todavía no estaba satisfecho. La haría pedazos si él pudiera. Tal vez lo haría, tan pronto como cruzaran el Cañón. Sí, el solo pensar en esa idea, le aplacó.

Rómulo se dio vuelta, frente al puente y puso el manto sobre sus hombros. Sintió un zumbido, vibrando, sintió una energía corriendo a través de él, que no había sentido antes. Él estaba seguro de que iba a funcionar; él solo desactivaría el Escudo. Su corazón se aceleró con expectación. Rómulo se agachó y con un solo brazo agarró a Luanda por la cintura, la elevó y se la llevó a través del aire, como si fuera un niño rebelde. Empezó a marchar con ella, hacia el puente. Luanda se opuso y gritó, intentando soltarse, con todas sus fuerzas. Pero él la sostuvo firmemente esta vez, y no había escapatoria. Rómulo dio su primer paso hacia el puente, y se sintió bien. Pronto estaría del otro lado y sin importar cuánto se agitara y gritara en el mundo, no había nada que Luanda pudiera hacer para detenerlo. Finalmente, el Anillo sería suyo.

# CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Gwendolyn cabalgaba al lado de Argon, Alistair, Aberthol y Steffen, con Krohn a sus pies, los cinco iban a caballo, dirigiéndose por el paisaje del norte del Anillo, corriendo hacia el sur, por su patria, por Thor. Gwen estaba eufórica de regresar a su patria, en este lado del Anillo y fuera del Mundo de las Tinieblas. Era como un sueño. Ella había estado segura de que nunca encontraría a Argon, de que nunca escaparía del Mundo de las Tinieblas. Y ahora, aquí estaba, todos de vuelta a casa y tan cerca de regresar con Thor. Gwendolyn siguió repitiendo en su mente el momento en que Argon había abierto sus ojos, había regresado a ella, había vuelto a la vida. Las lágrimas rodaron por sus mejillas mientras pensaba en el sacrificio que había hecho, en la terrible elección que tuvo que hacer para desafiar el destino y traer a Argon de regreso. Ella sabía que un día llegaría el momento de renunciar a lo que ella había prometido por la vida de Argon. La vida de Thorgrin o la vida de su hijo. Pero ese día, al menos, no era hoy.

A Gwen le dolía el estómago mientras cabalgaba, el bebé giraba y giraba, como lo había estado haciendo desde que encontraron a Argon. Todo era borroso, desde que Argon había sido liberado. Argon resucitado era más poderoso que nunca, y usó su poder para hacer una gran burbuja; Gwen y los demás se encontraban atrapados en ella, flotando con Argon en el aire, bordeando sobre la tierra a una velocidad más y más rápida, llevándolos de vuelta a través del Mundo de las Tinieblas, al borde del Cañón y luego haciéndoles flotar inofensivamente a través de él. Había sido impactante para Gwendolyn volar por el aire de esta manera. Le hizo pensar en Thor cuando volaban en la parte posterior de Mycoples. Gwen recordó haber mirado hacia abajo cuando cruzaron el Cañón, maravillándose de los remolinos de niebla debajo de ella, de las profundidades del Cañón que parecían nunca acabar. Se preguntó si incluso tenía fondo. Finalmente, Argon les había hecho bajar de este lado del Anillo, a su burbuja se le acabó la fuerza ahora que estaban de regreso, de forma segura, en este lado. Habían bajado cerca de un grupo de caballos salvajes que habían encontrado vagando por el campo, y no habían dejado de montar a caballo desde entonces.

Ellos corrieron hacia el sur y hacia el Este, hacia el campo de batalla donde Argon le había dicho que presintió que se llevaba a cabo una gran batalla. Él había notado que era una batalla épica para el corazón y el alma del Anillo, y que el futuro del Anillo estaba en juego. Ella sabía que seguramente, aquí era donde debía estar Thor. Y a todos los demás que ella amaba y por los que se preocupaba. Gwen sintió que era una carrera contra el tiempo, desesperada por llegar antes de que fuera demasiado tarde, antes de que Thor fuera asesinado, o cualquier otra persona que ella amaba. Ella podía sentir en cada centímetro de su ser, que estaban al borde de una gran calamidad. ¿Había llegado demasiado tarde para encontrar a Argon? ¿Había sido todo en vano? Se escuchó un chillido a lo alto, y al mirar hacia arriba vio a Estopheles, dando vueltas, guiándolos. Gwen pateó su caballo más fuerte. A su lado, Krohn gruñó y corrió para alcanzarla. Ellos cabalgaron y cabalgaron, atravesando el Anillo, pasaba hora tras hora, todos ellos sabían lo que estaba en juego y ninguno se detenía para recobrar el aliento. El sol subió más en el cielo, y las lágrimas de Gwen no dejaban de caer. Presentía que estaba por ocurrir una gran tragedia. ¿Había sacrificado demasiado? Cabalgaron más y más profundamente en territorio desconocido, el altiplano acechaba amenazante en el horizonte. Había una sola ciudad pasando las cimas, y ella la reconoció de inmediato de los libros de historia: Highlandia. La fortaleza de McCloud. La ciudad entre dos reinos. En la ladera de la montaña escarpada, bajando Highlandia, Gwen podía ver el amplio rastro de un ejército descendiendo. Al seguir ese camino, y llegando al límite de la colina, finalmente se detuvo, observándola. Gwen estaba sorprendida. Extendido por debajo de ellos, en un inmenso valle, estaban miles de guerreros, luchando en ambos lados. Era la batalla más grande que jamás había visto. A su lado, reconoció la armadura de miles de Los Plateados y MacGil y silesios. Pero a través del valle, vio que se enfrentaban a un ejército mucho más grande, a un gran número de los del Imperio, eran decenas de miles de tropas entrando y había una secuencia interminable de refuerzos detrás de ellos. Gwen podía ver incluso desde aquí, la figura más grande que la vida de Andrónico, con su cabeza elevándose en el campo de batalla, blandiendo dos espadas y causando estragos mientras se abría paso a través del campo. Su gente caía por cientos, todos delante de sus ojos. Ellos simplemente eran superados en número. Lo

peor de todo, es que ella vio el claro en el centro del campo de batalla, la épica batalla cara a cara entre dos grandes guerreros que todos los otros guerreros parecían detenerse a observar. Solo en el centro del campo de batalla, luchando cara a cara, estaba el campeón de su padre, el caballero más grande de Los Plateados: Erec. Normalmente, ella no temería por él, sin importar a quién se enfrentara. Pero al ver más de cerca, su corazón se detuvo y sintió correr sangre fría al ver a su oponente: era Thorgrin. Su amor. Thor parecía un hombre transformado, luchando aturdido, más rápido y más fuerte de lo que ella lo había visto. Él estaba luchando con todo lo que tenía, y se descorazonó al darse cuenta de que él pretendía matar a Erec. ¿Qué le había pasado a Thor? ¿Cómo era posible que pudiera luchar por Andrónico? Ella no podía comprenderlo.

Evidentemente, estaba bajo algún tipo de hechizo. Gwen se sentía más segura que nunca de que haber encontrado a Argon había sido lo correcto. Evidentemente, contra esta especie de magia, todos ellos, todo el Anillo, estarían perdidos. Se necesitaba de la magia para combatir la magia. Gwen pateó a su caballo y los otros junto a ella le siguieron. Fue hacia el fragor de la batalla, hacia el claro, hacia Thor. Tenía que llegar con Thor a tiempo. Tenía que salvarlo. Tenía que salvar a Erec. "Mi señora, ¡no es seguro!", le gritó Aberthol estando a su lado, mientras cabalgaban. "¡Usted va hacia la batalla! ¡Esos son hombres de verdad, con armas de verdad! ¡Tiene que parar aquí! ¡No llegará a Thor! ¡La matarán!". Pero Gwendolyn lo ignoró. Ella no temía por su propia seguridad. Sólo por la de Thor y la del Anillo. "Voy a ir a donde está Thor", dijo. "No le temo a la espada de ningún hombre. Si no me quieren seguir, no lo hagan". "Mi señora, ¡yo estoy con usted!", dijo Steffen. "¡Yo también!", replicó Alistair.

"Lucharé por usted y despejaré el camino para usted a través de esos hombres", gritó Steffen. "Llegará hasta donde está Thorgrin!". Argon montó en silencio junto a ella; no dijo nada, pero ella sabía, lo notó en su mirada, que estaba listo para la batalla, él mismo. El corazón de Gwen se aceleró y se le secó la garganta, su bebé daba vueltas como un loco en su estómago, mientras ella se acercaba al impacto de la batalla. Sus oídos se llenaron con el sonido del metal, de los llantos de los hombres muertos y ella podía oler la tierra desde aquí. Ella se preparó mientras galopaba, sin aminorar la marcha de su

caballo. Gwen se dirigió al fragor de la batalla, Steffen liderando el camino y sacando a varios hombres con sus flechas. Mientras cabalgaba, los MacGil y Los Plateados y los silesios, todos la reconocieron y gritaban con entusiasmo, reuniéndose para correr hacia ella y abrir camino para ella entre la multitud. Ella era su amada reina, después de todo y ahora regresaba como héroe, con su amado Argon liberado y a su lado. Gwendolyn fue a la carga, más y más adentro hacia el fragor de la batalla, elevando su escudo para protegerse de un golpe, con sus manos temblorosas. Pero nunca dejó de ir a la carga. Los soldados del Imperio presionaban por todos lados, al darse cuenta de que había llegado una persona importante y trataban de atacarla. Uno fue a embestir a Gwendolyn con su espada elevada por lo alto, pasando entre su séquito, yendo hacia ella; Gwen esperó y luego lo esquivó; él salió volando más allá de ella. Otro se acercó a ella, deslizándose a través de las filas, y esta vez Steffen fue hacia adelante, soltando una flecha y le disparó en la garganta. Él cayó hacia un costado de su caballo, muerto. Pero otro pasó deslizándose y a éste Gwen lo mató ella misma, levantando su daga y apuñalándolo en la garganta antes de que él pudiera bajar su hacha en la cabeza de ella. Él dejó caer su hacha en su propia cabeza y cayó de su caballo. Pero la multitud se hizo mayor y mayor mientras ella se acercaba a Thor, había más y más hombres del Imperio dirigiéndose hacia ella. Sus hombres y Steffen hicieron lo mejor que pudieron, matando a varios de ellos. Pero pronto, ella sintió que era golpeada por todos lados, y de repente, fue golpeada en el hombro por un escudo y cayó de su caballo. Gwen cayó con fuerza y rodó. Se arrodilló, su vientre estaba matándola, con mugre en su cara y en su nariz. Jadeando, Gwen se volvió y miró hacia arriba y vio a un soldado del Imperio haciendo muecas, bajando un martillo de guerra hacia ella. Incapaz de defenderse, Gwen levantó sus manos y se preparó. El martillo se detuvo en el aire, el que la blandía parecía confundido. Gwen vio a Alistair, cerca, extendiendo una mano, con una luz azul entre ella y el arma. Alistair luego levantó su mano y la dirigió hacia el soldado. El soldado de repente salió volando hacia atrás, decenas de metros en el aire, su martillo cayó inofensivamente a su lado. Alistair extendió una mano y ayudó a Gwen a levantarse. Gwen se volvió para ver a varios soldados más yendo a atacarla, con las espadas en lo alto, y ella levantó un escudo y se preparó ella misma y

a Alistair contra los golpes. Hubo un gruñido y Krohn corrió más allá de ella, saltó en el aire y hundió sus colmillos en la garganta de cada soldado. Krohn inmovilizó a cada uno con saña, sacudiendo su cabeza, hasta que quedó satisfecho de que todos estaban muertos. Krohn, gruñendo, se quedó parado delante de ellos, asustando a cualquier soldado que se atreviera a acercarse a ella. Gwendolyn vio su oportunidad. Era ahora o nunca, ella lo sabía. Gwen corrió entre el grueso de los hombres, Thorgrin estaba a la vista entre los soldados que luchaban. Ella fue golpeada con dureza en todas direcciones y esquivó más de un golpe — pero su velocidad le servía. Era rápida, no tenía dificultad con la armadura, y se las arregló para abrirse camino. Gwen irrumpió en el claro abierto, Krohn liderando el camino, Steffen y Alistair justo detrás de ella, ayudando a desviar los golpes. Ahí estaba él, a escasos seis metros de distancia de ella. Thorgrin. Gwen casi no podía respirar, así que se sintió feliz de verlo, de estar tan cerca de él. Quería salir corriendo y darle un abrazo. Sintió ganas de reír y llorar, al mismo tiempo. Sin embargo también estaba aterrorizada. Thor luchaba con Erec como un endemoniado. Ver luchar a dos de los mejores guerreros de todos los tiempos, era como ver una obra de arte, el ir y venir, las espadas tañendo, destellando en la luz, la velocidad, la agilidad, la potencia, la forma perfecta. Eran dos maestros de su arte, sus espadas echaban chispas como si fueran extensiones de ellos, como si estuvieran vivas. Decenas de soldados dejaron de luchar y sólo se quedaron allí y observaron, hipnotizados. Argon se acercó al lado de Gwendolyn, y al hacerlo, pronunció una sola palabra: Rafi. Gwendolyn siguió su mirada y vio a un hechicero con túnicas escarlatas, parado al otro lado del claro, viendo el espectáculo, junto a Andrónico, al lado de McCloud. Rafi era la criatura de aspecto más malvado que ella había visto. Él tenía dos manos dirigidas hacia Thor, y una luz escarlata emanaba de ellas, envolviéndolo. Y de repente, todo tuvo sentido. Thor estaba bajo el control de este sombrío hechicero. Argon caminó hacia adelante, sin temor, hacia el claro y extendió una mano hacia Rafi. Una luz azul voló a través del claro. Rafi se volvió para ver Argon y su rostro se contorsionó por el miedo. Rafi parecía sorprendido y confundido. "Argon", dijo Rafi sombríamente. "No puede ser". Los dos dieron un paso adelante, hacia el claro, caminando uno hacia el otro, cada uno extendiendo una palma, cada uno dirigiéndola hacia el otro, conforme se acercaban. Era un

espectáculo digno de ver, dos hechiceros, dos Titanes, frente a frente, como si fueran dos montañas chocando. Fue una lucha monumental, y las manos de Argon temblaban, igual que las de Rafi. Cada uno fruncía el ceño, respirando entrecortadamente. Cada uno de ellos cayó de rodillas, cada uno infundiendo al otro un color diferente de luz. Finalmente, Argon soltó un gran grito de guerra y levantó sus manos por lo alto, y al hacerlo, Rafi se levantó en el aire, repentinamente. Argon balanceaba ambos brazos y Rafi fue lanzando por el aire, volando cientos de metros, desapareciendo en algún lugar del horizonte. Argon se derrumbó por el esfuerzo. Por un momento, Thor hizo una pausa en su batalla con Erec. Se quedó allí, como si estuviera confundido, como si se hubiera roto un hechizo en él. Thor miró a Erec con ojos vidriosos. Erec, al darse cuenta de lo que había sucedido, también hizo una pausa. Él estaba allí parado, jadeando, sosteniendo su espada con recelo. "Thorgrin, soy yo, Erec", dijo. "Baja las armas. No es demasiado tarde". "¡THORNICUS!", gritó Andrónico, avanzando. "¡Tú eres mi hijo! ¡TÚ ERES MI HIJO!", clamó. Los ojos de Thor se volvieron vidriosos otra vez, y de repente, se lanzó a la batalla, luchando contra Erec con el doble de potencia, con el doble de velocidad. Intercambiaron golpe tras golpe, y pronto, Erec tambaleó hacia atrás, cayendo sobre una rodilla, vencido.

Thor continuó acuchillándolo, con tanta furia, que cortó la espada de Erec a la mitad. Entonces tiró el escudo de Erec, de su mano. Thor estaba parado sobre Erec, con una mirada demoníaca en sus ojos. Sopló fuerte, limpió la sangre de su boca y levantó su espada para clavarla sobre Erec. Gwendolyn no podía mirar más. Se abalanzó al claro y corrió entre Thor y Erec. "¡Thorgrin!" gritó, con lágrimas en su voz. "Soy yo. ¡Gwendolyn!". Se quedó a treinta centímetros de distancia de él, llorando, las lágrimas corrían por sus mejillas. Ella se sentía abrumada por un millón de emociones. Todo el campo de batalla se detuvo para ver. Thor se quedó allí, con la espada elevada por lo alto y la miró. Sus ojos no eran los ojos que ella conocía, reconocía y amaba. Parecía perdido, perdido en otro mundo, otro lugar, otro tiempo. Mientras ella estaba ahí parada, por primera vez en su vida, sintió miedo de él. "¿Thorgrin?", preguntó ella, insegura. Thor hizo una mueca y replegó su espada aún más lejos.

Krohn repentinamente se abalanzó, gruñendo y se colocó entre Thor y

Gwen. Le gruñó a Thor como si fuera un desconocido. Gwen casi no lo podía creer: nunca había visto que Krohn le gruñera. Su sentido de premonición aumentó. "Thor, soy yo", declaró, entre lágrimas. "Gwendolyn. Tu amor". Thor parpadeó, pero su mirada seguía en blanco, con una mirada de confusión. Gwen oró para que Thor volvería a ella, para que dejara su espada. Parecía que él podría hacerlo. Pero de repente, frunció el ceño y levantó su espada de nuevo y Gwen supo en ese momento que moriría por sus manos. Su pensamiento final, antes de que llegara el golpe, fue que no deseaba morir de otra forma en este mundo.

# CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Mycoples se sacudía y se movía en todas direcciones en la embarcación, mientras las enormes olas se estrellaban sobre la cubierta, haciéndola deslizarse de un lado al otro, golpeando en la barandilla. El sonido de las olas estrellándose, era ensordecedor. Ella hizo todo lo posible por rasguñar la red, pero el material de Akron permanecía siendo indestructible. Al menos el barco estaba fuera de control. Enormes olas lo zarandeaban, rodando en los mares, la tormenta que ella convocó fue más potente, incluso que en sus sueños. El barco fue absorbido por fuertes mareas, escoró su camino cada vez más y más cerca de la Isla de la Niebla. Mycoples la vio acercarse cada vez más en el horizonte. Los soldados del Imperio gritaban al intentar ganar el control. Pero no pudieron. Más de uno resbaló por un costado de la cubierta, gritando mientras se sumían a morir en las aguas rojas, espumosas, furiosas, del mar de sangre. Más de un monstruo apareció en la superficie, tragando a los hombres.

El barco entró en las olas mientras se acercaban a la orilla de la Isla de la Niebla, compuesta por rocas afiladas y una estrecha franja de arena. Los hombres del Imperio trataban frenéticamente de manejar la embarcación, para evitar las rocas. De alguna manera, se las arreglaron para manejar la embarcación justo a la derecha de ellos, y entraron en una enorme, última ola a la playa arenosa. Mycoples tuvo mala suerte. Ella había querido que ellos se estrellaran en las rocas, quería que el barco fuera destruido. Ahora, el barco, aunque estaba volteado de lado y varado en la playa, estaba intacto y la mitad los soldados del Imperio junto con él. Al encallar, Mycoples, atrapada en su red, salió volando fuera del barco y sobre la arena. Fue una gran caída y el impacto dolió y ella luchaba frenéticamente para liberarse. Pero, sin importar lo que hiciera, el Akron la mantenía en su lugar. Los soldados del Imperio, reponiéndose, saltaron del barco, a la orilla. Parecían tener la intención no sólo de salvar sus vidas, sino de continuar torturándola. Más de uno saltó con una larga lanza en la mano y corrió hacia ella. Empezaron a picarla a través de la red, lastimándola. Incluso con la terrible tormenta, siendo arrastrada a la orilla, todavía no podían dejar de agredirla. Su plan había funcionado sólo

parcialmente: todavía era su prisionera. Vio más y más lanzas acercándose a ella, y sabía que la culpaban. Ella sabía que pronto, estaría muerta. Hubo un súbito estruendo desde lo alto del cielo, tan fuerte como para sacudir toda la isla. Los hombres del Imperio se detuvieron, congelados y miraron hacia el cielo, aterrorizados. Pero Mycoples no estaba aterrorizada. Ella reconoció ese sonido. Lo reconocería en cualquier lugar. Era el rugido de un dragón. Era uno de los suyos. Ralibar. El corazón de Mycoples se aceleró. Ralibar debe haber olido el aroma de hombre, e iba a ver quién había llegado. Mycoples no sabía dónde la dejaba eso. Ralibar era un ermitaño solitario y amargado, territorial, y odiaba a todos los demás dragones. Se rumoraba que había matado a más de un dragón que se había atrevido a atravesar su territorio. Podría matar a estos hombres del Imperio; pero también podría matarla a ella.

Mycoples estaba indefensa, de cualquier manera. De cualquier manera, parecía destinada a morir aquí. Al menos, de esta manera, los hombres del Imperio también morirían. Por lo menos tendría su venganza. Y por lo menos ella moriría a manos de otro dragón en lugar de un ser humano. El corazón de Mycoples se llenó de ansiedad cuando escuchó otro rugido y levantó la vista y vio aparecer a Ralibar, a través de las nubes, bajando en picado, con furia. Era grande — mucho mayor de lo que ella había imaginado — y parecía antiguo, sus escamas rojas descoloridas y agrietadas con la edad y tenían enormes y brillantes ojos verdes que ella nunca olvidaría. En su rostro se notaba el ceño fruncido mientras se enfocaba en los hombres del Imperio. Los soldados del Imperio se volvieron y gritaron y trató de huir, de correr de vuelta a su embarcación. Pero ya era demasiado tarde para ellos. Los que habían sido lo suficientemente afortunados para llegar a la orilla, pronto encontraron otro destino, mucho más horrible. Ralibar bajó en picado, abrió sus grandes mandíbulas y sopló fuego. Las llamas se propagaron por el cielo, envolviendo a los hombres e incendiando la embarcación. Los hombres gritaron, al ser quemados vivos. Para aquellos a los que no atinó, Ralibar bajó en picado con sus enormes garras, tan gruesas como el tronco de un árbol y los partió en dos donde estaban parados. Pronto, la playa se puso roja con la sangre. La rabia de Ralibar aún no estaba satisfecha: bajó en picado, recogió el remanente de la embarcación en llamas con sus enormes garras, volando a toda velocidad, y la estrelló contra la pared del acantilado. Con un gran

estrépito, la embarcación se rompió en un millón de pedazos llameantes y cayeron alrededor de Mycoples. Mycoples estaba emocionada. Estaba ahí, atrapada dentro de la red Akron, en la playa, las olas rompiendo a su alrededor, era la última con vida. Ella miró a Ralibar y vio cómo se volvió y la miró. Se detuvo, rondando ahí, respirando, salía hollín negro de su nariz, como si debatiera. Luego soltó un chillido y bajó en picado hacia ella. Mycoples cerró los ojos y se preparó para lo que estaba por venir. Por lo menos debería estar feliz de haber visto muertos a los soldados del Imperio, de que había sobrevivido hasta aquí. Al menos ahora, ella podría morir con dignidad. Mycoples escuchó un ruido silbante y sintió correr el aire, mientras Ralibar bajaba en picado hacia ella. Abrió sus ojos y lo vio deteniéndose en la playa, ante ella, flotando, agitando sus alas. Él rechinó y arqueó la espalda, y ella se preparó. Pero no llegó ningún golpe. Abrió los ojos con sorpresa y lo vio estirar su garra y cortar su red. Mycoples lo miró, sorprendida. Su red estaba abierta. Mycoples se reclinó hacia atrás y batió sus alas y arqueó su espalda. Estaba sorprendida de ser libre; que casi había olvidado cómo se sentía. Ella estaba aún más sorprendida al darse cuenta de que Ralibar la había liberado, y de que no la había matado, después de todo. Ralibar aterrizó en la playa, a pocos metros de distancia y la miró. Ella lo miró a sus antiguos ojos verdes y notó una expresión que nunca esperó. Era curiosidad. Pero más que eso, había otra cosa. Como compasión. En silencio, hablaron entre ellos. Mycoples le dio las gracias, arqueó su cuello y chilló, dejándole saber sus intenciones. Ella iba a luchar contra el Imperio. Volaría inmediatamente, a través del océano y encontraría un modo de regresar al Anillo. Encontraría un camino de regreso al Escudo, encontraría la manera de volver con su amo, Thorgrin. La necesitaba. Y eso era lo único que le importaba a ella. Ralibar arqueó su cuello e hizo un chirrido también. Mycoples despegó en el aire, batiendo sus grandes alas, y al hacerlo, oyó un gran chillido detrás de ella. Se volvió para ver a Ralibar despegando, alcanzándola. Ella estaba sorprendida: quería unirse a ella. Para ayudarla. Ralibar. El solitario. Por alguna razón, ella le había agradado. Mycoples agradeció su compañía. Ella agitó sus grandes alas, volando más y más alto, dirigiéndose hacia el este, hacia el Anillo, hacia Thorgrin. Ella sintió que estaba en peligro mortal. Y haría todo lo posible para salvar su vida.



# CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Selese salió rápidamente con Illepra, las dos cabalgando con todas sus fuerzas, hasta el punto de agotamiento, no haciendo ni una pausa para descansar sus caballos. Iban en la recta final del paisaje desértico hasta que finalmente, los altos pilares anunciando la Travesía Oriental aparecieron a la vista. El viaje había sido demasiado para Selese, más de lo que ella podría haber imaginado; si no fuera por la idea de perder Reece, no sabía si habría podido continuar. Se había vuelto más dura y más fuerte de lo que había imaginado, y ahora que vio la Travesía Oriental, que supo que era real, estaba decidida a encontrar a Reece, sin importar lo que necesitara. Sólo rezaba para que él estuviese aquí. Cuando se acercaron, Selese quedó asombrada: era la magnífica Travesía Oriental, de la que había oído desde que era una niña. De los cuatro cruces que unían al Cañón, La Travesía del Este era más largo. Estaba situado en el lado de McCloud del Anillo, Selese nunca había estado aquí, y siendo de un pequeño pueblo, nunca había visto algo tan grande y tan intimidante en su vida. El puente cruzaba el Cañón, y parecía extenderse enormemente, hacia otro mundo. El Cañón en sí la dejó sin palabras. Nunca había visto algo en la naturaleza remotamente parecido a él. Era una gran grieta en la tierra, llena de remolinos de nieblas de todos los colores. Selese sentía una energía mágica saliendo de él. Le impresionaba que pudiera existir algo tan grande y hermoso en el mundo. Selese llegó a los pies del puente, detuvo su caballo y desmontó, igual que Illepra. Las dos se quedaron ahí paradas, jadeando al lado de sus caballos. Selese miró y quedó atónita. No vio ninguna señal inmediata de Reece, y se sintió descorazonada. "¿Tal vez ya cruzó?", preguntó Illepra. Selese se encogió de hombros. Ella no lo sabía. Selese analizó el suelo del puente, y vio algo que reconoció su ojo experto: sangre. Siguió el rastro con nerviosismo, Illepra estaba a su lado. Evidentemente, había habido una gran lucha aquí. Sólo rezaba para que Reece no hubiera participado.

Cuando avanzaron hacia el puente, Selese vio cadáveres en el suelo, y su

corazón saltó. Rezó para que ninguno de ellos fuera de Reece. Selese corriendo hacia adelante, casi llorando mientras ella se arrodillaba y volteaba cada cuerpo. Respiraba profundamente, aliviada al ver que las caras no pertenecían a Reece. Ella no reconocía a ninguna de esas caras. "Llevan las marcas del Imperio", señaló Illepra. "Todos ellos son soldados del Imperio", dijo ella, dándoles la vuelta con su bota. "Alguien los asesinó". "Reece", dijo Selese, esperanzada. "Estoy segura de que él los mató. Probablemente, estos hombres se estaban llevando la Espada. Y él los detuvo. Como un buen caballero debe hacer". "¿Y dónde está, entonces?" preguntó Illepra. Selese se quedó allí parada y miró a su alrededor, preguntándose. ¿Podría Reece haberse dado la vuelta e irse a casa, con la Espada? Eso sería más trágico, si había cabalgado todo este camino para nada. Selese fue a la barandilla, puso sus manos en ella y se quedó allí y se asomó. Suspiró, mirando hacia abajo en la niebla y se preguntaba. ¿Estaba Reece allí en alguna parte? Cuando Selese pasó sus manos a lo largo de la amplia y suave barandilla de piedra del puente, sintió algo que la hizo detenerse y mirar hacia abajo. Notó que había una viruta dentada en el riel. Se dio cuenta de que había sangre y un trozo del riel derribado. Selese se dio vuelta y miró a los soldados muertos y volvió a ver las marcas en la barandilla, y de repente, se percató de todo. "La roca", dijo ella. "Hubo un forcejeo. Fue izada sobre el borde. Mira". Illepra se acercó apresuradamente y Selese se inclinó y señaló las marcas que la roca había dejado. "Entonces ellos deben haber abandonado su misión", dijo Illepra. "Él debe haber vuelto. Tal vez ya está en el campamento ahora". Selese miró hacia abajo por un largo tiempo, y finalmente, amaneció algo sobre ella. "No", dijo ella. "Reece nunca abandonaría a una misión. No es quien es. No vuelve a un lugar seguro. Está allí".

Illepra hizo una pausa, confundida. "¿A dónde?", preguntó. "¡Allí!", dijo Selese, señalando. "Descendió al fondo del Cañón. Fue a buscarla". "¡Eso es una locura!", dijo Illepra. "¿Quién haría algo tan loco como eso?". Selese sonrió, orgullosa de él. "Reece es un hombre de honor. Haría cualquier cosa por el Anillo". Ella pensó, haciendo funcionar su mente, y se le ocurrió otra idea. "Probablemente bajó apresuradamente, como le obliga su honor, pero sin un plan para ascender. Está atrapado. Debemos ir ahí. ¡Debemos ayudarlo!" Indra meneó la cabeza. "Eso sería imposible. No hay forma de bajar, excepto

por esas paredes, y yo no puedo escalar". "Hay otra manera", se escuchó una voz. Ellas se dieron vuelta y encontraron a un anciano parado en la base del puente, apoyándose en un bastón. Él era entrecano, encorvado, con una larga barba blanca y melenucho. Llevaba un manto harapiento y parecía como si hubiera visto los males del mundo. "Ustedes son chicas valientes. No puedo negarlo. Así que se los voy a decir. Hay otro camino hacia abajo, para salvar a sus seres queridos". Selese se dio vuelta y caminó hacia él, intrigada y le preguntó, "¿qué otro camino?". "Yo soy el vigilante del Cañón. Veo todo lo que sucede aquí. Los vi descender". "¿Los vio?", preguntó Selese, con los ojos abiertos. Él asintió. "Ellos bajaron, sin ninguna cuerda. Tienen razón. No hay salida para ellos. No sin la Cuerda Linden". "¿La Cuerda Linden?" preguntó. El viejo asintió con la cabeza, lentamente. "Una manera de bajar al fondo del Cañón y volver a subir. No se ha utilizado desde que yo era un joven. Pero yo sé dónde se encuentra; todavía está en mi pueblo. Yo las puedo llevar allí. El resto depende de ustedes".

Selese lo analizó. Él la miró con sus ojos translúcidos, de conocimiento. Parecía estar casi ciego. "¿Por qué nos ayudarías?", preguntó Illepra, sospechando. Sonrió, revelando sólo unos pocos dientes. "Admiro la valentía", dijo. "Sea de un hombre o de una mujer. Soy demasiado viejo para eso. Les voy a dar las herramientas que necesitan para que lo hagan. Además, odio al Imperio". Selese miró a Illepra, como si le preguntara si debía confiar en él, y ella asintió con la cabeza. Pero ya estaba caminando, con la cabeza baja, caminando con su bastón, como si esperara que lo siguieran.



# CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Reece luchó con todas sus fuerzas mientras estaba ahí parado, atado al poste, con sus muñecas y tobillos atados detrás de él, incapaz de liberarse. Luchaba desesperadamente, y al mirar notó que todos sus hermanos de La Legión estaban luchando también, todos sin éxito. Estaban todos alineados, cada uno atado a un poste alto de madera, a tres metros de distancia entre ellos, dispuestos en semicírculo, para que los vieran los demás. Delante de ellos, apenas a seis metros de distancia, estaban ante el enorme hoyo resplandeciente de lava fundida. Grandes y pequeños trozos de lava eran arrojados de manera intermitente fuera del agujero, y Reece podía sentir el calor desde aquí. Mientras miraba, una pequeña chispa de lava salió volando en un arco alto y aterrizó en su antebrazo, quemándolo. Él se retorció, gritando, mientras dejaba un pequeño agujero en su piel. Sudando, Reece sabía que tenían que hacer algo rápido. El Faw les habían burlado, y ahora todos eran sus prisioneros, estaba frente a una muerte segura.

También Centra fue capturado, pero deben haberlo reconocido como alguien que vivía ahí, porque lo mantuvieron alejado de los demás, dos Faws sostenían sus brazos con dureza, tenía los brazos atados, mientras que un tercero sostenía una pequeña daga en su garganta. Mientras Reece estaba allí parado, analizaba los alrededores, buscando la Espada del Destino. Todavía estaba alojada en la roca, atada a una cuerda larga, y fue izada, de un tirón a la vez, hasta el extremo del Cañón. Decenas de Faws tiraban de ella, y con cada tirón, subía más alto en el Cañón. Estaba subiendo del lado equivocado del Cañón, hacia el lado oriental. Reece sabía que si alcanzaba la cima, la Espada cruzaría el Cañón. El escudo se desactivaría, y el Anillo estará acabado. No tenía tiempo. Tenía que detenerlos. Pero Reece tenía mayores problemas: por cómo estaban las cosas, parecía que incluso no saldrían de aquí vivos. Los Faws hablaron con Centra rápidamente, en un lenguaje que Reece no entendía, e hicieron un gesto frenético hacia Reece. "Me dicen que te dé un mensaje", dijo Centra. "Quieren que sepas con gozo y deleite que estás a punto de ser asesinado. Vas a ser el sacrificio del día. Quieren que sepas esto antes de morir, para que puedas aprovechar el saber que serás la comida para su dios."

Y quieren que sufras por tu muerte incluso antes de experimentarla". Reece medio sonrió en medio de su dolor. "Eso es muy amable de parte de ellos", respondió. "¿De qué están hablando?", preguntó O'Connor en voz alta. "¿Qué clase de sacrificio?". Centra habló con los Faws en su lengua materna, y ellos le respondieron inmediatamente. Centra vaciló, y luego miró a la fosa con aprehensión. "Planean tirarte en el foso de lava —" Centra hizo una pausa, era evidente que no quería traducir el resto, pero ellos, a disgusto, le pincharon con la daga. Él continuó: "— y ver como se quema lentamente la piel de sus cuerpos". El grupo de Faws lanzó un coro de risas alegres, obviamente encantados con el espectáculo que estaba por venir. Su risa era como el trinar de los pájaros pequeños, e irritaba los nervios de Reece.

Una docena de estas pequeñas criaturas naranjas se abalanzó y se quedaron parados frente a su líder, quien era más grande que todos los demás y quién se sentó en la cima de un poste de madera. El líder dijo algo en un idioma que Reece no entendía, y los demás se volvieron y miraron a Krog. "Han decidido matar a Krog primero", dijo Centra. "Dicen que los débiles siempre deben ser sacrificados primero". Krog tragó saliva, retorciéndose para liberarse. "¿Sigues pensando que fue una buena idea venir aquí?", preguntó Krog a Reece. Reece no podía permitir esto; él sabía que tenía que hacer algo rápido. ¡Llévenme a mí, primero!", gritó Reece. Un Faw guardó silencio mientras Centra traducía. "¿Por qué habrían de llevarte?", tradujo Centra. "Diles que sus dioses están equivocados", dijo Reece. Centra tradujo, y hubo un grito furioso. Un Faw dio un paso adelante y apuntó su daga en el estómago de Reece, con la suficiente fuerza para causar dolor. Pero Reece no se inmutó. "¡Les digo que los grandes dioses requieren el sacrificio de los fuertes!", gritó Reece, desesperado. "¡No los débiles! Hará a su dios una gran deshonra por darle a los débiles. Yo soy el más fuerte. ¡Llévenme primero! Centra tradujo furiosamente. Hubo una larga pausa, mientras su líder miraba con frialdad a Reece. Por último, asintió con la cabeza con una mirada de respeto. "Quizás tengas razón en esto", tradujo Centra. "Sí, harás muy bien". Los Faws soltaron a Krog y en cambio se dirigieron a Reece. "¡Déjenlo en paz!", gritó Krog. Pero los Faws lo ignoraron y se dirigieron hacia Reece. "¡Pssst!" Reece escuchó un ruido silbante, y se volvió para ver a Indra, a unos tres metros de distancia. Sus muñecas se movían detrás de su espalda, muy

ligeramente, y miró con detenimiento y notó que ella tenía una pequeña daga oculta en la palma de su mano. Al frotar sus muñecas de arriba a abajo, una hebra a la vez, ella estaba cortando su ramita. Ellos no habían atado sus tobillos, como a los otros, probablemente porque era mujer. Indra miró a Reece con complicidad, y él también la miró. Cuando sea el momento adecuado, le susurró él a ella. Ella asintió con la cabeza, con complicidad. Los Faws se acercaron a Reece y alzaron sus palos de la tierra mientras él seguía atado y lo llevaron por el aire. Marcharon con Reece y el palo sobre sus hombros, acercándose más y más al pozo de lava. Cuando estaban a unos pocos metros de distancia, Reece sintió el calor tan fuerte, que tuvo que voltear su cara. Llevaron a Reece más y más cerca del borde del precipicio, y cuando lo levantaron por lo alto, sintió que iba a ser izado sobre el borde. "Ha sido agradable contar con usted como nuestro invitado", tradujo Centra. Se escuchó nuevamente el coro de risas, como canto de pájaros. De repente, hubo un grito y Reece se sorprendió al darse cuenta de que no era suyo.

Reece vio una daga en la sien de uno de los Faws que estaba junto a él, que se desplomó a los pies de Reece. Reece vio que Indra se había liberado a sí misma y había lanzado la daga expertamente y mató al Faw. Ahora era su oportunidad. Reece se dio vuelta, el poste al que estaba atado todavía estaba atado a su espalda y golpeó a los otros Faws con fuerza en las costillas, enviándolos precipitándose hacia atrás, gritando, en la lava incandescente. Reece se hundió hasta las rodillas y se inclinó contra el puñal alojado en la cabeza del Faw. Él lo tiró con sus dedos y rápidamente cortó las cuerdas que ataban sus muñecas, luego sus tobillos, liberándose del poste. Varios Faws más se abalanzaron para atraparlo, pero se sorprendieron cuando Reece se levantó, libre, con el puñal en la mano. Se puso de pie y se dirigió hacia ellos, cortando sus cuellos, y apuñalando a los otros en el corazón. Indra entró en acción. Ella corrió y liberó a todos los demás, cortando sus cuerdas una a una con su daga de repuesto. Los otros miembros de La Legión no perdieron el tiempo: agarraron sus armas y se defendieron furiosamente.

Los Faws, aunque eran muchos, eran de la mitad de su altura y no eran combatientes feroces. Su gran fuerza estaba en la cantidad, pero no en el combate. Salieron de la carpintería, desde todas las direcciones posibles, como hormigas enojadas y saltaron sobre sus espaldas con sus garras y dientes

afilados, causando rasguños y mordeduras. Pero Reece y sus hombres eran guerreros valientes y no se inmutaban y se habían enfrentado a cosas peores, y cada uno de ellos logró luchar y alejarlos a todos. Decenas de Faws cayeron a su alrededor. Y aun así seguían llegando miles de Faws, desde todos los ángulos de los acantilados, de las cuevas. Hubo una secuencia interminable, y Reece se dio cuenta de que esto no sería fácil. A pesar de su fuerza, eran ampliamente superados en número. Tenía que actuar con rapidez. Tenía que recuperar la Espada y sacar a todos de allí tan pronto como pudiera. Reece se volvió, buscando la Espada y vio que la roca estaba por el otro lado del Cañón y aún estaba siendo izada. Tenía que detenerla. No podía dejarla llegar a la cima. "¡Cúbranme!", gritó Reece. Elden, O'Connor, Indra, Serna y Conven se abalanzaron, rodeándolo, abriendo camino para él con sus espadas, mientras Reece se dirigió a las paredes del Cañón. Reece soltó un gran grito de guerra y furiosamente la cortó con su espada, mientras se abría paso entre las docenas de Faws, y la multitud se hacía más gruesa a cada momento. Reece finalmente llegó a las paredes del Cañón, y al hacerlo, saltó hacia un punto de apoyo de la roca resbaladiza y subió al Cañón lo suficientemente alto para estar fuera del alcance de los Faws. La roca con la espada estaba tal vez a unos seis metros por encima de él, y Reece se dio cuenta de que necesitaba cortar la cuerda. Sacó su espada, se reclinó y se preparó para cortarla. De repente, un Faw escaló la pared, agarró su tobillo y tiró de Reece hacia atrás. Reece se resbaló; fue cayendo por el aire y aterrizó en el suelo, de espaldas, jadeante. Reece vio que la roca estaba ahora demasiado lejos de su alcance, las cuerdas estaban muy arriba para poder cortarlas. Y ahora la pared estaba plagada de Faws. Había perdido su oportunidad. Se le ocurrió una idea. "O'Connor, ¡tú arco!", gritó Reece, mientras eludía a sus atacantes. O'Connor quitó a patadas de su camino a dos Faws, y siguió la mirada de Reece y vio sus intenciones. O'Connor había alcanzado su arco y apuntó. Disparó hacia la cuerda, como Reece había previsto. Falló por 30 centímetros. O'Connor fue atacado por más Faws, tirándolo al suelo, y Reece y Elden se abalanzaron y los mataron. "¡Auxilio!", gritó Krog. Reece se volvió para ver a Krog haciendo su mejor esfuerzo para luchar contra ellos, pero cojeaba pesadamente sobre una pierna. Dos Faws estaban en su espalda, tratando de morder su cuello. Reece se abalanzó, al igual que Indra y al mismo tiempo

cada uno derribó a un Faw, Reece utilizando la empuñadura de su daga e Indra apuñalando a uno en la espalda. Krog miró a Reece con gratitud. Reece corrió al lado de O'Connor, ayudándolo a luchar contra los Faws y a ponerse de pie. O'Connor tomó su arco, apuntó una vez más, con sus manos temblorosas y disparó tres veces más con sus tres últimas flechas. En el tercer y último tiro, se escuchó el sonido del chasquido de una ramita, mientras aterrizaba un tiro imposible, perfecto. Hubo un gran ruido silbante, y de repente la roca cayó girando, como un meteoro desde el cielo y se estrelló contra el suelo del Cañón con un enorme ruido reverberante. Reece estaba eufórico. Habían evitado que fuera lanzada del lado equivocado de la pared del Cañón. Ahora tenían que ir por ella y llevársela. "La espada, ¡rápido!", gritó Reece. Él y sus hombres se abrieron paso hacia ella, a través de los Faws, atacando a diestra y siniestra, hasta que finalmente llegaron a la roca. Elden y O'Connor iban al frente, luchando contra los Faws, mientras que Reece y los demás se agachaban y trataban de levantar la roca. Pero era demasiado pesada. No se movía. Alrededor de ellos, se acercaban cada vez más y más Faws. "¡Esos postes!", dijo O'Connor. "Los vi levantarlos antes. La Espada es pesada — pero sólo si se toca directamente. Si utilizamos una barrera, como los postes, se aligerará su peso". Reece se unió a Conven e Indra y Serna y Krog mientras ponían los postes debajo de la roca. Al unísono, todos comenzaron a moverla. Reece se sorprendió; O'Connor tenía razón. La Espada no estaba destinada para ser tocada por la mano humana. Pero con un intermediario, como postes de madera, podía levantar la roca como cualquier otra. Ellos izaron la roca sobre sus hombros con los postes y comenzaron a alejarse con ella. Reece vio que estaban en problemas. Habían, a pesar de todas las probabilidades, logrado lo imposible; pero ahora, no había ninguna salida posible. Había miles de Faws delante de ellos, cada vez llegaban más y más, y era una larga caminata hacia el otro lado del Cañón y era todavía más difícil subir. Si es que podían levantar la Espada. No podían hacerlo en combate. De hecho, tendrían suerte incluso de salir vivos de ahí. No había ninguna manera de llevarse la Espada. Y sin embargo, al mismo tiempo, Reece sabía que no podían dejarla aquí, que no podían regresar con las manos vacías. Y no podían dejarla en manos de los Faws, quienes la subirían del otro lado del Cañón y desactivarían el Escudo. Reece frenéticamente analizó su entorno,

desesperado por una solución. Y luego, de repente, tuvo una. Reece vio el pozo de lava incandescente, en el centro del campo de batalla, y aunque le doliera, sabía que no tenía elección. Si no podía llevarse la Espada, tendría que destruirla. ¿Pero si destruía la Espada para siempre, destruiría también el Anillo? ¿Destruiría el Escudo? No lo sabía. Pero no tenía otra opción. Era una situación desesperada, y todo lo que sabía era que si él no hacía algo, entonces la Espada caería definitivamente en las manos equivocadas, y el Escudo se desactivaría definitivamente y el Anillo se destruiría para siempre. Tenía que arriesgar la incertidumbre. "¡A LA LAVA!", ordenó Reece. Con un último esfuerzo desesperado, Reece y los demás levantaron la roca sobre sus hombros y marcharon hacia el hoyo, Elden y O'Connor luchando contra los Faws alrededor de ellos. Cada paso era una lucha sobre el suelo fangoso del Cañón. Centímetro a centímetro se abrían camino y pronto, la cara de Reece estaba roja por el resplandor de la lava. Se quedaron ahí parados, en el precipicio, agitando los brazos y Reece miró hacia abajo al fuego líquido. Los demás se dieron cuenta, con horror, de lo que iba a hacer. "¿Estás seguro que quieres hacer esto?", gritó O'Connor. Reece no estaba seguro. Pero no había otra salida. "A LA LAVA", ordenó Reece. Todos siguieron sus órdenes, y al unísono comenzaron a lanzarla. Reece sentía el enorme peso sobre sus hombros y brazos al izar la roca y lanzar la Espada ahí, sobre el borde, en el hoyo de fuego derretido. Al hundirse, toda la tierra tembló debajo de ellos, fue el más grande terremoto que Reece había sentido en su vida, lo suficientemente fuerte como para hacerlos caer. Y mientras Reece la veía derretirse, miraba a las llamas, y todo lo que se le ocurrió fue: ¿qué he hecho?

# CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

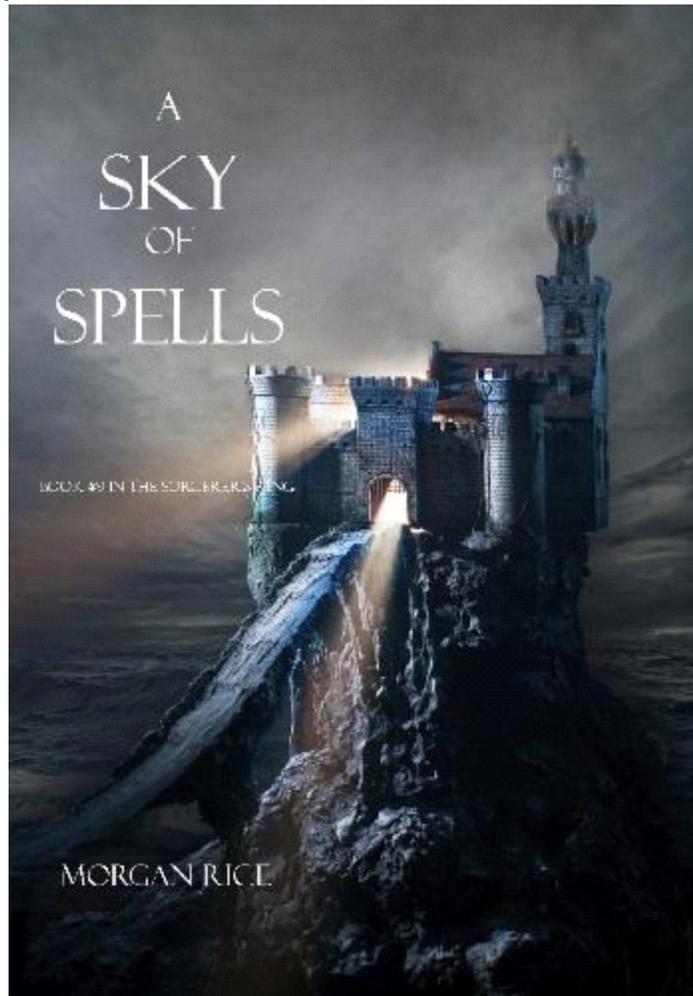
Thor estaba parado allí, con la espada en la mano, frente a Gwendolyn, quien se arrodilló ante él, con los ojos hinchados de lágrimas. Él trató de recordar. Vio su rostro, y en alguna parte oscura de sí mismo, significaba algo para él. Pero no recordaba qué. ¿Él la conocía? Alrededor de ellos, en el amplio claro, los soldados de ambos lados detuvieron su lucha, todos mirando, la guerra estaba en un punto muerto cuando Thor enfrentó a Gwen, la reina de los MacGil. Thor la miró a los ojos, unos ojos hermosos, examinó su cara, e intentó invocarla. Algo volvió a él... destellos... no estaba seguro de qué era. No podía unir las piezas. "Thorgrin, soy yo", dijo Gwen, llorando. "Regresa a mi lado". Soy Gwendolyn. Te amo. Lamento todo lo que te dije. Tú no eres igual a tu padre. Te amo. Te amo". Thor estaba allí parado, con el sudor rodando por sus ojos y sus manos temblaron mientras sostenía la espada sobre ella. Una parte de él la entendía; pero otra parte de él no la reconocía. "¡THORNICUS, HIJO MÍO!", dijo Andrónico. "¡No le creas! Ella es el enemigo. Es enemiga de tu padre. Ella está llena de mentiras. Va a traicionarte. Si eres mi hijo, debes responderme ahora. Mata a esa mujer. Mátala por mí. Mátala y demuestra tu lealtad hacia mí, de una vez por todas". Thor oyó las palabras de su padre, y resonaron a través de él, como un comando que controlaba a sus miembros, que no podía quitarse. Era como si él mismo hubiese pronunciado esas palabras. Era más que un comando. Era como su propia voluntad, hablando en voz alta. Thor estaba allí parado, con los brazos temblando, y finalmente, él sabía lo que tenía que hacer. Su padre había hablado. Y eso era todo lo que importaba ahora. De repente, Krohn gruñó y saltó hacia Thor. Thor giró y reaccionó con sus habilidades de combate; le dio un golpe de revés con su guantelete. Krohn gritó y salió volando hacia un costado, por el aire. Gwendolyn gritó mientras Krohn caía de lado, a varios metros de distancia, lloriqueando. Thor levantó su espada otra vez, esta vez para asestar el golpe final. Por su padre. Era hora de ser su verdadero hijo para siempre. No importaba lo que costara. Gwen lloró, pero ya no importaba. Thor tuvo que hacer lo que tenía que hacer. "¡THORGRIN!". Se escuchó una voz en el aire, obligando a Thor a detenerse. Era una voz femenina, que no

reconocía. Una que nunca había escuchado, pero que le parecía muy conocida. Thor se dio vuelta y vio a una mujer surgir de entre la multitud. Ella se le acercó lentamente, con sus grandes ojos azules mirándolo, mientras caminaba por el claro, sin pestañear, observándolo. Ella se quedó parada al lado de Gwendolyn. Puso la suave palma de su mano en el hombro de Gwendolyn y continuó mirando a Thor con intensidad, sus ojos brillaban a través de él. "No puedes hacerle daño", dijo la mujer, con tranquilidad, confiada, autoritaria. "No puedes hacerle daño porque yo te lo ordeno. Yo, Alistair, te lo ordeno". Thor la miró a los ojos y el sonido de su voz resonó en el cuerpo de Thor, luchando dentro de él, contrarrestando la voz de Andrónico. Era el sonido más intenso que había escuchado en su vida, y la vibración le hizo algo que no pudo entender. De alguna manera, estaba rompiendo el dominio sobre él, deshaciendo el hechizo de su padre. Por primera vez, él estaba empezando a tener claridad. Sentía como si una niebla se levantara, como si muchas capas fueran quitadas lentamente. Thor quería que ella hablara más — ansiaba que ella hablara más. "Alistair", repitió él. De alguna manera, el nombre resonaba en su cabeza. No sabía por qué. "Thorgrin", dijo Alistair, "no vas a hacerle daño, porque tú no eres así. Eso es lo que Andrónico quiere que seas. Pero tú no eres como tu padre. Eres Thorgrin, del Imperio Occidental. Tú no eres tu padre y no eres tu madre. Eres tú mismo. Lo sé, porque te conozco". Thor parpadeó, con el sudor escozando sus ojos, mientras había una batalla dentro de él. Mientras más hablaba ella, más sentía que la influencia de Andrónico disminuía. Thor se quedó allí, titubeando con la espada, con sus manos temblando violentamente.

"Thorgrin," dijo ella, avanzando, poniendo una mano suave en su muñeca. Al hacerlo, Thor no pudo resistir. Lentamente, sintió bajar su espada, relajando la sujeción. De alguna manera, ella era la única. La única que podía llegar hasta él. Ella tenía una energía, algo que no podía entender. Con cada palabra que decía, lo hacía regresar a ser él mismo, le hacía ver la situación real que había ante él. Thor miró a su alrededor, y por primera vez, estaba abrumado con la claridad. Vio a Gwendolyn, el único y verdadero amor de su vida, arrodillada ante él, llorando. Él se vio a sí mismo con horror, sujetando una espada, apuntando hacia ella. Vio a Krohn, lloriqueando, tirado de costado. Él se vio de frente contra su propio pueblo. Era más de lo que podía

procesar. Thor se despreciaba a sí mismo. Quería atravesar la espada en su propio corazón; prefería matarse a sí mismo que apuntarla hacia Gwendolyn. Sintió una lágrima correr por su mejilla, sintió una terrible culpa surgir dentro de él. Sintió que había traicionado a todos, a quienes más amaba. Sobre todo, a Gwendolyn. A la mujer que había amado más de lo que podía decir. Quería caer de rodillas y pedir perdón, pedirles perdón a todos. Thor se dio vuelta y miró a Alistair y al encontrarse mutuamente con la mirada, él se sintió inundado con nuevas capas de claridad. Finalmente, el velo se levantó. Finalmente, Thor estaba regresando a ser él mismo. ¿Quién era esa mujer? "Thorgrin, no dañarás a nadie", dijo ella", porque no eres uno de ellos. Eres de los nuestros. Lo sé, porque te conozco. Lo sé, porque tú y yo compartimos el mismo padre. Y la misma madre". Ella lo miró profundamente a los ojos, y él se sintió extasiado. Sintió que estaba al borde de una gran revelación, que cambiaría su vida para siempre. Mientras miraba, la tierra, todo el Anillo, de repente tembló, sacudiendo el suelo violentamente, inexplicablemente, como si algún acontecimiento cósmico hubiera tenido lugar, como si el Anillo estuviera a punto de dividirse en dos. Pero no antes de que Alistair pudiera decir una última cosa: "Lo sé, Thorgrin, porque yo soy tu hermana".

¡YA ESTÁ DISPONIBLE!



UN CIELO DE HECHIZOS (A SKY OF SPELLS)

Libro #9 de El Anillo del Hechicero - The Sorcerer's Ring

En UN CIELO DE HECHIZOS (A SKY OF SPELLS), (LIBRO # 9 de EL ANILLO DEL HECHICERO - THE SORCERER'S RING), Thorgrin finalmente regresa a ser él mismo y debe enfrentarse a su padre de una vez por todas. Se produce una batalla épica, cuando los dos Titanes se enfrentan unos

a otros y Rafi usa su poder para convocar a un ejército de muertos vivientes. Con la Espada del Destino destruida y el destino del Anillo en la balanza, Argon y Alistair tendrán que convocar a sus poderes mágicos para ayudar a los valientes guerreros de Gwendolyn. Pero incluso con su ayuda, todo podría estar perdido si no fuera por el regreso de Mycoples y su nuevo compañero, Ralibar.